

¿De qué hablamos cuando hablamos de historia de las ideas o historia intelectual?

Alejandro Herrero
(coordinador)

Omar Acha
Adriana Arpini
Alejandro Blanco
Liliana Brezzo
Alejandro Dagfal
Beatriz Figallo
Daniel Lvovich
Marisa Muñoz
Andrea Nicoletti
Gerardo Oviedo
Dante Ramaglia
Darío Roldán
Fabio Wasserman



Revista
Perspectivas
Metodológicas

ISSN: 2618-4125

Perspectivas Metodológicas forma parte del Portal de Revistas Científicas de la UNLa, "Arturo Peña Lillo", a través del cual se puede acceder a su publicación digital.

© Los autores

Universidad Nacional de Lanús
Rectora: Dra. Ana Jaramillo
Vice Rector: Dr. Pablo Narvaja

Especialización y Maestría en Metodología de la Investigación Científica
Centro de Investigación en Teorías y Prácticas Científicas

Directora: Dra. Cristina Ambrosini
Coordinador Académico: Dr. Andrés Mombrú Ruggiero
Coordinadora Pedagógica: Dra. Cecilia Pourrieux

Editor Responsable: Dr. Andrés Mombrú Ruggiero
Editor Asociado: Dr. Martín Cieri

29 de setiembre 3901
Remedios de Escalada - Partido de Lanús
Pcia. de Buenos Aires - Argentina
Tel. +54 11 5533-5600 int. 5881



¿De qué hablamos cuando hablamos de historia de las ideas o historia intelectual?

Alejandro Herrero (coordinador)

Revista *Perspectivas Metodológicas*

Portal de Revistas Científicas de la UNLa

Producción Editorial Andrés Mombriú

ISSN 2618 - 4125 / marzo 2021

Recibida. 15/11/2020 Publicado: 5/04/ 2021

Alejandro Herrero

Omar Acha

Adriana Arpini

Alejandro Blanco

Liliana M. Brezzo

Alejandro Dagfal

Beatriz Figallo

Daniel Lvovich

Marisa Muñoz

Andrea Nicoletti

Gerardo Oviedo

Dante Ramaglia

Darío Roldán

Fabio Wasserman

Este trabajo se inscribe en la revista *Perspectivas Metodológicas*, en la sección Dossier y corresponde a Cuadernos de Trabajo N° 9 de la Segunda Época. Aquí se publican trabajos de investigación que confluyen en temáticas afines o bien en producciones de grupos de investigación consolidados. Agradecemos a los autores investigadores por su participación.

Índice:

Presentación / Alejandro Herrero	5
1.- Omar Acha / Hacia una historia social de las prácticas intelectuales	11
2.-Adriana Arpini / Entre Historia de las ideas y Filosofía práctica	21
3.-Alejandro Blanco / La vida social de las ideas	25
4.-Liliana M. Brezzo / Teko Pukavy (Vivir Sonriendo)	33
5.- Alejandro Dagfal / De la psicología a la historia intelectual de las disciplinas psi	43
6.-Beatriz Figallo / Reflexiones y travesías	48
7.-Daniel Lvovich / Discursos y representaciones en el prisma de la historia social	67
8.-Marisa Muñoz / Lecturas y legados intelectuales: apuntes de un recorrido	71
9.-María Andrea Nicoletti / Patagonia: territorios diversos, tiempos largos y sociedades complejas	77
10.- Gerardo Oviedo / Un Camino de Damasco, un programa bibliográfico	81
11.-Dante Ramaglia / Un recorrido autobiográfico: entre la historia crítica de las ideas y la filosofía latinoamericana	92
12.-Darío Roldán / Mi experiencia	100
13.-Fabio Wasserman / Siempre estoy leyendo otra cosa	107

Presentación

Alejandro Herrero¹

herrero_alejandro@yahoo.com.ar

<https://orcid.org/0000-0003-4726-5236>

1.-Cuestiones previas a este Dossier

En la década de 1990, con mi hermano Fabián, nos propusimos recuperar una tradición que encontrábamos a lo largo del siglo XX en Argentina: reunir a especialistas para hacerles preguntas en torno a su trayectoria y la disciplina que practica (Herrero y Herrero, 1996, p. 8; Herrero y Herrero, 2002).

El objetivo, tal como afirmábamos, consistía en “crear fuentes documentales para una futura historia intelectual de un fragmento del campo en estos años 90” (Herrero y Herrero, 1996, p. 8).

De hecho, más tarde, se produjeron numerosas investigaciones que invocaron y usaron como fuente documental a nuestro libro y los dos números de la revista *Estudios Sociales*², o los incorporaron en la sección

1 Docente en Universidad Nacional de Lanús y Universidad del Salvador. Investigador del CONICET.

2 En el primer Dossier sobre "Historia de las Ideas", respondieron: Hugo Biagini, Hebe Clementi, José Carlos Chiaramonte, Fernando Devoto, Ezequiel Gallo, Arturo Roig, Félix Weinberg y Gregorio Weinberg; y en el segun-

do Dossier: Víctor Tau Anzoátegui, Natalio Botana, José Emilio Burucúa, Jorge Dotti, Marcelo Montserrat, Ezequiel de Olaso, Beatriz Sarlo, Oscar Terán, Hugo Vezzetti (Herrero y Herrero, 1994). En el libro se reproducen todas estas encuestas y se agregaron otro conjunto de preguntas para la nueva promoción de investigadores, que por entonces estaban cursando sus posgrados: Alejandro Cattaruzza, Jorge Cernadas, Silvia Delfino, Daniel Omar De Lucía, Adrián Gorelik, Eduardo Hourcade, Alberto Rodolfo Lettieri, Jorge Myers, Elías José Palti, Pablo Emilio Pavesi, Leticia Prislei, Sylvia Saitta y Eduardo Zimmermann (Herrero y Herrero, 1996).

bibliográfica, en programas tanto de materias de grado como seminarios de posgrado. Una primera dificultad que tuvimos que enfrentar con mi hermano al empezar aquel proyecto fue la “indefinición” de esta disciplina, si es que se puede denominar de esa manera. Para dar cuenta de este problema podíamos haber invocado diversas voces, y entre ellas elegimos dos, la de un historiador sajón y un investigador suizo, muy conocidos en nuestro medio, para constatar algo que intuíamos.

Con Fabián escribimos:

De esta manera, cuando Quentin Skinner trata de precisar la historia que

nos ocupa, comienza a enumerar una serie de tópicos y luego de una larga lista concluye con un etcétera. Nos presenta así una disciplina que no acepta una clasificación fácil, tendiendo a expandirse más y más. Por

do Dossier: Víctor Tau Anzoátegui, Natalio Botana, José Emilio Burucúa, Jorge Dotti, Marcelo Montserrat, Ezequiel de Olaso, Beatriz Sarlo, Oscar Terán, Hugo Vezzetti (Herrero y Herrero, 1994). En el libro se reproducen todas estas encuestas y se agregaron otro conjunto de preguntas para la nueva promoción de investigadores, que por entonces estaban cursando sus posgrados: Alejandro Cattaruzza, Jorge Cernadas, Silvia Delfino, Daniel Omar De Lucía, Adrián Gorelik, Eduardo Hourcade, Alberto Rodolfo Lettieri, Jorge Myers, Elías José Palti, Pablo Emilio Pavesi, Leticia Prislei, Sylvia Saitta y Eduardo Zimmermann (Herrero y Herrero, 1996).

ello, hacemos nuestra la afirmación de Jean Starobinski cuando advierte que definirla resulta un trabajo sin sentido: se trata de una disciplina de amplios contornos y de múltiples objetos. (Herrero y Herrero, 1996, p. 9)

Pero eso no era todo, puesto que muchos de los estudiosos que se leían como investigadores de la historia de ideas o historia intelectual, no se reconocían como tales. En este sentido, señalábamos, en una nota, el caso de J. G. Pocok: la mayoría de los investigadores de los dos números de la revista y del libro, lo invocaban como parte de esta disciplina, sin embargo, el mismo Pocok sostuvo, en alguna oportunidad, que había leído varios debates sobre la historia intelectual y que no se identificaba con lo que se entendía por ella (Herrero y Herrero, 1996, p. 10).

Estas afirmaciones de los tres investigadores extranjeros luego se expresaron, de una u otra manera en las respuestas de la mayoría de los colegas que respondieron a nuestra encuesta.

Aquello que advertíamos no era sólo una percepción sino que los mismos encuestados parecían certificarla. Un claro ejemplo fue el de Adolfo Prieto. Muchos de los colegas invocaban positivamente su *Discurso criollista*, sin embargo, el autor no se sentía parte de esta disciplina. En nuestro libro reproducimos algunos pasajes de la carta que nos escribió Adolfo el 9 de diciembre de 1993:

[...] aún después de admitir la aproximación de algunos de mis trabajos a esa disciplina, me siento lejos de percibirme como uno de sus cultores [...] Me ha costado años contener las imprecisiones de mi campo profesional, y no sé bien todavía si soy historiador de la literatura o crítico literario, o crítico cultural o lector especializado en ciertos espacios de la literatura argentina. Por favor, ahorren a mis inseguridades la fascinante perspectiva de la historia de las ideas. (Herrero y Herrero, 1996, p. 9)

Claramente se aprecia indefinición por un lado, y vitalidad por el otro, tal como lo

indicaba Roger Chartier en su “Espejo invertido”, hermoso comentario a las encuestas de los dos números de la revista *Estudios Sociales*, incluido en nuestro libro. Chartier afirmaba:

La historia de las ideas, ese suelo usado hasta la miseria. La lectura de diecinueve encuestas permite dudar sobre el famoso diagnóstico propuesto por Foucault en *La arqueología del saber*. El primer rasgo que caracteriza estas encuestas es, en efecto, una comprobación compartida de manera constante en relación con la vitalidad mantenida (o reencontrada) de la disciplina. La razón reside, sin dudas, en que la historia de las ideas al modo argentino no ha estado encerrada en definiciones estrechas que a menudo la han debilitado. Considerada por algunos (pensemos en las críticas de Febvre) como portadora de los encadenamientos abstractos de pensamientos encadenados; denunciada por otros (por ejemplo, los historiadores de la ciencia) por su uso de nociones perezosas (“precursor”, “influencias”, “origen”, etc.), la historia de las ideas en sus acepciones clásicas pudo parecer agotada.//

Los textos de estas encuestas obligan a revisar este juicio. Todos acuerdan en reconocer la fuerza de la disciplina. Pero lo hacen de diversas maneras. (Chartier, 1996, pp. 11-12)

Un año después, en 1997, un grupo de colegas que participaron del libro crearon la publicación *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, y el Centro de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes, que discutía tanto la denominación como la concepción de los estudios de ideas, presentándose como una nueva forma de practicarla.

Desde entonces, la denominación historia intelectual comenzó a familiarizarse entre nosotros. Pero eso no quiere decir que se impuso como único calificativo entre aquellos que la cultivaban: el mismo Oscar Terán, gestor central de aquella revista y del centro, emplea el nombre de historia de las ideas en su último libro (Terán, 2008).

Indefinición en cuanto a las denominaciones, a las concepciones, y a quiénes forman parte de esta disciplina.

Daré otro ejemplo. Daniel Lvovich responde al cuestionario de este Dossier y, al mismo tiempo, publica un artículo en el último número de la revista *Prismas*, sin embargo, nunca se ha sentido parte de esta disciplina. Sé perfectamente que es así porque conozco a Daniel desde nuestros estudios de grado en nuestra Santa Fe natal. Para que no queden dudas, él mismo lo ha escrito expresamente en la respuesta que van a leer:

En mi tesis doctoral que, modificada, se convirtió en *Nacionalismo y Antisemitismo en la Argentina* analicé las ideas de un conjunto de intelectuales y publicistas de derecha, algunos miembros del mundo de la alta cultura y otros divulgadores muy menores; y en los trabajos sobre políticas sociales trabajé los argumentos contrapuestos de dirigentes empresarios, sindicalistas y académicos acerca de las características que debía asumir el seguro social en la Argentina. En los dos casos reconstruí los contextos de enunciación nacionales e internacionales, pero no creo haber practicado la historia de las ideas ni la historia intelectual, sino una historia política y social en el que el repertorio de ideas me interesó sobre todo por su carácter confrontativo y polémico.

Para decirlo de una vez: Daniel puede percibirse ajeno a esta disciplina mientras los miembros de *Prismas* lo leen como un historiador intelectual, tal como me ocurre a mí cuando lo convoco para este Dossier.

Estos ejemplos, y podría señalar muchos más, evidencian que indefinición y vitalidad, son dos rasgos de esta disciplina.

2.- El porqué del título

El título de este Dossier surge de todas estas indefiniciones y multiplicidad de denominaciones.

En verdad, los nombres que se verifican aquí y allá, se extienden mucho más: además de historia de las ideas e historia intelectual también se habla de historia social de las

ideas, historia social de la cultura, historia social de las prácticas intelectuales, historia de los lenguajes o a la denominada historia intelectual luego se le sumó otro nombre superador, la nueva historia intelectual.

La dificultad de ofrecer un título es todo un síntoma, y la respuesta que ofrecí tiene que ver con mis lecturas y mi propia historia.

En mi caso, sin duda, el título está inspirado en el cuento de Raymond Carver.

La pregunta articula muy bien el problema de aludir a una disciplina (si es correcto hablar de disciplina) que tiene múltiples nombres, enfoques y criterios, y qué es complejo no solo nombrarla de una vez sino decir de qué estamos hablando.

Con Fabián, en la década de 1990, tuvimos que fijar, precisamente, ciertos criterios para determinar a quiénes convocaríamos. En nuestra presentación decíamos lo siguiente:

[...] sinteticemos la pauta de nuestra selección: a) primero convocamos a los intelectuales que se dedicaron siempre a la historia en cuestión; b) después incorporamos a los historiadores que han frecuentado los distintos campos de la historia y entre ellos el de las ideas; y c) por último, invitamos a todos aquellos que estarían en un espacio que podemos denominar fronterizo. (Herrero y Herrero, 1996, p. 8)

Algo parecido me sucedió a mí cuando tuve que decidir a qué colegas convocar para este Dossier. Por este motivo reuní a historiadores (siempre me sentí ante todo historiador), filósofos, sociólogos, psicólogos y demás estudiosos que practican, desde mi punto de vista de lector, el estudio de las ideas, de los intelectuales, de los doctos, de los lenguajes, de los discursos, de los saberes, de la cultura, etc.

El otro aspecto del título está ligado a una etapa de mi vida. Desde mi adolescencia y guiado por Mario, mi hermano 11 años mayor, accedí al mundo de la lectura, de la escritura, y a su biblioteca. Leía por un

lado poesía, cuentos, novelas y por otro, estudios de ideas que iban de la Interpretación de los sueños de Freud al *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels, o de *Literatura argentina y realidad política*, de David Viñas, a los tres tomos de *La historia de la literatura y del arte* de Arnold Hauser. Si nombré autores y libros, es para ejemplificar que yo leía a cada uno de ellos como estudios de ideas, y seguramente algunos de ustedes que me están leyendo dirán, de manera legítima, que esos mismos libros lo han leído en otra clave ajena y hasta contraria a la mía.

¿Qué era para mí estudios de ideas? Siempre un ejemplo, una escena, aclara un poco más lo que uno quiere decir.

Freud me permitía ver algo que aún yo no le daba un nombre. Los relatos, los escritos, los argumentos, los documentos no son transparentes, sino que hay que interpretarlos, interrogarlos; y uno, como lector, tiene un papel activo. Se trata de un trabajo. Según mi lectura, debía detectar lo latente y lo manifiesto, lo que se condensa y lo que se desplaza. Lo relevante no era aquello que me decía abiertamente el escrito que leía, sino aquello que de pronto emergía y resignificaba lo que se narra; de preguntarme

por qué una idea o una escena se unía con otras que a mis ojos parecían que no debían ligarse; por qué se hablaba de algo y luego se concluía hablando de otra cosa, etc, etc.

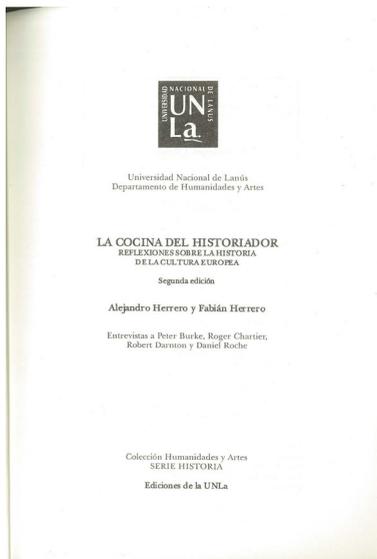


Me acuerdo que en un seminario de José Carlos Chiaramonte, en mis primeras semanas de egresado de Historia y en un seminario de posgrado, hice una lectura del *Fragmento preliminar* de Juan Bautista Alberdi, hablando de lo latente y de lo manifiesto. Alberdi decía todo aquello que se debía argumentar en aquellos años bajo el gobierno de

Juan Manuel de Rosas en Buenos Aires en 1837, es decir, justificaba tanto a las autoridades como al orden confederal, pero de pronto emergía un pasaje (uno solo) que plantea una forma contraria, el estado federal, que resignificaba, a mis ojos, todo lo que había leído antes.

Esa lectura, más allá si es pertinente, si es productiva, me recuerda que para mí los argumentos, los textos, no eran transparentes, ni se dejaban entender de modo sencillo ni claro, sino que debía hacer un trabajo (arduo) de interpretación. Eso era para mí era el estudio de ideas y lo había aprendido leyendo en la biblioteca de Mario. Más tarde incorporé otras lecturas propias del campo de la historia, de la filosofía, de la sociología,

de la antropología y fui construyendo una mirada, que siempre fue cambiando, en mi formación como investigador.



Para decirlo de una vez, el título del cuento de Carver, *De qué hablamos cuando hablamos de amor* da cuenta de otro aspecto de este Dossier, y en este caso muy personal: el estudio de ideas, de argumentos, de discursos, de saberes, (más allá que me sienta historiador, ante todo) fue y sigue siendo mi primer amor, con todos los sentimientos encontrados que eso supone.¹

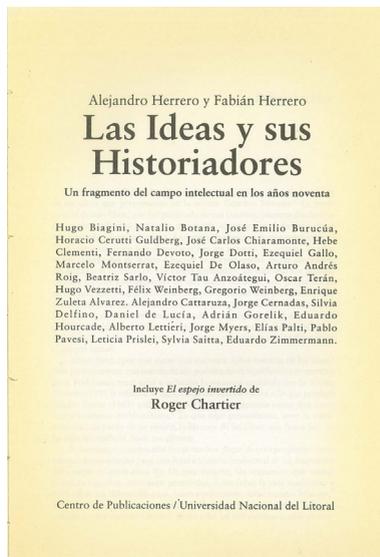
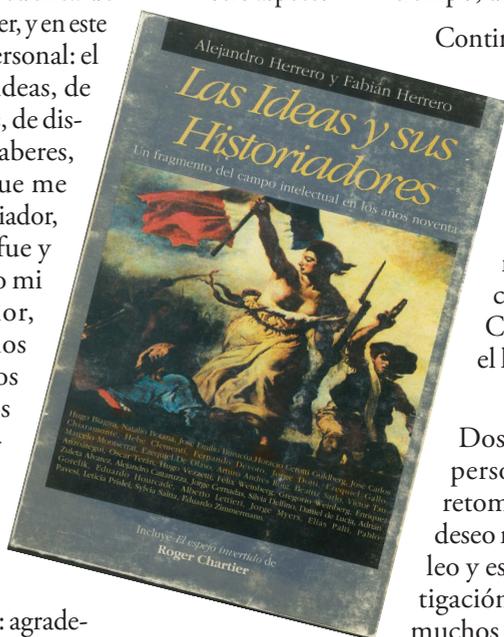
Se trata de amor, y esa palabra se une a otra: agradecimiento. Porque este Dossier es, en cierto sentido, un homenaje a las y los colegas que participaron de aquel libro y de los dos números de la revista en los años 90,

Expresado de otro modo: es la cocina de la labor creativa lo que siempre me atrajo. Por eso con mi hermano Fabian preparamos otro libro: La cocina del historiador. Reflexiones sobre la historia de la cultura europea. Entrevistas a Roger Chartier, Robert Darnton, Peter Burke y Daniel Roche. Que tuvo la suerte de ser editado dos veces por la Universidad Nacional de Lanús, 2002 y 2006. Roger Chartier, siempre tan generoso con nosotros, nos puso en contacto con Peter Burke, Robert Darnton y Daniel Roche, que respondieron nuestro cuestionario por escrito. Pero Roger también nos permitió comunicarnos con Pierre Bourdieu, Carlo Ginzburg y Arlette Farge, quienes nos respondieron en hermosas cartas que serían lectores de nuestro libro, pero la agenda de trabajo no les permitía comprometerse a responder el cuestionario en los tiempos que nos demandaba la editorial. Colegas de nuestro país, muy queridos por nosotros, como Daniel Lvovich, Silvia Delfino, Cristina López Meyer y Karina Vásquez, nos ayudaron en las distintas etapas de ese libro.

respondiendo las preguntas de las encuestas. Este Dossier es su continuidad y, al mismo tiempo, un recordatorio feliz.

Continuidad y recordatorio con aquella experiencia que viví y compartí con mi hermano Fabian; que tuvo a Carlos Altamirano, Beatriz Sarlo, Silvia Delfino, Darío Marco y Susana Piazzesi como permanentes referentes para nuestras consultas, y se completó, con un bellissimo ensayo de Roger Chartier escrito especialmente para el libro.

¿Qué es lo particular de este nuevo Dossier? Sin duda, fue mi impulso personal el que renueva la tarea de retomar este proyecto, y de hecho mi deseo me lleva a convocar a colegas que leo y escucho para mis tareas de investigación y de docencia, colegas que, en muchos casos, son bien distintos y hasta opuestos, y algunos de ellos ni se reconocen



como parte de la historia intelectual o de las ideas y que en mí encuentran, todos ellos, un punto de encuentro.

Con cada una y uno de las y los colegas que participan de este Dossier, siento un gran aprecio y cariño personal. A muchas y muchos los conozco desde mis inicios en la carrera de historia en mi Santa Fe natal, a otras y otros desde mi residencia en la ciudad de Buenos Aires y, obviamente, en los distintos espacios de encuentro que tiene la labor que realizamos tanto en nuestro país como en el extranjero. Soy lector de todas ellas y todos ellos, y quiero expresar mi agradecimiento y el gran placer que me dieron cuando aceptaron mi propuesta.

Bibliografía:

— Chartier R. (1996). “El espejo invertido”, en: Herrero, A. y Herrero F. Las ideas y sus historiadores, Santa Fe, Universidad del Litoral.

— Herrero, A. y Herrero F. (1994). “Dossier: Historia de las Ideas, encuestas respondidas por Hugo Biagini, Hebe Clementi, José Carlos Chiamonte, Fernando Devoto, Ezequiel Gallo, Arturo Roig, Félix Weinberg y Gregorio Weinberg, (en colaboración con Fabián Herrero), en: Estudios Sociales, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 6, 2do semestre.

— Herrero A. y Herrero F. (1994). “Dossier sobre Historia de las Ideas”, encuestas respondidas por Víctor Tau Anzoátegui, Natalio Botana, José Emilio Burucúa, Jorge Dotti, Marcelo Montserrat, Ezequiel de Olaso, Beatriz Sarlo, Oscar Terán, Hugo Vezzetti, (en colaboración con Fabián Herrero), en: Estudios Sociales, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 7, 1er semestre.

— Herrero, A. y Herrero F. (1996). Las ideas y sus historiadores. Un fragmento del campo intelectual en los años noventa (Con un estudio preliminar escrito por Roger Chartier), Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 1996.

— Herrero, A. y Herrero F. (2002). La cocina del historiador. Reflexiones sobre la historia de la cultura europea. Entrevistas a Roger Chartier, Robert Darnton, Peter Burke y

Daniel Roche, Buenos Aires, Universidad Nacional de Lanús (Segunda edición, 2006).

— Terán, O. (2008). Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales: 1810-1980, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores.

Hacia una historia social de las prácticas intelectuales

Omar Acha¹

omaracha@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-4358-9121>

1.-¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?

Los tres contextos de mi primera formación fueron el derrumbe del socialismo de Estado en la escala global, la versión menemista del peronismo en la escala nacional, y la enésima pero en apariencia irreversible crisis del marxismo en la escala teórica. El escenario de esta módica aventura fue “Filosofía y Letras”.



¹ Omar Acha es doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires y por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (París). Ejerce tareas docentes en el Departamento de Filosofía de la UBA. Es Investigador Independiente en el CONICET, e investigador asociado en el Centro de Investigaciones Filosóficas (CIF). Ha publicado recientemente *Cambiar de ideas. Cuatro tentativas sobre Oscar Terán* (2017), *Encrucijadas de psicoanálisis y marxismo. Ensayos sobre la abstracción social* (2018); *La Argentina peronista. Una historia desde abajo* (2019) y, en colaboración, *La soledad de Marx. Estudios filosóficos sobre los Grundrisse* (2019).

Comencé a estudiar Bibliotecología y Documentación en la Universidad de Buenos Aires en 1990, básicamente porque debía financiar mi vida y estudios. Como la de Bibliotecología es una carrera con rápida –aunque mal paga– salida laboral, dos años más tarde y a lo largo de los siete años posteriores trabajé como bibliotecario.

Menciono esto porque en Bibliotecología el primer año cursé la materia “Técnicas del Trabajo Intelectual”, destinada a procurar destrezas básicas para la catalogación, la clasificación, la indización y la referencia

bibliotecarias. Más que brevíarios como el antiguo libro de Jean Guitton con el que nos aleccionaban, lo importante era aprender a sintetizar la arquitectura conceptual de una obra en una descripción de

reducidas proporciones. Como bibliotecario profesional debía, sin leer todo un libro, un artículo, o una enciclopedia de 80 volúmenes, evaluar el tema, alcance y estructura de una obra para volcarla en una ficha o hacer una recomendación cualitativa al usuario en busca de referencias bibliográficas. Esa y otras materias de Bibliotecología me dotaron con esquematismos prácticos de, para decirlo en su paradoja, abstracción intelectual concreta, y me permitieron comenzar a producir textos de manera temprana.

De allí extraje una enseñanza mucho antes de leer *De la gramatología*: si la escritura es un modo de advenir del pensamiento, y no solo su “expresión”, escribir con un cierto orden es menos enigmático de lo que la ideología intelectual presupone. Como aprendió Roberto Arlt con prepotencia de trabajo, la escritura posee potencialidades democráticas.

Bibliotecología tenía por entonces su aula en el segundo piso de “Puán”, y justo enfrente se hallaba la modesta biblioteca de la Facultad. En la mitad del aula-biblioteca estaban sus cuatro mil libros. En la otra mitad, las mesas de lectura (la Biblioteca Central todavía permanecía en el edificio de la Avenida Independencia hoy ocupado por la Facultad de Psicología). Cursar materias de Bibliotecología y llevar en préstamo libros de la biblioteca ubicada a literales cinco pasos era para mí una y la misma cosa. Como había solo doce o dieciséis gavetas de fichas catalográficas, sin índice de materias, la selección de libros se hacía recorriendo tales cajoncillos, al azar, un acaso potenciado por el desorden de las fichas. Se leía lo que se podía, porque como la bibliografía disponible era tan reducida, se hacía necesario solicitar ocho libros para retirar tres pues los otros cinco estaban prestados o “en procesos técnicos” (extraviados). Recuerdo mis primeras lecturas en Ortega y Gasset (*La rebelión de las masas*), Habermas (*La reconstrucción del materialismo histórico*), Lukács (*Historia y conciencia de clase*), Lévi-Strauss (*El pensamiento salvaje*), Sartre (*Crítica de la razón dialéctica*), Hjemlev (*Principios de gramática general*), Chomsky (*Lingüística cartesiana*), Cortázar (*Rayuela*), mucho de Platón y Aristóteles. El conocimiento del *Tractatus Logico-Philosophicus* fue significativo porque me condujo a recelar de formulaciones que podían ser tan deslumbrantes como inverosímiles.

Más o menos como tenía planeado, en 1992 inicié de manera paralela los estudios en Historia. Mis cursos de grado se pro-

longaron durante los años noventa. Entre las materias que más me impactaron se encuentra “Historia Social General”, por su elegancia en conciliar el largo plazo de un proceso histórico, la aspiración a retener los núcleos centrales del cambio y el comienzo de una familiarización con el uso de fuentes. “Historia de la Colonización y la Descolonización”, por el hilo de injusticia y combate que recorría su bibliografía. Algunas asignaturas como “Teoría e Historia de la Historiografía” me procuraron un tema y la convicción de la relatividad de los enfoques historiadores. Pero mi *Bildung* más importante fue extracurricular. Esto me obliga a retroceder un par de años.

Hacia fines de 1990 había acumulado una buena cantidad de lecturas heterogéneas y me hallaba en búsqueda de una clave organizadora para esas referencias dispersas. Lector curioso de las ofertas intelectuales y políticas que pueblan las paredes de Filosofía y Letras, en octubre encontré la convocatoria a una serie de charlas con el título, si no recuerdo mal, de “Marxismo e historia”. Asistí a la dictada por el historiador económico Eduardo Azcuy Ameghino, en quien se advertía desde el vamos que estaba más interesado en probar una tesis—básicamente la de su partido maoísta— que en investigar un problema sin respuesta preconcebida, algo que el historiador reconocía y justificaba. Uno de los organizadores de la charla, integrante de la agrupación estudiantil de Historia “Rebeldes Primitivos”, relató que el economista Rolando Astarita había dictado a través de la Secretaría de Extensión Universitaria un curso de lectura de *El capital* y que el mismo se reiteraría al año siguiente.

Luego de rendir un par de exámenes finales de Bibliotecología en diciembre de 1990, recurrí al “préstamo extraordinario” de la biblioteca para llevarme a domicilio los tres volúmenes de *El capital* en la edición de Fondo de Cultura Económica, en la heroica

pero a veces discutible traducción de don Wenceslao Roces. Ese verano trabajé en el parque de diversiones de un shopping de Liniers. Durante el resto del tiempo, salvo dormir, casi literalmente, leí *El capital*. No hice otra cosa que trabajar y leer. Cuando regresé los volúmenes a la biblioteca, a principios de marzo, había leído hasta la teoría de la renta diferencial, que me pareció ricardiana (todavía recuerdo la hermosa edición castellana de los *Principios de economía política y tributación* que había pedido prestada, otra vez por azar, en la biblioteca de la Avenida Independencia), y la “fórmula trinitaria”. También percibí la interrupción de la escritura sobre el tema de las clases sociales. Había allí un enigma, porque puesto en discursividad política o coyuntural, Marx desarrollaba con fluidez los antagonismos de la relación entre clases e incluso era sutil respecto de las segmentaciones intra-clase, pero en cuanto se desplazaba al terreno teórico, las clases adquirían un lugar, por decirlo con Kant, “trascendental”, como portadoras de relaciones sociales ajenas a cualquier soberanía del sujeto.

Es hoy difícil para mí decir qué había comprendido, pero había hallado una concepción impugnadora del mundo que opacamente vivenciaba como injusto. La lectura me sorprendió porque lo que había conocido del marxismo en tres materias del Ciclo Básico Común no había despertado mayor interés. Encontré una verdad teórica, con la pasión de una conversión que entenderá quien descubrió a dios o a un gran amor. Comencé a aprender alemán y ruso para leer la bibliografía marxista de primera mano. Fue una revelación entender que la sociedad capitalista era injusta incluso con la premisa del intercambio libre de equivalentes. Era inadecuado examinar la dominación por la acción de gente malintencionada. Mi anterior peronismo pasó entonces a ser un tema de análisis y no una clave política para explicar la realidad. Sin embargo, no fue un ascenso platónico de la penumbra a la claridad.

Sucedó que 1991 fue el año del derrumbe definitivo de las formaciones estatales que se reclamaban del marxismo. El sesgo hegeliano que encontré en la enseñanza de Astarita me condujo a distanciarme de las lecturas obreristas de Marx y a descartar la problemática causalista de la metáfora de base económica y superestructura jurídico-político-ideológica. Por supuesto, eso involucraba un desacuerdo con el marxismo de los partidos de izquierda argentinos, todos de alguna u otra manera obreristas y deudores de un marxismo teóricamente organizado por la lucha de clases. En esos años teorice el proyecto de reconstrucción de un marxismo historiográfico en términos de una “hermenéutica materialista”, en un larguísimo texto que perdí entre virus informáticos y errores en el archivado, del que sobrevivió un artículo aparecido en *Debate Marxista*, la revista de la organización en que militaba, la Liga Marxista.

Por rasgos personales, no sé si tuve realmente “maestros” en el camino historiográfico. Ya avanzada la década de 1990 admiré la erudición disciplinada de José Szabón (director de mi tesis de licenciatura sobre lo histórico en Freud, que emprendí como preparación hacia un estudio del peronismo), y la inagotable tensión entre filosofía e historiografía en Oscar Terán. Asociadas con Terán, fueron importantes las discusiones sin concesiones ni susceptibilidades en el “Seminario de historia de las ideas, los intelectuales y la cultura” animado por Oscar en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, junto a quienes ya asomaban en el crepúsculo del siglo como nombres de primer orden en la historia intelectual que pronto, sin abandonar el Ravignani, hallaría sede en la Universidad Nacional de Quilmes. Mientras tanto avanzaba mi trabajo sobre el primer peronismo. La historiadora Susana Bianchi me impuso el mandato, central para alguien inclinado a volar con la teoría, de que en una investigación historiográfica debía

primar una pregunta clara articulada con el uso del archivo. Entiendo que no fui fiel a esa enseñanza, pero continúa persiguiéndome hasta el presente.

Importantes también fueron los trabajos de Fernando Devoto. Los leí en una clave que tal vez no sea siempre la suya, o lo sea auto-reflexivamente en su discusión con las perspectivas *grosso modo* “germanianas” en el estudio de la inmigración del periodo 1870-1930. Devoto permite pensar históricamente, sustrayéndose al esquema de una historia progresiva. Gran parte de la historiografía producida en el periodo posterior a 1983 rearticula, en modo no revolucionario, la misma premisa que había gobernado los imaginarios historiográficos locales durante un siglo, con la excepción del revisionismo histórico de 1930 y a veces la historiografía católica: una tendencia más que secular hacia la integración democrática y liberal menoscabada por, y al respecto divergen las opciones históricas, el caudillismo, el conservadurismo, la dependencia o la ausencia de verdadera industrialización, entre otras variantes. Munido con el “pluralismo cultural”, Devoto produce investigaciones orientadas a neutralizar el vector historiográfico progresista por lecturas “horizontales” de conflictos y tensiones que asumen más bien la configuración de un mosaico. Entiendo que en la clave de lo que Lucien Febvre denominó historia-problema, se pueden leer sus escritos de historia de las ideas, aunque solo en parte los de historia de la historiografía. Sería un ejercicio interesante pensar las consecuencias de Devoto historiador para la historia intelectual. He intentado desarrollar esa mirada, a mi manera, en las conversaciones sobre la historiografía del peronismo con Nicolás Quiroga.

2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

En los países del sur es un destino constituirse en intelectual en diálogo, no necesariamente sumiso, con tradiciones euro-norteamericanas o que devienen visibles desde esos escenarios. Las dos corrientes intelectuales en las que me he referenciado son el marxismo y el psicoanálisis. En ambos casos los usos siempre fueron selectivos. En ese sentido he querido ser groucho-marxista: si una teoría no es lo suficientemente útil para interpretar un fenómeno, acudo a otra/s, mezclo, y si continuo insatisfecho, acuño conceptos propios. Siempre con la exigencia teórica de una reflexión no empirista, es decir, reconociendo que las fuentes –sin ser inertes, como bien argumenta Carlo Ginzburg– están incapacitadas para generar sus propias interpretaciones y que, aunque no lo deseemos, siempre leemos el archivo a través de conceptos.

Respecto de la historia intelectual, las obras significativas fueron locales y legaron una preocupación por la reflexión sobre las izquierdas: *Nuestros años sesentas* de Oscar Terán, de 1991, y *El marxismo olvidado en la Argentina*, de Horacio Tarcus, publicado en 1996. Esos textos coexistieron con la problemática de la historia de la historiografía en mi lectura de Devoto como opción al progresismo histórico vigente. De la interacción de ambas líneas de pensamiento, hibridadas en la interrogación sobre la historia producida por las izquierdas, surgieron mis libros de historia intelectual, de Rodolfo Puiggrós a José Luis Romero, aunque la aproximación continúa vigente en el volumen más reciente dedicado a Terán.

La principal tradición “extranjera” fue la llamada teoría crítica francfortiana por ese entrevero de psicoanálisis y marxismo que me hizo renacer en el ambiente *psicobolche* de los pasillos y grupúsculos estudiantiles de Filosofía y Letras. No ironizo al respecto. Esos grupos de estudio autónomos despliegan una formidable energía crítica. ¿Qué relevancia puede derivarse del marxismo en tanto teoría crítica, y no como

dogma agotado, para la historia intelectual? En su esencia, la de exigir por razones teóricas una historia social de las prácticas intelectuales. Alfred Sohn-Rethel esboza en *Trabajo intelectual y trabajo manual* la cuestión central, aunque reducida a una analítica de la epistemología.

El concepto básico de Sohn-Rethel sostiene que la forma social revelada por la categoría de mercancía como “abstracción real” de la sociedad burguesa se verifica en la materialidad económico-social, pero también en la materialidad pensada-representada. El momento crucial del argumento reside en que se trata de formas históricas y dinámicas desplegadas desde la “forma-mercancía”. De tal manera, es inadecuado preguntarse sobre los efectos de la estructura socioeconómica en la superestructura simbólica, pues ambas se encuentran mediadas por la abstracción real. El caso analizado por Sohn-Rethel es el de la epistemología “crítica”, donde los rasgos ahistóricos atribuidos por Kant al sujeto trascendental se explican mejor social e históricamente. Tanto la dualidad metafísica del sujeto y el objeto como las categorías del entendimiento son comprensibles en su derivación práctico-conceptual de la forma-mercancía. La “independencia” y la “autonomía” propias de la figura del intelectual son inseparables de las formas sociales burguesas. Lo mismo acontece con la “actitud crítica”. El de Sohn-Rethel es solo un inicio. Por ejemplo, no hay un despliegue de las dimensiones inconscientes de las formas de pensamiento ni una teorización de sus escalas, eficacias y temporalidades. Además, el enfoque es anterior al giro lingüístico. Al respecto fue iluminador el reproche habermasiano sobre la unilateralidad del paradigma marxista si descansa solo en el “trabajo”. Es innecesario seguir a Habermas en su weberianismo para reconocer la ausencia casi universal del lenguaje en el programa formativo de la teoría crítica.

3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

Mi trabajo es bifronte. Los estudios de investigación, tanto teórica como documental, suelen pasar por el tamiz de presentaciones previas en congresos y en los grupos de investigación en que participo. Los textos ensayísticos o de intervención “intelectual”, en ocasiones atraviesan esas instancias, pero en otras oportunidades me siento más libre de publicarlos sin un careo previo. La razón es que se trata de ejercicios personales de reflexión, usualmente ceñidos por meditaciones sobre mi propio quehacer intelectual. En ambos casos la sedimentación es prolongada y discontinua, hasta que siento la necesidad de escribir sin demoras.

En lo que se refiere a producción concreta, además de con quienes tengo una fluida conexión por grupos de investigación y lectura en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA (los relativos a la cátedra de Filosofía de la Historia, al Grupo de Estudios sobre Marx y el Marxismo con sede en el Instituto de Filosofía “Dr. Alejandro Korn” y el proyecto “UBACyT” dedicado a investigaciones sobre el peronismo), me interesan las publicaciones del Centro de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes, el Centro de Documentación e Investigación sobre la Cultura de Izquierdas, el Centro de Investigaciones de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda, el Centro de Investigaciones en Historia Conceptual de la Universidad Nacional de San Martín, y los núcleos de historia de las ideas –influidos por la perspectiva decolonial– de la Universidad Nacional de Córdoba y de la Universidad Nacional de Cuyo.

El proyecto en curso de una historia de la historiografía argentina en tres volúmenes me obliga a leer, desde luego tras una severa

selección, gran parte de lo que se publica en materia histórica. Respecto de la bibliografía sobre historia intelectual, desde 1997 la revista *Prismas* cumple una valiosa tarea de actualización y difusión de los debates locales e internacionales.

4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?

No estoy seguro de que un parecer sobre el trabajo propio sea de algún interés. Mis inquietudes historiográficas son de índole teórica y convergen en una interrogación: ¿cómo pensar la historia? Celebro que haya tantas historiadores e historiadoras. Ignoramos demasiadas cosas del pasado. Solo me parece que también requerimos pensar las prácticas historiográficas. Más que los hechos históricos, intento reflexionar sobre las maneras en que se constituyen como “hechos” o “historias” desde la crítica de nuestra condición actual.

Mis temas varían de la historia del peronismo a la historia de la historiografía, de la historia de los quehaceres intelectuales a la teoría de la historia, del marxismo al psicoanálisis teórico. Sé bien que tal dispersión es desaconsejable. Su hilo conductor, sin embargo, es que la historiografía tiene como supuesto una “segunda naturaleza”. Sin asumir posturas metafísicas (de acuerdo a mi metateoría de las abstracciones, nunca hay historicidad sin formas de abstracción históricamente variables), el problema central es que la sociedad capitalista es al mismo tiempo la más materialista y la más intelectual de las formaciones sociales conocidas. Entonces la pregunta sobre las destrezas requeridas para la investigación requiere realizar un breve rodeo.

Una historia social de las prácticas intelectuales como la que pienso solicita un giro

en los objetos del enfoque discursivo de la historia intelectual. Sea que se analicen los lenguajes políticos, las ideologías o los dispositivos de pensamiento, en general todo se organiza, más allá de las diferentes “escuelas”, alrededor de las prácticas discursivas de los grandes intelectuales vinculados de algún u otro modo con la significación política. Al respecto incluso las versiones más sofisticadas de la historia intelectual permanecen prisioneras de la historia política, es decir, de la historiografía atendida a las formas políticas. Sea que se lea a Grocio, Hobbes, Hamilton, Mariátegui o Flora Tristán, la brújula ordenadora es la relación con la política.

Desde una teoría de las abstracciones auto-reflexivamente situada en la contemporaneidad capitalista, la historia intelectual es subvertida por la propia transformación de las relaciones sociales: los “grandes intelectuales” perseveran en el análisis, pero se añaden periodistas y activistas sociales, músicos y poetas, cineastas, editoras y curadores, bloggers e influencers, etcétera, erosionando la especialización discursiva de la *intelligentzia*. La exclusividad “intelectual” es socavada por la abstracción social capitalista. Sus implicancias sugieren una revolución teórica y metodológica por hacer, incluso si, como es forzoso que ocurra, se proyecta retrospectivamente –*cum grano salis*– hacia pasados lejanos. ¿Eso prolonga la historia intelectual hasta disolverla en una historia de la cultura o incluso en una historia *tout court*?

En buena medida esa pérdida de especificidad es bienvenida porque afirma la mediación de lo intelectual por la lógica mercantil y sus configuraciones institucionales. El límite lo impone el objeto: las prácticas intelectuales exigentes de la reconstrucción de acciones significantes, individuales o colectivas, destinadas a interpelar públicamente el enigma de una época. La historia intelectual requiere actores, acción teleológica regida por la generación de significación,

la producción de representaciones. Pero siempre en instancias de interpelación de lo que esas representaciones pueden generar o decir de lo real. Por ejemplo, una filósofa que produzca textos académicos destinados a esclarecer el concepto de intención, como Elizabeth Anscombe, pertenece a la historia interna de la filosofía analítica y no a la historia intelectual. Los escritos de investigación de Rodolfo Walsh, sean *Operación masacre* o sus notas en el periódico de la CGT de los Argentinos, aunque no se quisieran intelectuales sino militantes, ingresan al territorio de la historia de las ideas porque fueron dirigidos a un público con el propósito de exponer la naturaleza de los gobiernos militares o de la burocracia sindical. La historia intelectual requiere actores particulares y producciones específicas, incluso si esos actores no son el fundamento de su propia historicidad.

La historia intelectual en cualquiera de sus orientaciones teorizadas hasta hoy, en mi opinión, es anacrónica respecto de los modos del quehacer intelectual requeridos para comprender nuestra época y repensar el pasado. Es verdad que las “escuelas” involucradas en la historia intelectual se plantearon, puesto que tenían la premisa de debatir tanto con el economicismo atribuido al marxismo como con el platonismo de la antigua historia de las ideas, un más allá del lenguaje sin apelar a ontologías inadecuadas (por decirlo rápido, pre-giro lingüístico). Eso es ostensible en Reinhart Koselleck, pero también en quienes se inspiran en la escuela de Cambridge o en las elaboraciones francesas estructuralistas o postestructuralistas. En la Argentina tampoco tuvieron éxito las variantes de un textualismo radical. Como intenté mostrar en el caso decisivo de Terán, su postmarxismo fue compatible con la búsqueda de una historicidad ligada a condiciones sociales contextuales, e incluso a prácticas socialmente condicionadas. Sin embargo, si no me equivoco, ese más allá

es como un límite kantiano, que continúa revelando una historia de autores, sea que se los inscriba en series discursivas, lenguajes, paradigmas o mapas conceptuales.

Para concluir el rodeo, se entiende que las habilidades exigidas por una historia social de las prácticas intelectuales sean multidisciplinarias. Deberían interpretar conceptos y argumentos, pero también lapsus y chistes, formas y ausencias, condiciones de producción simbólica y acciones de actores concretos. Sobre todo, plegarse a la sabiduría historiadora que aconseja distinguir a las ideas y los conceptos de las instituciones, las prácticas y la interacción de actores, la divergencia entre la acción teleológica y los resultados de las prácticas, las múltiples escalas de lo real. Así las cosas, más allá de las particularidades de la historia intelectual o de las ideas, la misma involucra las exigencias de toda buena historiografía.

5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?

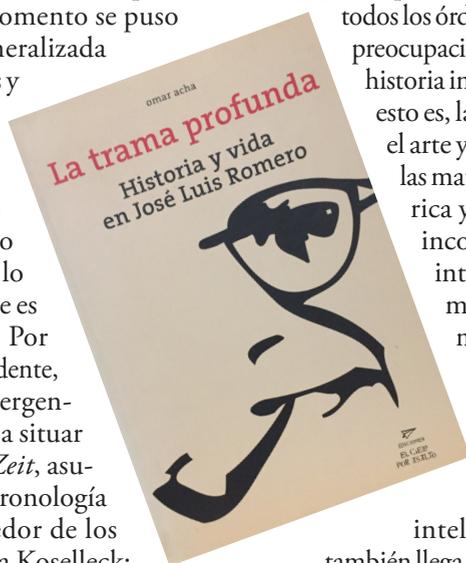
Comienzo por la segunda pregunta. De manera general, entiendo que no hay “grandes debates” en la historiografía argentina, ni por extensión tampoco en el ámbito de la historia de las ideas e intelectual. La mencionada diversidad de enfoques y sus autonomías institucionales es saludable, pero diluye los disensos argumentados. En rigor, solo para señalar términos muy difundidos, para el siglo XIX requerimos un debate sobre la validez del concepto de “republicanismo”, y para el siglo XX del concepto de “modernización”. Desde luego, el desafío verdadero consiste en evaluar nuevos conceptos organizadores de la investigación.

Carecemos de una hegemonía académica y epistémica. Hay diversas orientaciones en núcleos, centros, redes y grupos de investigación. En el terreno más específico de la historia de las ideas o intelectual en la Argentina encuentro tres grandes líneas. La tradicional historia de las ideas centrada en autores y obras, la historia de las ideas modificadas por el giro decolonial y la historia político-conceptual y de los actos de habla, a las que podríamos añadir, tal vez, los estudios de recepción. Un tema común a esas orientaciones diferentes concierne a la historicidad de los conceptos utilizados. Si en algún momento se puso en cuestión la validez generalizada de los conceptos marxistas y luego de los foucaultianos, le llega el turno a los koselleckianos. Durante al menos tres lustros el planteo de Koselleck fue adoptado sin mayores exámenes o a lo sumo con la nota al pie que es la detección de “límites”. Por ejemplo, no es para nada evidente, en mi opinión, que la emergencia de la “Historia” se deba situar en el *Sattel- o Schwellen-Zeit*, asumiendo por lo tanto una cronología europea ordenada alrededor de los procesos inquietantes para Koselleck: la revolución industrial y la revolución política. Está lejos de ser indiscutible, por caso, si la conquista de América constituye un comienzo alternativo y caracterizado por transformaciones de diferente naturaleza. Sin esa reflexión, todo lo que se construya tendrá fundamentos endebles.

Como sea, se impone un diálogo productivo. Más que un “giro lingüístico”, en Koselleck encontramos la invitación a una historia social de los conceptos. En tal sentido es superior a la pragmática de Cambridge y sobre todo al postestructuralismo francés. El problema del proyecto koselleckiano consiste en quedar atrapado de un debate

de Guerra Fría, que los usos posteriores no han logrado, en mi opinión, neutralizar. El mismo consiste en separar, por un lado, la emergencia de la modernidad o *Neuzeit* y su crisis de, por otro lado, un concepto dialéctico de la sociedad capitalista, el que provee un acceso más adecuado a la crítica de la modernidad.

Lo central para la historia intelectual reside en que el quehacer intelectual ha sido multiplicado por la productividad capitalista y su capacidad para prolongarse en todos los órdenes de la realidad. Las preocupaciones tradicionales de la historia intelectual y de las ideas, esto es, la filosofía y la política, el arte y la religión, la lógica y las matemáticas, la física teórica y el psicoanálisis, son incorporadas y mediadas internamente por la forma social mercantil. En nuestros días, el *General Intellect* incluye mucho más que ese *trivium* y *quadrivium*. Temo que el búho de Minerva de la historia intelectual y de las ideas también llega tarde a este crepúsculo.



Es por eso cada vez más difícil desmarxistizar la historia intelectual, incluso si se asume unilateralmente la crisis del marxismo como esclarecimiento estratégico. No por motivaciones políticas o ideológicas, sino porque la actividad intelectual está cada vez más subsumida por la lógica del capital. Lo es productivamente, la sociedad capitalista es en cada intensificación de su imposición, más abstracta y más intelectual. Mi pregunta es la siguiente: ¿qué historia social de las prácticas intelectuales es conveniente elaborar cuando devino razonable discutir la categoría de capitaloceno? ¿Persiste el relato moderno de la singularidad de la innovación

política (Schmitt) o cultural (Weber)? ¿No es la crítica de la economía política un programa que requiere una profunda ampliación pensada por Marx?

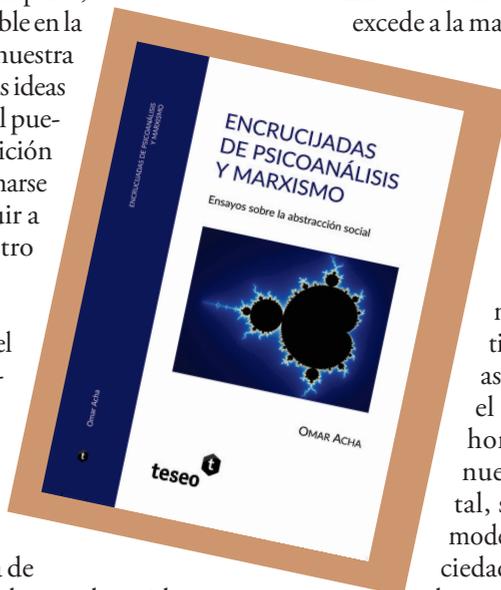
Encuentro que el reclamo de autonomía de la especialidad, sea que se sostenga en la teoría de los campos, en la singularidad del lenguaje o en la especificidad sociológica de las élites letradas, evade esa cuestión decisiva. Los grandes temas de la modernidad, el poder, la ciudad, la ciudadanía, la igualdad, la naturaleza, la historia, la técnica, la revolución, la nación, etcétera, se han tornado crecientemente figuras de la universalidad proliferante del capital. Ello es aún más válido para problemáticas recientes como lo inconsciente, el género y la sexualidad. No me parece algo a celebrar que a pesar de tantas incertidumbres el marxismo continúe siendo, para retomar una frase de Sartre que modifiqué en parte, un horizonte insuperable en la problematización de nuestra época. La historia de las ideas y la historia intelectual pueden soslayar esta condición al oneroso costo de tornarse inútiles para contribuir a la genealogía de nuestro presente capitalista.

En mi perspectiva, el desafío reside en intersectar la dialéctica de la “forma valor” con la praxis intelectual y sus autonomías institucionales, o lo que es lo mismo, la deuda de las prácticas intelectuales, en el sentido

ampliado señalado con la mediación del capital que nos habita incluso si nos deseamos post- o anti-marxistas. Pero sin habitar un historicismo marxista.

En tal sentido, la dialéctica social del capital es, aunque imprescindible, insuficiente para incorporar como lo soñó Hegel con su idealismo “absoluto”, las dimensiones transhistóricas del lenguaje, las imágenes y los sonidos. Algo similar sucede con cuestiones cardinales como el monoteísmo y la dominación masculina. El estallido reciente de la divisoria naturaleza/cultura, central para la metafísica de las ideas y las pretensiones de lo intelectual, despliega desafíos que recién comenzamos a comprender. Para la formación en historia intelectual *hoy*, es tan importante conocer la obra de Donna Haraway como la de los ya tradicionales Quentin Skinner y Michel Foucault.

En esa orientación, mi pensamiento excede a la manera en que pensó Marx. Si para él la crítica de la economía política era más relevante que otros debates, por ejemplo con la filosofía, hoy la discusión es significativamente más amplia. Pero lo excede en otro sentido más fundamental: la investigación histórica no puede asumir como supo hacerlo el marxismo, el horizonte homogéneo de un tiempo nuevo regulado por el capital, sea que se lo denomine modernidad, capitalismo o sociedad burguesa. La noción de la no-contemporaneidad de lo



contemporáneo, muy corriente en el ámbito de la historia intelectual y sus arrabales, nos conduce a interrogaciones metateóricas. Reformulo así la tesis de Benedetto Croce: toda historia (no solo la intelectual) es a la vez contemporánea y no contemporánea.

La única destreza que considero deseable es la capacidad de pensar intempestivamente. En los años sesenta y setenta del siglo pasado el marxismo era pasablemente bien visto en la vida intelectual. En los años noventa y hasta casi hoy, el postmarxismo prevaleció como sentido común, sea con sus énfasis trascendentales (Habermas), aporéticos (Derrida) o modernizantes (Giddens). Este primer cuarto del siglo XXI demanda renovar la teoría social del dominio capitalista y sus repercusiones en el orden de las ideas y los conceptos. Mi generación intelectual no supo generar una alternativa convincente al respecto. Confío en que quienes nacieron cuando culminaba el siglo XX sepan hallar otras vías que superen nuestras frustraciones. Curioso de las inquietudes de las nuevas generaciones, por lo que leo en el panorama actual del escenario historiográfico global, soy optimista.*

Entre Historia de las ideas y Filosofía práctica

Adriana Arpini¹

adriarpini52@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-5459-0363>

1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?

Cursé mi primera formación intelectual como estudiante de Filosofía en la Universidad Nacional de Cuyo entre 1970 y 1974. Eran años de efervescencia juvenil.



1 Adriana María Arpini es Profesora y Licenciada en Filosofía, Doctora en Filosofía por la Universidad Nacional de Cuyo, donde también se desempeña como profesora de grado y posgrado. Es Investigadora Principal de CONICET con sede en el Instituto de Ciencias Humanas Sociales y Ambientales del CCT Mendoza. Es Sub-directora del Instituto de Filosofía Argentina y Americana (IFAA) de la FFyL, UNCuyo y coordina el Centro de Investigaciones Interdisciplinaria de Filosofía en la Escuela (CIIFE). Sus publicaciones recientes son: *Filosofía, crítica y compromiso en Augusto Salazar Bondy*. (Lima, 2016); *Fragments and episodes. Expresiones del pensamiento crítico de América Latina y el Caribe en el siglo XX*, (Compiladora) (Mendoza, Qellqasqa, 2017); *Diálogos inacabados con Arturo Andrés Roig. Filosofía Latinoamericana, Historia de las ideas, Universidad* (Con Marisa Muñoz y Dante Ramaglia) (Mendoza, EDIUNC, 2020).

Compartíamos las horas de estudio—muchas por día, generalmente las de la mañana, desde muy temprano—con la militancia en la política universitaria. Nos preocupaba estar informados de los acontecimientos diarios en el país y el mundo. Por lo general estudiábamos en grupos pequeños, dos o tres personas. Preparé la mayoría de las materias con Ana Luisa, con quien logramos gran sintonía para el estudio, y una amistad que dura hasta hoy. Ambas vivíamos en San Martín y viajábamos durante más de una hora diaria para llegar a la Facultad. Ambas teníamos gran avidez por la lectura filosófica. Recuerdo con placer las horas que dedicamos el estudio de la Crítica de la razón pura y a la Fenomenología del espíritu, entre los que más dificultades nos ofrecían.

Tuvimos grandes maestros durante la carrera: Carlos Ludovico Ceriotta (Fenomenología), Carlos Bernardo Bazán (Medievalista), Oward Ferrari (Filosofía de la historia, decía de sí mismo que era aprendiz de marxismo), Enrique Dussel (que en esos años escribía *Para una destrucción de la historia de la ética* y los primeros volúmenes de *Para una ética de la liberación latinoamericana*, en los que va de Heidegger a Levinas), Vicente Cicchitti (nos enseñó a amar la cultura griega), con Norma Fóscolo aprendimos a leer a los modernos y con Mirta Bonvecchio descubrimos que es posible hacer filosofía al enseñarla. Pero, sin duda, a quien puedo reconocer como mi maestro fue Arturo Andrés Roig. En el curso de Filosofía antigua, nos hacía leer a

Hegel para entender a Platón. Sólo más tarde alcanzamos a comprenderlo, cuando en el Seminario de Filosofía Latinoamericana, volvimos a Hegel, frente a Hegel, contra Hegel, para comenzar a pensar quiénes somos en realidad. Fue Roig quien orientó mi tesis de licenciatura sobre “El hombre y los valores en Augusto Salazar Bondy”. Aunque cuando finalmente la presenté, en los primeros días de setiembre de 1974, con Ivanissevich en la cartera de Educación y ya iniciada su misión de limpieza ideológica de las universidades, Roig y la totalidad de los mencionados –al igual que otros muchos en el país– fueron desplazados de la Universidad, en muchos casos amenazados, e debieron iniciar el camino del exilio. Del exterior, en el extranjero, porque también hubo un exilio interior.

Permítaseme este breve pasaje autobiográfico, que lleva la intención de afirmar que me siento parte de una generación que sí tuvo grandes maestros, pero que los reveses de la política, el fanatismo y la dictadura cívico-eclesiástico-militar colocó muy pronto en condiciones de orfandad intelectual y de soledad. Así comenzamos a andar un camino, por momentos errático, sin guía. Si hubo excepciones, no las conozco. No fue sino hasta el retorno de la democracia que comenzaron a abrirse posibilidades de dar continuidad a una formación rigurosa en la línea de trabajo que habíamos elegido: la filosofía de nuestra América; más específicamente nuestra Historia de las ideas.

El regreso de Roig al país y su reposición, por orden judicial, en el cargo universitario del que había sido expulsado, renovó y dinamizó ese ámbito de investigación y docencia.

2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

Mis trabajos se inscriben mayoritariamente en el cruce entre Filosofía práctica e Historia de las ideas de nuestra América. Desde la etapa de elaboración de mi tesis doctoral, que versó sobre “Categorías sociales y fundamentación filosófica en Eugenio María de Hostos”, dirigida por Arturo Andrés Roig. Eugenio María de Hostos es un filósofo puertorriqueño, formado en el krausismo español, que desarrolla su obra en la segunda mitad del siglo XIX, viviendo en situación casi permanente de exilio. A él se deben el primer Tratado de Sociología que se escribe en América Latina –y demás, con perspectiva latinoamericana–; así como el primer texto de Ética Social, una vertiente de la ética que también tiene el sello de nuestra América.

Mis estudios doctorales coincidieron con la obtención de un cargo por concurso en la Cátedra de Ética Social en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo. De ahí el interés por trabajar en el cruce de ambos campos disciplinares. Respecto de la Historia de las ideas, reconozco mi adhesión teórica a la línea de trabajo que se abre por los años '40 del siglo pasado, en México, a partir de los seminarios dictados por José Gaos acerca de la Filosofía en ese país. Allí se desarrollaron las bases teóricas y metodológicas de la disciplina, mediante una radicalización crítica del historicismo (Dilthey, Troeltsch, Groethuysen, etc.). En esta línea, los estudios de Historia de las ideas se diferencian sustancialmente de los que por la misma época desarrollaban Francisco Romero o Francisco Miró Quesada sobre la Historia de la filosofía en América Latina y en sus respectivos países.

Un momento importante en la renovación teórico-metodológica de la disciplina se produce a partir de la polémica que sobre fines de los '60 se desata a propósito de la publicación del libro de Augusto Salazar Bondy *¿Existe una filosofía de nuestra América?* Y la respuesta de

Leopoldo Zea *La filosofía americana como filosofía sin más*. Esa polémica, a la que se sumaron muchos filósofos preocupados con el tema de toda nuestra América, al mismo tiempo que rescató aportes valiosos del historicismo, puso en evidencia sus limitaciones y la necesidad de una ampliación metodológica. Esta tarea fue realizada por Arturo Roig durante las décadas de los '70 y principios de los '80, o sea durante su exilio. Así, la Historia de las ideas se enriqueció con la incorporación de aportes del giro lingüístico, La teoría del discurso, la teoría del texto, la semiótica, los estudios sobre la vida cotidiana y sobre la narrativa. Aunque la renovación de las bases teóricas y metodológicas de la disciplina es constante, respondiendo a las exigencias de lo que en cada caso nos proponemos abordar como objeto de estudio—discurso político, ideologías, narrativa popular, críticas a la modernidad, estudios regionales, feminismos, colonialidad, etc.— un punto de partida imprescindible es el libro de Roig, *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*.

3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

Considero que es indispensable en la tarea intelectual el diálogo e intercambio con los colegas y la participación en proyectos colectivos—del grupo de pertenencia, pero también de otros grupos nacionales e internacionales—. Esto hace no sólo al desarrollo de la propia línea de investigación, sino a la formación de los jóvenes investigadores. Cuestión que estimo fundamental en la actividad de investigación. De hecho, un número importante de nuestras publicaciones son compilaciones surgidas del trabajo colectivo, donde se combinan la experiencia de los formadores con las exigencias de renovación planteada por las inquietudes de los más jóvenes.

Siempre comenzamos nuestras investigaciones con la lectura crítica de otros autores, no sólo para establecer el estado de la cuestión, sino para apoyarnos en sus aportes, discutirlos si es necesarios y mantener la actualización en la línea de investigación y en la disciplina. La lectura es una necesidad, y en algunos casos llega a convertirse en un vicio. En una ocasión me preguntaron: ¿Qué hace cuando trabaja? — Leo! ¿Qué hace cuando descansa? — Leo!!

4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?

Podríamos decir que nuestra actividad en el campo de la Historia de las ideas es más que nada hermenéutica, dialógica y crítica. Se requieren habilidades para el trabajo de archivo: ¿qué buscar?, ¿dónde?, ¿cómo?, ¿cómo discernir lo importante de lo menos importante?; también para la lectura comprensiva y contextualizada, para la hermenéutica genealógica y crítica, para el diálogo con el pasado desde el presente con perspectivas de futuro. Es una experiencia gratificante cuando logramos ese tipo de diálogo con el pasado —lejano o cercano— en el que podemos entrar en juego, desde nuestro lugar de enunciación, con voces que destellan con distintos ritmos y matices, y al mismo tiempo descubrimos pistas que abren posibilidades hacia lo nuevo. Lo más difícil suele ser el momento de la síntesis, de volcar esas experiencias en la escritura.

5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?

Considero que la Historia de las ideas de nuestra América es un ámbito disciplinar que goza de muy buena salud. Existen diversos grupos y líneas de trabajo en el país y en América Latina, también es mucho lo que hay por hacer. Son fecundos los intercambios con campos disciplinares cercanos como la historia intelectual, los estudios de la memoria, los estudios culturales, incluso la historia de la filosofía, de la literatura, etc.



Los debates sobre cuestiones teórico-metodológicas son permanentes y hacen a la renovación y buena salud de la disciplina. Son relevantes en el debate contemporáneo cuestiones en torno al valor de las narrativas y el modo de abordarlas, la perspectiva feminista en la aproximación a nuestra historia de las ideas, las cuestiones sobre dependencia, colonialidad, decolonialidad, las miradas críticas sobre el humanismo y el poshumanismo y sobre la peculiaridad/originalidad de nuestros humanismos. Asimismo los temas de la memoria, la diversidad, el reconocimiento, el exilio son motivo de exploración y debates intensos en nuestros días.*

La vida social de las ideas

Alejandro Blanco²

ablanco@unq.edu.ar

<https://orcid.org/0000-0002-0333-831X>

1.-¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?

Durante el período de la formación universitaria, la primera forma de conexión con un grupo, fuera del de los condiscípulos, se da siempre o casi siempre través del ingreso a una cátedra, en calidad de auxiliar docente. Y eso ya es una primera experiencia de “ingreso al campo”, pues implica la integración a un grupo institucionalizado y jerarquizado, el de la cátedra, con su profesor titular, adjunto, asociado, jefe de trabajos prácticos, etc., que tiene a su cargo la transmisión de un cuerpo de



2 Alejandro Blanco es sociólogo por la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, Magíster en Sociología de la Cultura por el Instituto de Altos Estudios Sociales de la UNSAM y doctor en historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Es profesor titular de sociología en la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ) e investigador del Centro de Historia Intelectual de esa universidad y del CONICET. Es autor de *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina* (2006); y *Sociología en el espejo. Ensayistas, científicos sociales y críticos literarios en Brasil y en la Argentina* (2015, en coautoría con Luiz Carlos Jackson).

conocimientos (teoría social, historia social, metodología y técnicas de investigación, etc.), cátedra que tiene una determinada “importancia” en el plan de estudios de la disciplina y una cierta posición en la jerarquía de los “temas” o “asuntos” considerados relevantes por los practicantes de la disciplina, y que a su vez promueve determinadas inserciones ocupacionales, perfiles profesionales y modos de representación de la actividad que el recién llegado va descubriendo mediante el sistema de clasificaciones vigente (“sociólogo crítico”, “sociólogo profesional”, “sociólogo teórico”, “sociólogo empirista”). Sin embargo, esa primera experiencia con la vida académica

e intelectual estuvo mayormente vinculada con la docencia, dado que la investigación era todavía una actividad periférica de una vida universitaria prácticamente dominada por las actividades de enseñanza—estoy hablando de comienzos de la década de 1990. No obstante, esas primeras experiencias de inserción en grupos de docencia (y algo de investigación) fueron muy

importantes para conocer e iniciarme en las “reglas del arte” universitario. Ya al momento de iniciar mi formación de posgrado tuve la oportunidad de ingresar al grupo del que actualmente continúo siendo miembro, el Centro de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes, que me ofreció no solamente un excelente lugar de trabajo sino también el afecto y la compañía diaria de un reducido grupo de colegas, algunos ya “consagrados” y otros “en vías de consagración”, dueños ya de un importante capital

científico, muy experimentados en el *métier* de la investigación, y a quienes debo lo que suele denominarse como crecimiento y maduración intelectual.

En ese sentido, la pertenencia o conexión con un grupo, y sobre todo en esos años de formación, además de reportar los beneficios asociados a una mayor integración social, proporciona un espacio regular de intercambio que difícilmente podemos sustituir con la asistencia a congresos o jornadas, que, aunque regulares, ocurren una vez al año en el mejor de los casos. La integración a un grupo de investigación, en cambio, que puede ser una cátedra, un instituto o un centro, ofrece no solamente una red cotidiana de relaciones de interconocimiento e interreconocimiento sino un espacio para el intercambio de aquellas informaciones que son vitales en esta actividad, como todas aquellas relativas a becas y subsidios, referencias bibliográficas, fuente de información, contactos para el acceso a determinadas fuentes, etc. Es incluso a partir de la integración a esos grupos que uno va definiendo o incorporando, de una manera casi imperceptible, no solamente una determinada jerarquía de “objetos” y “problemas” sino también una determinada manera de hablar de ellos –al fin y al cabo los grupos existen a partir de las censuras que imponen. Esto último se torna ostensiblemente visible cuando se cambia de grupo (sea que implique cambiar el “grupo de pertenencia” o en virtud de la adopción de un nuevo “grupo de referencia”). Como sea, cuando eso ocurre advertimos cuánto de nuestras elecciones de objeto y de nuestra manera de construir los problemas de investigación remiten a esos grupos en los que nos hemos formado y que nos han formado. Ciertamente, aunque los beneficios de la pertenencia a un grupo son tanto más grandes cuanto más importante es su grado de institucionalización y de “consagración”, lo cierto es que la sola pertenencia a un grupo aumenta el rendimiento del capital de cada

uno de sus miembros en la medida en que cada de ellos está en condiciones de movilizar un capital que es el capital del grupo. Ese es otro de los beneficios que proporciona la afiliación. Con todo, y para no incurrir en una ciega celebración de la vida grupal, hay que advertir también que los grupos poderosamente integrados corren el riesgo de desarrollar lo que comúnmente se denomina como “espíritu de cuerpo”, que promueve en cada uno de sus miembros el sentimiento y la creencia de pertenecer a una “especie superior” y que inclina a una adhesión encantada del grupo y a una imagen igualmente encantada del propio yo, que termina erigiéndose en la fuente de un poderoso conformismo intelectual.

2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

No existe actividad más internacionalizada que la actividad intelectual, incluida la académica. Como sabemos, a diferencia de otras categorías de la población, la de los productores culturales, pero especialmente la de aquellos que solemos agrupar bajo el rótulo de intelectuales – artistas, escritores y profesores universitarios– es la que menos se define o define su identidad con referencia exclusiva a los elementos de su propia sociedad y cultura. En ese sentido, la referencia a lo internacional, a lo que ocurre en el mundo, a las otras culturas y sociedades es constitutivo de las prácticas y de la forma en que esa categoría de agentes define su identidad. Sabemos que nuestros nacionalistas se hicieron nacionalistas leyendo autores extranjeros. En ese sentido, tanto nuestra experiencia de formación como nuestra ocupación en este campo involucra inevitablemente la relación con tradiciones intelectuales nacionales como extranjeras y eso en lo que concierne tanto al plano de los

“instrumentos de conocimiento” (teorías, perspectivas analíticas, conceptos, técnicas de investigación) como al de los “objetos de conocimiento” (temas o dimensiones de análisis relevantes). Digo todo esto dando por descontado que la distinción (aceptable) entre tradiciones intelectuales argentinas y extranjeras no se confunde con la distinción (inaceptable) de tradiciones nativas, puras e incontaminadas, y tradiciones alienígenas. Luego, y para ir más allá de ese rasgo estructural de nuestra ocupación, diría que el trabajo de investigación que he realizado hasta el momento ha consistido en construir en objeto (u objetivar) esa relación misma entre tradiciones nacionales y extranjeras, intentando comprender las modalidades de apropiación de nuestros productores intelectuales locales (o nacionales) de determinadas tradiciones intelectuales de los centros metropolitanos y los efectos que todo eso produjo en la estructuración de ciertos segmentos de nuestra propia tradición intelectual. Mi primera investigación de aliento sobre la formación de la sociología en la Argentina liderada por Gino Germani estuvo precisamente consagrada a reconstruir un proceso de esa naturaleza. Una indagación en la misma dirección está también presente en la investigación comparada sobre el desarrollo de la sociología y la crítica literaria en Argentina, Brasil y México que he llevado a cabo en los últimos años en colaboración con un colega de la Universidad de San Pablo, el profesor Luiz Jackson, y que desembocó en un libro en coautoría. Una parte significativa de esa investigación estuvo destinada precisamente a poner de relieve las relaciones que sociólogos y críticos literarios mantuvieron con las tradiciones intelectuales nacionales y extranjeras durante el período comúnmente identificado como de modernización de esas disciplinas, y el impacto de esas relaciones en la producción intelectual de esa categoría específica de productores culturales. También, y más recientemente, en los trabajos más puntuales

que desarrollé en colaboración con otros colegas en el marco de un proyecto internacional sobre una historia transnacional de las ciencias sociales estudiando tanto las dinámicas de internacionalización de los sociólogos argentinos durante las últimas tres décadas como la formación, durante las décadas de 1950 y 1960, de un espacio trans-nacional de las ciencias sociales en América latina y su impacto sobre las trayectorias y las agendas de investigación de una fracción de los sociólogos de la región³.

3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

En principio diría que la discusión con otros colegas no es una opción, no es algo que uno pueda decidir hacer o no hacer. Es algo que uno inevitablemente hace, quíeralo o no, por el simple hecho de ocupar una determinada posición en un espacio, el espacio de la disciplina o el espacio del campo o área de estudio, que es siempre un espacio de diferencias. No se puede estar fuera del espacio (*atopos*) y la posición que uno ocupa en el mismo, sea de la disciplina o del área o campo de estudio, como la trayectoria que lo ha conducido a ella, están en el principio de unos determinados puntos de vista, asociados con determinadas estilos de prácticas que encuentran expresión en los diferentes planos del trabajo de investigación: objeto, enfoque o perspectiva analítica,

3 Alejandro Blanco y Ariel Wilkis, “Internationalization of sociology in Argentina during the last thirty years: density and geography” y Alejandro Blanco y Gustavo Sorá, “Unity and Fragmentation of the social and human sciences in Latin America”, en *The Social and Human Sciences in a Global Perspective*, Edited by Johan Heilbron, Gustavo Sorá, and Thibaud Boncourt, Volume 2, 2018, pp. 215-241 y 127-152.

técnicas de investigación, bibliografía, lugar de publicación, etc. Entonces cuando selecciono un objeto, una perspectiva analítica, una técnica de investigación y un lugar de publicación estoy entablando, quiéralo o no, una discusión con mis colegas que han seleccionado (y jerarquizado) otros objetos, otras perspectivas analíticas, otras técnicas y otros lugares de publicación, etc. En ese sentido, diría que la discusión con otros colegas es una propiedad estructural del espacio y no del agente. Luego está el plano de la discusión deliberadamente buscada con los colegas, más bien, con algunos colegas, que son aquellos que uno selecciona, y por las razones más diversas, como árbitros deseables del propio trabajo. Esta otra discusión tiene la enorme ventaja de que es una discusión controlada por uno mismo, a diferencia de la anteriormente mencionada, que ocurre, podríamos decir, por efecto de estructura o de campo. Ahora bien, el problema es que si esta última ocurre a pesar de nosotros, la otra discusión, esa que involucra a colegas escogidos por nosotros mismos, aumenta con nuestra integración a uno o más grupos, que -y aquí volvemos a encontrarnos con la importancia de estos últimos- no solamente nos aseguran un primer mercado cautivo para nuestros productos sino que, y más importante todavía, nos proporcionan un modo de controlar – control que crece conforme aumenta la heterogeneidad del grupo - los presupuestos y/o sesgos de perspectiva derivados, como decíamos hace un momento, tanto de la posición que ocupamos en el campo como de la particular trayectoria que nos ha conducido a ella, pero también de la *doxa* de la disciplina que practicamos, de la tradición teórica con la que construimos los problemas, etc.

4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?

Suelo definir las investigaciones que realizo como una sociología e historia social de las ideas. Las ideas son objetos sociales y la relación que mantenemos con ellas está mediada por toda nuestra experiencia social, pasada y presente. En tanto objetos sociales las ideas viajan por el espacio social -recordando que lo hacen siempre por intermediación de sus portadores- y a medida que van cruzando las fronteras de la estratificación social se van modificando, porque se modifica el horizonte de experiencias y la condición estatutaria de sus portadores. En la Alemania de la segunda mitad del siglo XVIII o en los diferentes estados de lo que más tarde sería la nación alemana, como nos lo ha recordado Norbert Elias, la idea de “civilización” experimentaba una sensible inflexión de sentido cuando pasaba de ser vocalizada por la nobleza cortesana a serlo por los integrantes de esa clase media o *Bildungsbürgertum*, muy propia y exclusiva, por lo demás, de esa región del mundo europeo y que hizo de la educación (y no de las posesiones materiales) la fuente de su identidad social. Las ideas también viajan por el sistema ocupacional, y a medida que van cruzando las fronteras de las diferentes ocupaciones (o profesiones) se van modificando por las exigencias relativas a cada ocupación que condiciona nuestra relación con las ideas. Por eso tenemos, exagerando un poco, “ideas de sacerdote”, “ideas de empresario”, “ideas de maestro”, “ideas de militar”, “ideas de magistrado”, “ideas de embajador”, “ideas de periodista”. Pero no como algo “esencial”, sino como el emergente de una serie de condiciones sociales de producción, de adquisición y de intercambio de las ideas, de las coacciones a las que esos productores están sometidos en función de los campos (campo eclesiástico, económico, escolar, político, periodístico) en los que participan como de la posición que ocupan en los mismos. Un diplomático no está sometido ni a los dictados de la pedagogía ni a las “urgencias” del *raiting*, pero el periodista y el maestro están a salvo

de todos los “protocolos”, es decir, de todos los imperativos de *eufemización* de la lengua que son propios del intercambio diplomático, etc. Y por obra de todas esas coacciones, que son formas socialmente aceptadas de censura, las ideas se modifican.

Luego, la autoridad, y por tanto la “fuerza” de las ideas depende o varía en función de la condición estatutaria (edad, sexo, religión, estatus socio-económico, diploma, etc.) de sus productores como de los “mercados” en los que esas ideas son recibidas e intercambiadas. ¿Podríamos, por ejemplo, disociar la autoridad social que obtuvieron las ideas socialistas y el Partido Socialista en la Argentina de comienzos del siglo XX de la “condición universitaria” de sus cuadros dirigentes? Partido muy “decente”, partido de “doctores”, de profesores universitarios, en fin, un partido de gente “legítima” (Weber). Por esa razón las ideas socialistas no tardaron en obtener un margen importante de aceptación social. ¿Podemos disociar la autoridad social que ganó ese partido en las clases medias urbanas de origen inmigratorio de las características de ese espacio o “mercado”, el de las clases medias urbanas con buena voluntad cultural, en el que se tiene mucho aprecio por la cultura, por el conocimiento, en el que “se cree” que la autoridad debe estar fundada en “cultura” o en “competencia cultural”? Y si históricamente, al menos en Argentina, el Partido Socialista estuvo para el mundo intelectual como el mundo intelectual para el Partido Socialista fue porque cada uno de ellos ofrecía para el otro el mejor mercado para sus productos, el mejor “precio” para sus producciones. Ejemplo notable de lo que Max Weber denominó como “afinidades electivas”, el mundo intelectual pagaba mejor que ningún mercado las competencias de esos políticos que eran “maestros universitarios” o “maestros normales, porque los intelectuales, especializados en la producción de ideas, prefieren políticos con ideas, y los políticos

“cultos”, que gustan de las ideas, nunca se sienten tan consagrados como cuando son consagrados por el mundo intelectual.

La única vida entonces que las ideas tienen y pueden tener es una vida social, que también tiene una historia. Por lo tanto, para comprender qué son las ideas y cómo funcionan necesitamos comprender el mundo que las ha engendrado, o sea, el mundo social históricamente constituido. En una historia de las ideas las ideas son muy importantes, claro, pero las ideas no tienen vida propia, no hablan por sí mismas ni discuten entre ellas sino que lo hacen por intermedio (o la mediación) de los agentes sociales que las movilizan en sus prácticas como de los “mercados” en los que esos agentes despliegan esas prácticas. De otro modo tenemos o bien una historia del arte sin “artistas”, una historia de la literatura sin “escritores”, una historia de disciplina sin “practicantes”, o bien esas historias del arte, de la literatura o de las disciplinas de carácter “hagiográfica”, que hablan de artistas, escritores y científicos como de creaturas increadas, hijos de ellos mismos. En fin, estudiar las ideas por fuera de sus condiciones sociales de producción, de adquisición y de utilización, a la manera de los lingüistas que estudian la lengua excluyendo la relación del que habla con la lengua que habla, es como estudiar las ideas que nadie habla ni usa y que solamente están en la imaginación del historiador de las ideas. Por esa razón, no tiene mucho sentido enfocar el problema de las ideas desde el punto de vista de la relación de las ideas y la sociedad como tampoco considerar las ideas *en* la sociedad, puesto que en ambos casos estamos dando por descontado que las ideas son algo distinto de la sociedad. Creo que debemos reemplazar ese platonismo de las ideas por una sociología de las ideas, es decir, considerar a las ideas *como* sociedad. En tal sentido, las ideas son espacios de inscripción, que llevan la marca de la experiencia social del productor, lo cual remite, por un lado, a las condiciones sociales

de producción como agente social (origen social, geográfico, familiar, etc.) y como productor cultural (formación escolar, contactos profesionales, tradiciones de formación, etc.) y, por el otro, a las demandas y limitaciones sociales (tradicción) que se inscriben en la posición que ocupa el agente en una campo determinado de producción cultural. De hecho, las características mismas de las ideas se modifican cuando son apropiadas por agentes con orígenes, formación escolar y trayectorias sociales diferentes. Podemos tomar la historia de la sociología en la Argentina como una ilustración de lo que estoy diciendo. En el curso de poco más de medio siglo pasó de ser un *métier de los hijos de la "nobleza de estado"* - Carlos Octavio Bunge, hijo de un ministro de la Corte Suprema de Justicia, Ernesto Quesada, hijo de diplomático, Juan Agustín García, hijo de juez y ministro de hacienda, todos *porteños*, a un *métier* practicado por los hijos de los "ramos empobrecidos" de las oligarquías provinciales y de la "nobleza de estado" provincial -Raúl Orgaz, Santiago del Estero, Pedro Isidoro Ruiz Moreno Urquiza, Entre Ríos, Enrique Martínez Paz, Córdoba, Manuel Fernando Martínez Paz [h], Córdoba, Juan Carlos Agulla, Córdoba, Alfredo Poviña, Tucumán, Pedro David, Tucumán, Gustavo Adolfo Martínez Zuviría, Córdoba, Luciano Molinas, Santa Fe, Fernando Cuevillas, Santiago del Estero, Luis Bruno Campoy, Mendoza, también criollos, como los anteriores. Finalmente, y ya en la segunda mitad del siglo, la disciplina está en manos de agentes salidos de la clase media urbana *porteña* de origen inmigratorio (mayormente hijos de comerciantes, de empresarios culturales, de cuadros superiores-profesionales y de cuadros medios), con una alta proporción de judíos y de mujeres, es decir, provenientes de familias con una posición muy diferente en la división social del trabajo. Además del origen social y geográfico, la trayectoria escolar diferencia igualmente a los sociólogos de las dos primeras generaciones, todos graduados en derecho, de los de la última, formados

en disciplinas científicas, en su mayoría en filosofía y letras. Esos tres momentos se correspondieron con ideas muy diferentes acerca de la disciplina, de sus "objetos nobles", de sus "procedimientos de análisis legítimos", de sus "problemas relevantes", etc., y, consiguiendo con prácticas, estilos de trabajo y productos también muy diferentes. Doy otro ejemplo de cómo las ideas se modifican cuando son apropiadas por agentes socialmente diferentes. La literatura sociológica que leyeron Alfredo Poviña y Gino Germani es más o menos la misma en términos de los repertorios bibliográficos y/o de las ideas. Y sin embargo, ¿cómo es que tenían ideas de sociología y prácticas de sociólogo tan diferentes como sociólogos? La respuesta a esa pregunta no vamos a encontrarla en las ideas mismas, como nos tiene acostumbrado cierta historia de las ideas. Al fin y al cabo, todos los sociólogos del siglo XX, con algunas variaciones, leen más o menos los mismos autores (Marx, Durkheim, Weber, etc.), se apropian del mismo patrimonio. La respuesta está en las "mediaciones" sociales que intermedian esas prácticas de lectura, esos actos de apropiación, y que afectan tanto la forma como el contenido de las ideas. Las profesiones—decía Max Weber— son formas burocratizadas de una "profecía ejemplar", en las que se trata de dar en ejemplo el propio arte de vivir. Si las ideas de sociología y las prácticas de sociólogo de Poviña y Germani eran tan diferentes eso no se debió al consumo de un patrimonio cultural diferente o un mayor o menor grado de profesionalización sino al hecho de encarnar, en virtud de orígenes sociales y trayectorias muy diferentes, dos profecías o "estilos de vida" igualmente diferentes. Y esa es la razón por la que haciendo las "mismas cosas" (al fin y al cabo los dos enseñaban sociología, asistían a congresos nacionales e internacionales, escribían libros y redactaban ponencias, dirigían institutos de investigación, detentaban membresías nacionales e internacionales, etc.) hacían "cosas diferentes".

5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?

No puedo responder a una pregunta que exigiría una mínima investigación que debiera incluir la referencia a los distintos estilos de trabajo y perspectivas analíticas que se disputan actualmente el dominio del campo del estudio de las ideas o la historia intelectual. Más que identificar entonces los “debates relevantes” prefiero referirme a algunos cambios ocurridos en la última década en el plano del enfoque de la historia de las ideas o historia intelectual. En el último tiempo, y después de todos los “giros” experimentados (“giro lingüístico”, “giro material”, “giro conceptual”, etc.), ha ido ganando fuerza de una manera silenciosa lo que se ha dado en llamar una historia social de la vida intelectual o una historia social de los intelectuales. Tradicionalmente centrada en las ideas, esta nueva orientación es una historia más atenta a la morfología de los espacios de la vida intelectual, a las condiciones sociales de producción de las ideas, etc., que implica la consideración de todas las mediaciones sociales que intervienen en la producción de las ideas, relativas tanto a sus agentes o productores (origen social, origen geográfico, trayectoria social y escolar) como al espacio de producción en el que son producidas esas ideas (estructura social del campo, perfil de reclutamiento social, grado de especialización y división del trabajo, etc.) y de las mediaciones que afectan también los modos de circulación y apropiación de las ideas, lo que implica la consideración de los diferentes vehículos (instituciones, libros, revistas, diarios) que imponen una determinada economía de circulación de las ideas, promoviendo modalidades específicas de apropiación. Ya no estamos dispuestos a aceptar una historia intelectual sin hacer

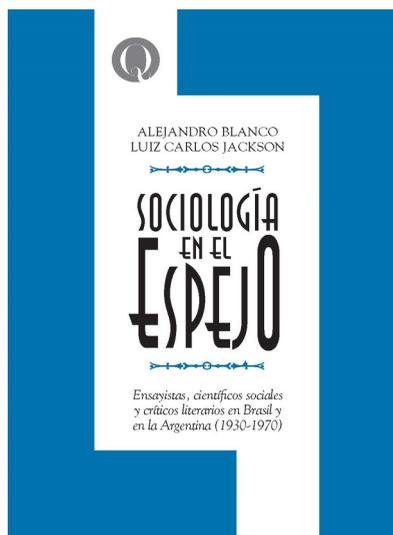
intervenir todas esas mediaciones, es decir, una historia intelectual disociada de una sociología de sus productores, de una historia social del libro, de las revistas, del sistema escolar o de las formas de sociabilidad, etc. Este nuevo enfoque ha permitido avanzar en la dirección de hipótesis explicativas de los modos de pensamiento del pasado, ya no solamente dando cuenta del modo en que esos agentes sociales del pasado pensaron lo que pensaron y del modo en que lo pensaron sino también hipótesis que nos ayuden a entender por qué pensaron de ese modo lo que pensaron. Algo de este nuevo enfoque o estilo de trabajo está presente en el espíritu y en muchos de los trabajos de una empresa colectiva y de escala latinoamericana, dirigida por Carlos Altamirano, *Historia de los intelectuales en América Latina*, donde se advierte el esfuerzo por una historia mucho más atenta a los marcadores sociales de la vida intelectual, que condicionan tanto la forma como el contenido de las ideas. Ciertamente, un enfoque social de la vida intelectual enfrenta resistencias, que son parte de esa resistencia más general de la cultura a la objetivación sociológica. En los estudios sobre empresarios, políticos, líderes de movimientos sociales, etc., nadie suele incomodarse mucho cuando se hace referencia al “origen social” de esos agentes sociales, pero la situación se tensa cuando la encuesta es dirigida a los productores de bienes simbólicos (artistas, escritores, ensayistas, etc.), a los que están ocupados en los “asuntos del espíritu”, que se resisten a que sus producciones intelectuales sean interrogadas desde el punto de vista de sus condiciones sociales de posibilidad. Y esa resistencia aumenta, bien lo sabemos, a medida que subimos en la jerarquía social de las prácticas culturales, cuando nos desplazamos hacia el universo de la cultura erudita, cuyas instituciones cuentan con poderosos instrumentos de “protección” de las prácticas culturales contra el asalto sociológico. Aquí debemos hacer frente a las “protecciones” del sistema escolar, del

periodismo literario, de los manuales literarios, de las instancias de consagración, de las diferentes liturgias a la que se entregan todas esas instancias de consagración y esos profesionales del comentario literario, que, como lo sabemos, hacen de las ideas una creación o emanación del espíritu del escritor, ensayista, crítico o historiador. La existencia, al interior del mundo intelectual, de una jerarquía de objetos y de exigencias de trato correspondientes es más que reveladora de esas estrategias de protección. Así es que tenemos, por un lado, los “objetos culturales comunes” (prensa, novela semanal, libros de divulgación, etc.), sometidos a las técnicas prosaicas de la cuantificación, y, por el otro, los “objetos culturales nobles”, a quienes se les reserva un trato cualitativo y deferencial. A estos últimos los respetamos, los “escuchamos” y dejamos que hablen por ellos mismos a través de la transcripción de extensos párrafos; lo contrario hacemos con los objetos que no son “nobles”: los objetivamos sin miramientos.

Tengo la impresión que la fuerza que ha ido ganando ese enfoque más social de la historia intelectual es el efecto de una reconfiguración del campo mismo, de un cambio importante en su morfología. Dominado por mucho tiempo por practicantes salidos de los departamentos de humanidades, y especialmente de las carreras de filosofía y de letras, en las que existe toda una tradición de trabajo erudito en la que el texto o materia textual ocupa el lugar central, en las últimas dos décadas el campo ha ido incorporando practicantes provenientes de los departamentos de ciencias sociales, con estilos de

trabajo muy diferentes y en los que el texto ya no tiene esa misma centralidad. Ese en apariencia insignificante cambio ecológico – los departamentos de humanidades ya no constituyen el *milieu* exclusivo de la historia intelectual – está en el origen del desplazamiento del texto en favor de una interrogación sobre sus condiciones sociales de producción. Y esto último constituye, en sí mismo, una prueba de cómo las ideas se

modifican cuando se altera la morfología del espacio en el que son producidas, que en este caso específico se da por la intermediación de un cambio en el perfil de la trayectoria escolar de sus productores.*



Teko Pukavy (Vivir Sonriendo)

Liliana M. Brezzo⁴

lilianabrezzo@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0001-9950-0440>

I

Afirma el historiador Richard Pipes en su autobiografía que la propia vida es una larga historia cuyos primeros capítulos se ven ensombrecidos, en la oscuridad. Y a continuación se pregunta ¿Somos los mismos a lo largo de esas décadas? ¿Podemos entender todavía lo que entonces dijimos e hicimos y su porqué? Si tuviera que contestar a las preguntas que se hace Pipes, tendría que decir que hoy casi no soy la misma persona que hace treinta años cuando preparaba la tesis doctoral y no estoy segura de disponer de elementos para entender por



4 Liliana M. Brezzo es licenciada y doctora en Historia por la Pontificia Universidad Católica Argentina. Ha realizado estudios postdoctorales en Historia de la Historiografía Contemporánea en la Universidad de Navarra (España- 1996-2002). Es investigador Principal en el CONICET y profesora titular en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario (UCA). Es directora del Instituto de Historia de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario. Entre los libros más recientes figuran: *Si mi pluma valiera tu cañón. Juan Bautista Alberdi ante la Guerra del Paraguay* (2020), *Alfredo Seiferheld. Recuerdos de la Guerra del Chaco* (en coautoría con Ricardo Scavone Yegros) (2019), *Juan E. O'Leary. Diario íntimo 1907-1920* (2018), *Dos intelectuales ante la Guerra del Chaco: Juan E. O'Leary y Luis Alberto de Herrera* (2017) en coautoría con María Laura Reali, *La Guerra del Paraguay en primera persona* (2015).

completo lo que entonces dije e hice y su porqué. Por otro lado, nunca he llevado un diario o unos apuntes personales que me ayuden a la hora de hacer este breve ejercicio de “ego-historia”. Lo único que conservo son mis publicaciones y mi memoria.

Dada la libertad que se me ha dado para responder al cuestionario he optado por referirme a las motivaciones, y elaboraciones

de algunas de mis proyectos historiográficos, cuyos resultados tengo delante. Primero, dos datos para mí relevantes: ni en mi familia ni en mi entorno había ningún profesor de Universidad, ni investigador científico, ni tampoco nadie que hubiera estudiado historia. Nacida en Las Rosas, una ciudad pequeña de la provincia de Santa Fe donde todos nos conocíamos, con unos padres dedicados a labores agropecuarias y habiendo estudiado en un colegio de

“chicas” creo es fácil entender que cuando decidí estudiar historia e irme a vivir a Rosario, mi padre me acompañara personalmente a realizar la inscripción e insistiera en conocer “a alguna de las autoridades” de la facultad. Aunque con mis hermanos crecimos en un ambiente de completa libertad, conocía la ilusión de mis padres porque estudiara Ciencias Económicas para no desperdiciar un porvenir “económicamente más seguro”. El segundo dato que creo relevante adelantar ocurrió el 31 de julio de 1993, cuando falleció mi madre. Armando o Cuqui, que así lo llamamos siempre, es el tercero de los hermanos y nació con *síndrome de down*. La naturalidad con la que vivía su condición hizo que hasta ese momento no me planteara

qué ocurriría cuando mis padres fallecieran. Mi hermana esperaba en ese entonces su tercer hijo, de modo que decidí que Cuqui y yo estaríamos juntos en Rosario, al tiempo que acometía mi primer proyecto de trabajo como investigador asistente en el CONICET al que había ingresada pocos meses antes. De este modo, rozando los treinta años, reconduje los planes profesionales, puse una estadía postdoctoral en el exterior y rediseñé los horarios de trabajo para hacer compatible la aventura de mi vocación de historiadora con la de acompañar a Cuqui que, *teko pukavy* (vivir sonriendo), ha sido y es un gran compañero de ruta.

Sintetizar en unos pocos párrafos las influencias que conformaron mis hábitos y convicciones intelectuales no es fácil. Algunas se dieron ya en la escuela secundaria: me comprendo mejor a mí misma cuando recuerdo el instituto Sagrado Corazón de Jesús, en el que se impulsaban mucho las Humanidades, y contaba con un selecto elenco de profesoras entre las que sobresalían, sin duda, las de Historia. Allí tomé contacto, por primera vez, con los conceptos de Imperialismo, Dependencia, Nacionalismo, muy del gusto de una de las profesoras. Recuerdo que, a instancias de ésta, que se entusiasmaba en explicar historia argentina desde ideas tan caras al revisionismo histórico, mi padre me compró los tomos de José María Rosa, de la editorial Oriente y, para balancear, y porque eran más afín a las ideas de él, también me regaló las *Memorias del General José María Paz* (aunque debo confesar que no leí entera ni una ni otra bibliografía).

Estudí historia en la Universidad Católica Argentina. El profesor Miguel Ángel De Marco, director de la carrera en ese entonces y profesor de la cátedra de Historia de España fue el primero que me habló de la posibilidad de dedicarme a la investigación. Me alentó a que aplicara a una beca de iniciación y luego a una de perfeccionamiento, que eran las que

otorgaba el CONICET en ese entonces. Y me animó a que realizara el doctorado. Eran los años ochenta y el campo de la historia en Argentina se hallaba en efervescencia y en plena transformación puesto que la vuelta a la democracia supuso la reconfiguración de las cátedras en las universidades, la emergencia de nuevos institutos de investigación y la saludable superación del aislamiento disciplinar.

Al considerar la tesis doctoral, inicialmente, mi interés se decantaba por la realización de una investigación de matriz local sobre la tenencia y distribución de la tierra en el sur de Santa Fe, por varias razones: nadie había trabajado el caso de Las Rosas y la región circundante, disponía de un robusto repertorio de documentos y conocía, de primera mano, la trayectoria del proceso de colonización inglesa encarado por Williams Kemmis y los hermanos Enrique y Alfredo Dickinson. Pero los argumentos del profesor De Marco, especialista en la Guerra del Paraguay y poseedor de una biblioteca americana envidiable, me animaron a trabajar un tema de historia diplomática que aún no había sido dilucidado: los antecedentes y las negociaciones que condujeron al reconocimiento de la independencia del Paraguay por la Confederación Argentina en 1852, de la mano de un nutrido y poco explorado archivo del ministerio de Relaciones Exteriores que en Buenos Aires se hallaba en plena organización. Una vez decidida me dediqué a los problemas de tipo metodológico que suponía una investigación situada en un campo escasamente atendido en ese entonces en Argentina, el de la historia de las relaciones internacionales. Para entonces, la figura central de la renovación de la historia diplomática era, sin dudas, el historiador francés Pierre Renouvin que desde la publicación de su monumental *Histoire Des Relations Internationales* (1959) bregaba por hacer comprender que la acción diplomática no era suficiente para explicar la dinámica histórica de las relaciones internacionales,

antes bien, había que tratar de percibir las influencias que orientan su curso, como las condiciones geográficas, los movimientos demográficos, los intereses económicos y financieros, los rasgos de la mentalidad colectiva y las grandes corrientes, verdaderas fuerzas profundas que forman la urdimbre de las relaciones entre grupos humanos y en gran medida han determinado su carácter. Animada por ese horizonte conceptual, la tesis doctoral me permitió integrar los primeros datos sobre el movimiento histórico de las relaciones políticas entre la Argentina y el Paraguay en el siglo diecinueve.

Durante el trayecto de la investigación, el profesor De Marco siempre mostró conmigo las actitudes propias de un buen maestro: un gran respeto a la libertad, mucha paciencia y, sobre todo, una total disponibilidad. Después sometí la monografía a una remodelación y apareció en formato de un breve libro, el primero de mi autoría.

Durante los años que siguieron mi labor investigadora continuó teniendo como eje el estudio de las relaciones bilaterales argentino-paraguayas en la larga duración. Con Beatriz J. Figallo, una de las especialistas más prestigiosas de historia de las relaciones internacionales con que cuenta nuestro país, acometimos un proyecto que abarcaba desde la Guerra de la Triple Alianza hasta los años que rodearon la formalización del Mercosur. No nos interesaba únicamente reconstruir la dinámica bilateral en la longue durée sino, particularmente, explorar de qué modo la “imagen histórica”, las “representaciones del Otro” condicionaron el movimiento histórico de las relaciones políticas y culturales. En los años noventa l’image de l’autre tenía señalada repercusión en el campo de la historia de las relaciones internacionales; la adoptamos como herramienta para explicar, por ejemplo, cómo una imagen

del Otro complementaria podía condicionar momentos de acercamiento y de cooperación, mientras que rasgos contrapuestos, en cuya configuración contaban la guerra, los procesos de construcción nacional, la enseñanza de la historia, etc., podían erosionar iniciativas de concertación política y de integración. De esa fructífera experiencia, que descansó en cuantiosas fuentes documentales y en textos escasamente conocidos, recopilados en Argentina y en Paraguay, recuerdo con especial nitidez la tertulia que mantuvimos al inicio del proyecto, en una calurosa tarde de diciembre de 1995, con el historiador Enrique De Gandía en su casa de La Lucila, provincia de Buenos Aires. De Gandía, estudioso de la región guaraní, defensor intelectual de la causa paraguaya durante el conflicto chaqueño con Bolivia y cofundador del Instituto Paraguayo de Historia en el año 1937 nos compartió toda clase de referencias y vivencias que confirmaron la vacancia de la temática. El proyecto, financiado por el CONICET, tuvo como corolario un robusto libro que se publicó en el año 1999 y que es, hasta ahora, el estudio longitudinal más documentado sobre los vínculos entre la Argentina y el Paraguay.

Desde entonces y hasta la actualidad tengo como lugar de trabajo el Instituto de Historia de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario (UCA), un ámbito de investigación de historia argentina e hispanoamericana, que surgió en 1966. Desde el año 2007 algunos de sus investigadores constituimos el Nodo IH de la unidad ejecutora en Red IDEHESI dependiente del CONICET. En el transcurso de sus más de cincuenta años de existencia los integrantes trabajaron y trabajamos de manera constante. Ahora mismo quiero reivindicar una calidad de los profesores de enseñanza media y universitaria que integran el instituto y que me ha ayudado especialmente: la claridad.

Habituados a impartir docencia a alumnos muy jóvenes y que en muchos casos carecen de una base de conocimientos de la que partir, mantienen ese ideal en la enseñanza universitaria. La claridad ocupa, para mí, un puesto destacado en una jerarquía de cualidades en cualquier actividad educativa y la reivindicó porque a veces se entiende lo oscuro como sinónimo de profundo o de científico.

II

En 1996 pude realizar la postergada estancia postdoctoral en la Universidad de Navarra (España) a la que luego seguirían otros dos extensos períodos de trabajo y que -ahora lo veo con nitidez- constituyeron un parteaguas en mis labores de investigación y en mi propia configuración de ideas-madre sobre la ciencia histórica. Por poner tan solo un ejemplo, hasta entonces tenía escasa conciencia de lo que había supuesto el marxismo en la práctica de la historia durante el siglo veinte y tampoco sabía, propiamente, qué era la *nouvelle histoire*, cuyo influjo produjo un cambio copernicano en los estudios históricos desde la segunda mitad del siglo veinte. A la historiadora uruguaya y muy buena amiga Bárbara Díaz le debo el noventa por ciento del éxito de la primera estancia científica. Fue quien me habló del departamento de Historia, en el que existía un grupo excelente de profesores y de investigadores y que Ignacio Olabarri Gortari lideraba allí los estudios sobre teoría e historia de la historiografía contemporánea y poseía, me aseguró Bárbara, una generosidad sin orillas. De modo que, sentenció, en idioma uruguayo: “escribible, a ver si tu podés ir un tiempo a hacer una estadía”. Discípulo de Valentín Vázquez de Prada que se había formado, a su vez, junto a Fernand Braudel, el profesor Olabarri se me aparecía en aquellos años como la encarnación viva de la escuela de Annales, cuyos

principios deseaba conocer mejor. Me fui en 1996 por un semestre y volví. Hice lo mismo en el 2000 y en el año 2002. De este modo, viviendo parte del año en Pamplona y parte en Rosario completé estudios posdoctorales sobre historiografía contemporánea. Esos tiempos fueron, junto a la dedicación que me brindó el profesor De Marco durante la preparación de la tesis doctoral, los cimientos más fuertes de mis investigaciones.

El departamento de Historia de la Universidad de Navarra me asignó una mesa de trabajo en el piso tres de Bibliotecas, un edificio moderno de cinco plantas, con estanterías de libre acceso, en el que convivíamos investigadores, doctorandos, profesores, becarios. Recuerdo muy bien cuando recorrí por primera vez los anaqueles y hallé la colección completa de *Past and Present* y la de *Annales*, las dos revistas con mayor influjo entre los historiadores profesionales, y en cuyas páginas se reproducían en esos años los debates “más calientes” sobre la “New-new history” o historiografía post moderna. Recuerdo también con toda claridad la tarde de otoño, en la que veía desde la amplia ventana de la biblioteca cómo se montaba en el campus un concierto de rock y me entraron dudas entre abrir el libro que el profesor Olabarri me había aconsejado leer ese día o dejarme estar siguiendo los preparativos. Se trataba del breve texto de Natalie Zemon Davis, *El Regreso de Martín Guerre*, que se había publicado más de una década atrás y que yo no había leído. Fue tal el impacto que me produjeron los sucesos del matrimonio Guerre acaecidos en Artigat en 1540 que no advertí cuando se hizo de noche, se encendieron las luces en la biblioteca y mis compañeros de cubículo, Juan y Merche (que daban los toques finales a sus tesis doctorales), se fueron. Al fin acabé la lectura, y al subir por la calle Iturrama, de vuelta a casa, no podía dejar de preguntarme ¿Había leído un libro de historia? ¿Una novela? ¿Se trataba de unos hechos que, en verdad habían sucedido o los había inventado la autora? Admiré la destreza

con la que la historiadora narraba las vicisitudes de Martin Guerre, Arnaud du Till y las tribulaciones de la joven esposa Bertrand, la pretensión de verdad histórica con la que encaraba la investigación sin descuidar la narración y el entramado fascinante entre la *story* y la *history*. Natalie Zemon Davis constituyó, para mí, el primer contacto con el grupo de historiadores narrativistas que compusieron la arista de la renovación en la práctica de la historia en las dos últimas décadas del siglo veinte, luego del reinado de una historia de corte estructural. Como el lector habrá ya deducido, siguiendo la forma de hacer historia de NZD, en las semanas siguientes me encorvé sobre los textos de Robert Darnton, el estudioso norteamericano dedicado a la literatura de los bajos fondos en la Francia pre y revolucionaria y que acababa de publicar *La dentadura postiza de George Washington*, más tarde recogido en el libro *El Coloquio de los lectores*.

El profesor Olabarri tenía un alto fichero metálico, cerca de su mesa de trabajo, lleno de octavillas de papel que él mismo se encargaba de cortar y en las que apuntaba los datos de las publicaciones que leía, y en las que realizaba breves apuntes personales sobre sus contenidos. Cada vez que le formulaba preguntas como ¿Me aconseja leer algo sobre la nueva historia política que propone Francois Xavier Guerra? o ¿Por cuál de los textos de Reinhart Koselleck podría empezar? procedía a abrir uno de los cajones metálicos del fichero y extraía una multitud de referencias que me abrían horizontes insospechados de lecturas y de autores. El abrumador y envidiado contenido del fichero lo veo reflejado ahora mismo en el magnífico volumen en el que Ignacio Olabarri recopiló, en 2013, sus principales ensayos de teoría e historia de la historiografía con el título *Las vicisitudes de Clío (Siglos XVIII-XXI) Ensayos historiográficos*.

Cada día, a las 11 y 30 de la mañana, puntualmente, “los de bibliotecas” bajábamos a tomar café al bar que se encuentra en

el subsuelo del edificio. Allí aprovechábamos para conversar un momento con los compañeros del departamento de historia, quedar para una excursión el fin de semana, comentar las últimas novedades bibliográficas. El bullicioso intercambio no duraba más de media hora, luego del cual regresábamos a la mesa de trabajo hasta las 14 horas en que íbamos a almorzar. Allí conocí a Hilda y nos hicimos amigos para siempre; había salido de La Habana para hacer su doctorado en la Universidad del País Vasco sobre las relaciones diplomáticas entre España y Cuba que luego publicó en un magnífico libro, y ya no regresó a su país.

Al calor del departamento de historia, en el que convergían libremente distintas concepciones intelectuales entendí mejor el influjo del materialismo histórico, es decir, el de una tradición historiográfica importantísima y, al mismo tiempo, una más entre las tendencias modernas, como la indeterminada *galaxia* de Annales, la escuela de Bielefeld, la Social History y el injustamente denostado historicismo clásico. Allí también realicé mis primeras lecturas a fondo sobre las modulaciones de la historia cultural, el “giro lingüístico”, la historia de los conceptos “made in” Reinhart Koselleck pero también la de “Cambridge School” de Quentin Skinner y de J.G.A. Pocock. A los profesores que conocí durante las estancias postdoctorales, como los prestigiosos americanistas Juan Bosco Amores y Pilar Lataza, los que componían el grupo de historia intelectual como Álvaro Ferrary Francisco Javier Caspistegui y Jaume Aurell les debo ideas-madre sobre la ciencia histórica que no han variado y que constituyen el sostén de mis investigaciones sobre los historiadores y la escritura de la historia en el Paraguay, a los que he dedicado mis proyectos más recientes. De todos ellos aprendí a cultivar la vocación de diálogo, a desestimar cualquier intento de disciplinamiento teórico y a desear trabajar mucho y bien. Un fugaz

pero relevante encuentro que veo necesario mencionar aquí fue el que mantuve con el profesor Juan María Sánchez Prieto en la Universidad Pública de Navarra, que me recomendó vivamente la lectura de *L'Histoire sous surveillance: science et conscience de l'histoire* de Marc Ferro, que sirvió de pórtico para que entendiera el concepto de “usos del pasado” que apliqué, luego, en las primeras reflexiones sobre autoritarismo e historia en el Paraguay.

Al lector joven le podrá extrañar la referencia al marxismo en esta sección. Por eso no es malo recordar que los años ochenta y noventa fueron los del auge de la historiografía marxista en Argentina, ni tampoco que la calificación de “marxista” se llevaba entonces con gran orgullo y con cierto desprecio hacia los que la rechazaban, que no podían ser considerados historiadores verdaderamente “científicos”. Desde los inicios del nuevo siglo el panorama ha cambiado tanto que, sólo por eso, esta breve referencia puede tener cierto interés, creo, para el estudioso de la historiografía argentina de aquellos años.

III

Viajé por primera vez al Paraguay en octubre de 1989 con motivo de la preparación de la tesis doctoral para relevar documentación en el Archivo Nacional de Asunción luego de varias estancias de trabajo en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores en Buenos Aires. Los fondos documentales paraguayos completaron la reconstrucción de las negociaciones que condujeron al reconocimiento de la independencia por parte de Argentina, los intentos de una concertación política con las provincias de la Confederación, y las cuestiones de límites y navegación que configuraron la dinámica bilateral en los años que siguieron a 1852. Durante ese viaje, al que otorgo el *label* de iniciático

y que realicé en autobús desde Rosario a Asunción por la Empresa La Internacional, conocí la librería y editorial *Comuneros* en la que adquirí varios libros de reconocidos historiadores paraguayos del siglo veinte, que ya había leído pero que me había sido imposible adquirir en Argentina: el de Hipólito Sánchez Quell, *La diplomacia. De Mayo a Cerro Corá*, de Efraím Cardozo, *Visperas de la Guerra del Paraguay* y, como no, el voluminoso estudio de R. Antonio Ramos, *La independencia del Paraguay y el Imperio del Brasil*. Desde entonces, la historia de las relaciones internacionales del Paraguay, los historiadores y la escritura de la historia en el Paraguay constituyen las líneas principales de mis proyectos de investigación. Las labores en la Biblioteca Nacional, en la completísima biblioteca de la Academia Paraguaya de la Historia, en el Archivo Nacional de Asunción y en la biblioteca del Museo Etnográfico, las sigo disfrutando como la primera vez. Bien es cierto que allí todo comienza – para mi gusto- muy temprano; a las siete de la mañana ya están los archivos y las bibliotecas abiertos y disponibles. Comprendí, a mí vez, que las actividades se rigen con un ritmo peculiar y agradable, en el que siempre existe tiempo para conversar con los colegas, visitar a los amigos y discutir sobre la Guerra del Paraguay y la del Chaco, acontecimientos que parecen vertebrar no sólo la historia nacional sino el incansable debate público.

Pero los escritos que mayor impacto me produjeron durante aquella primera estancia fueron dos breves escritos fechados en los años cincuenta tituladas *El sentido de nuestra historia* y *El aislamiento en el alma paraguaya* en las que su autor, el historiador Efraím Cardozo, argumentaba que el devenir histórico del Paraguay se había visto determinado por un poliédrico aislamiento determinado por la situación geográfica de un país en la periferia extrema de la frontera interior sudamericana, una “isla rodeada de tierra”, que hacía presuponer una amplia separación

del resto del mundo occidental. Además, las circunstancias políticas en las que se encontró el Paraguay después del año 1811, en el que se produjo la revolución de la independencia, hicieron difíciles las prácticas normales del comercio, lo cual, inevitablemente, dificultó el paso de ideas y de bienes. Otros ensayos históricos más recientes pero en la misma línea de Cardozo argumentaron que las dos guerras internacionales a las que debió hacer frente el Paraguay, la Guerra contra la Triple Alianza en el siglo diecinueve y la Guerra del Chaco en el siglo veinte, acentuaron aún más esa realidad aislacionista. En el campo de la historia de la historiografía, el régimen político de Alfredo Stroessner, entre 1954 y 1989, supuso, a su vez, un asincronismo con respecto a los procesos de institucionalización y profesionalización de la historia respecto a los demás países platenses, un fenómeno que algunos estudiosos de las relaciones internacionales consensuaron en el término de “mediterraneidad cultural”. Esta condición ha sobrevolado mis trabajos y me he apurado, *mea culpa*, a repetir, sin la suficiente problematización, el argumento del *isolamento* paraguayo. Ahora mismo creo que estoy en condiciones de iniciar el deshielo de esa categoría explicativa atendiendo a las pruebas documentales que he acumulado. Creo poder fundamentar, en cambio, la porosidad en la introducción de ideas y novedades que constituyó desde finales del siglo dieciocho el desfile de estudiantes paraguayos en la Universidad de Córdoba. Tampoco me es posible subestimar ahora la ocasión de contactos y de tránsito de ideas que supusieron las invasiones inglesas. La oficialidad paraguaya que bajó a Buenos Aires para la defensa pudo imbuirse de las novedades que circulaban en la capital virreinal y conectar con su elite político cultural. Diría más – coincidiendo con los postulados de Thomas Whigham y Ricardo Scavone Yegros, editores de los *Escritos Históricos* decimonónicos del paraguayo José Falcón - que durante el férreo enclaustramiento durante

la dictadura de José Gaspar Rodríguez de Francia, cuando todo el conocimiento clásico se había aparentemente desvanecido y el paraguayo promedio tenía que concentrarse en sus cultivos y ganado, aún existía, aunque sólo entre unas pocas personas, un interés manifiesto en el mundo más amplio. Es cierto que después de 1814, cuando Francia estableció su régimen dictatorial, los hombres cultos se tornaron, en el mejor de los casos, inconvenientes para el funcionamiento de su gobierno. Ahora puedo decir que esa imagen es precisa sólo en parte. Aunque el dictador cerró los colegios y no toleró las reuniones de clubes literarios, no planteó objeción a un aprendizaje elevado per se, en tanto tuviera lugar en forma discreta y no importara una amenaza para el gobierno. Los más sabios dentro de los que querían continuar dichos estudios lo hicieron a la mayor distancia posible, ya que los subdelegados locales de Francia mostraron ser más tolerantes y educados que el *Karai Guazú*. En cualquier caso no es posible ignorar a esas personas que continuaron formulando preguntas sobre sí y sobre su sociedad y que aun en susurros, tenían cosas importantes que decir.

En una de las primeras estadias asuncenas conocí al historiador y diplomático paraguayo Ricardo Scavone Yegros que se convirtió en el mejor interlocutor de mis investigaciones y, con el correr de años, en uno de mis mejores amigos. Especializado en historia diplomática es, para mí, el más erudito de los historiadores paraguayos actuales. A su generosidad le debo infinitas referencias de folletos y de manuscritos que albergan bibliotecas y archivos personales. Siempre sonriendo, Ricardo me facilitó libros, compartió sus hallazgos, y me honró con la invitación a escribir, en el año 2010, una *Historia de las Relaciones Internacionales del Paraguay*, la primera síntesis moderna que se ofrecía desde mediados del siglo veinte, y que tuvo ediciones en español y en portugués gracias al interés de la Fundación brasileña

Alexander de Gusmao. Más recientemente, acometimos la recuperación de la trayectoria intelectual del magnífico y malogrado (murió antes de cumplir cuarenta años) historiador paraguayo Alfredo Seiferheld sobre la base de su archivo personal, que custodia el Museo Etnográfico Andrés Barbero. Ricardo Scavone ha producido, por su parte, selectos estudios sobre las relaciones diplomáticas del Paraguay con Perú, con Bolivia y con Colombia. Ahora mismo, aunque se encuentra funciones como embajador en España, sigo acudiendo a él con asiduidad porque tiene en mente los datos precisos sobre nombres, referencias de documentos, bibliografía apropiada y los comparte con toda naturalidad, aunque me doy perfecta cuenta de cuanto le debo.

El trabajo en archivos personales de historiadores paraguayos hace que desee resaltar, por los desafíos teóricos que me supusieron, las tareas de recuperación y organización de algunos de esos fondos documentales como el del controversial historiador Juan E. O'Leary, nave insignia del llamado, en el *argot* historiográfico, revisionismo paraguayo, o el robusto archivo de Carlos Pastore, el primero que se ocupó del problema de la tenencia y la distribución de la tierra en el Paraguay y que escribió una monografía modélica, *La lucha por la tierra en el Paraguay*, o las más recientes labores que desarrollo en el acervo personal del Rafael Eladio Velázquez cuya producción de conocimientos sobre la historia colonial tuvo un influjo decisivo en los procesos de institucionalización y profesionalización de la historia. Estos archivos personales de historiadores paraguayos, algunos de los cuales fueron organizados para construir el propio legado intelectual de sus autores, han dotado a mis estudios sobre la escritura de la historia en el Para-

guay de una perspectiva que descansa en el entrecruzamiento de la producción histórica dirigida a la esfera pública, con los escritos que componen el espacio biográfico íntimo de los historiadores. Esa intertextualidad me ha permitido mostrar que, en no pocas ocasiones, la correspondencia en la esfera privada aparece como ante texto de la obra que luego adquiriría publicidad, o como un laboratorio de ideas en el que el historiador discute con su corresponsal los argumentos de su futura obra o pone en limpio ideas. De modo que cartas, diarios íntimos y otros formatos de la *escritura del yo* me han servido para precisar los márgenes de gestación de una obra histórica. Las reseñas y comentarios que han merecido los resultados preliminares que he compartido recientemente acerca de estas perspectivas de estudio me confirman que puedo continuar en este camino.

La Academia Paraguaya de la Historia, que funciona en uno de los más bellos edificios de Asunción, acoge a una de las bibliotecas más importantes del país. Allí pude leer las primeras ediciones de *El Solar Guaraní*, de Justo

Pastor Benítez, *Proceso y Formación de la Cultura Paraguaya*, de Juan Natalicio González, *Historia de la Cultura Paraguaya*, de Carlos R. Centurión, *Historia de la Cultura en el Paraguay*, de Rafael Eladio Velázquez, y conocí personalmente a historiadores de la talla de Manuel Peña Villamil, Roberto Quevedo, Bartolomé Meliá, Margarita Durán Estragó. Precisamente, uno de los dos proyectos que considero más relevantes en el

que trabajé con historiadores de Paraguay fue el estudio de la robusta correspondencia que mantuvieron el argentino Juan Bautista Alberdi y el diplomático/intelectual paraguayo



Gregorio Benites en la segunda mitad del siglo diecinueve. Se inició con una escueta referencia sobre la existencia de más de un centenar de cartas manuscritas de Alberdi a Benites depositadas en el archivo de la Biblioteca Nacional del Paraguay, noticia que hicieron sonar las alarmas en mi interior ¿Se trataba, en efecto, de piezas epistolares inéditas del que es considerado uno de los ensayistas políticos más importantes de América? Así fue. Pudimos corroborar y cuantificar las cartas y comprobar que el polígrafo tucumano era conocido en el Paraguay como uno de los integrantes del nutrido grupo de impugnadores contemporáneos a la Guerra de la Triple Alianza. Alberdi asumió la defensa intelectual del Paraguay durante la guerra y, junto a Gregorio Benites organizó, en París, una verdadera “maquinaria de propaganda”. Las cartas, comprobamos, contenían valiosa información para penetrar en la intimidad de los sucesos vinculados a los antecedentes y desarrollo de la guerra, así como sobre la marcha de las acciones de propaganda desplegadas por la Legación del Paraguay en Europa durante el conflicto. Para acometer la empresa de transcribir, estudiar y editar un corpus de 800 piezas epistolares que reúne las cartas de Alberdi a Benites y las de Benites a Alberdi formamos un equipo de trabajo liderado, en Argentina, por Elida Lois y Lucila Pagliai de la Universidad Nacional de San Martín, reconocidas especialistas en literatura genética y comprometidas en fascinantes proyectos de investigación en el archivo Alberdi, y con Ricardo Scavone Yegros de la Academia Paraguaya de la Historia. La capacidad profesional de Lucila y Élide, dotadas de una paciencia infinita para participarme de las técnicas de transcripción de piezas epistolares del siglo diecinueve que, para el caso de Alberdi, constituía un verdadero trabajo de traducción por lo jeroglífico de su escritura, la “doble lectura” que nos demandó el cotejo entre transcripción y los manuscritos originales y, finalmente, la revisión “de corrido”. El financiamiento del Fondo Nacional de la Cultura y las Artes de

Paraguay nos permitió publicar tres tomos titulados *Juan Bautista Alberdi – Gregorio Benites. Epistolario inédito (1864- 1883)*, entre los años 2006 y 2007 que constituye un sólido “empedrado” para explicar, entre otros muchos vectores, las relaciones entre intelectuales y guerra.

El otro proyecto “binacional” que deseo mencionar consistió en la restitución de una parte del manuscrito inédito del *Diario* de Juan Francisco de Aguirre, un demarcador español que junto a Félix de Azara vivió y recorrió el Paraguay a finales del siglo dieciocho. Ya durante la última estancia postdoctoral en Pamplona tuve la oportunidad de reconstruir, con documentación proveniente del Archivo General de Navarra, una parte del tejido familiar del Palacio Aguirre y luego revisar el códice que alberga la Real Academia de la Historia en Madrid, institución a la que Aguirre legó los más de cuatro mil folios que componen su periplo en Sudamérica. El Capitán de Fragata de la Real Armada Juan Francisco Aguirre arribó al Paraguay en 1786 en calidad de comisario de una partida demarcadora para delimitar la línea divisoria entre los ríos Paraná, desde el río Ygurey, y el Paraguay, hasta el río Jaurú junto a demarcadores portugueses. Como parte de sus obligaciones le incumbía asentar en un Diario no solamente los sucesos de la demarcación sino también noticias históricas y geográficas de los países afectados por la línea divisoria. Las partidas portuguesas correspondientes al Paraguay nunca aparecieron, de modo que Aguirre pudo extender sus investigaciones a otros órdenes de la realidad paraguaya, las que luego recogió en el manuscrito que se conocería con el título de *Diario del Capitán de Fragata de la Real Armada Don Juan Francisco Aguirre en la Demarcación de Límites de España y Portugal en la América Meridional*. Pero lo que deseo recalcar aquí es que el extenso y heterogéneo texto de Aguirre configura, para mí, un discurso histórico sobre el Paraguay que, así lo entendía al momento de

iniciar esta investigación, era necesario dar a conocer. Hacia el año 2000 supe que, en Argentina, el destacado historiador Ernesto Maeder preparaba, junto a un equipo de investigadores jóvenes del Instituto de Investigaciones Geohistóricas del CONICET – entre ellos figuraba María Laura Salinas, una de las especialistas del siglo XVII americano- a quienes profeso gran admiración intelectual y a los que me une una entrañable amistad, una esmerada edición de la sección del manuscrito de Aguirre titulada, precisamente, *Discurso histórico del Paraguay*. Quedaba pendiente dar a conocer el recorrido y las notas de Aguirre relativos al interior de la región paraguaya. De modo que formamos un equipo en la Academia Paraguaya de la Historia encabezado por el reconocido genealogista Roberto Quevedo, quien solicitó a la Real Academia en Madrid el envío de una copia completa del códice de Aguirre; posteriormente un equipo de paleografía procedió a la transcripción del manuscrito y, finalmente, me tocó viajar a buscar en el Museo Naval de Madrid algunos de los mapas que rodearon a la vida y los trabajos de Aguirre en el Paraguay. Como es natural, el proyecto estuvo varias veces a punto de hacerse trizas, y finalmente llegamos a la etapa de encontrar un editor que entendiera el valor de una publicación de este tipo para el acrecentamiento del conocimiento de la historia y de la escritura en y sobre el Paraguay. Y entonces Martín Romano y Andrea Tutté, dos de los editores más reconocidos del país que comandan la editorial “de culto” Tiempo de Historia y que se cuentan entre las personas más generosas que he conocido en mi vida, aceptaron el desafío: revisaron, gestionaron fondos y prepararon un volumen que apareció en 2017 que, hasta ahora, me abruma por el esmero y el buen gusto que proyecta.

Me prometía felices días luego de los proyectos a los que me he referido - y de otros no menos interesantes para mí - con la

preparación de un volumen sobre la escritura de la historia en el Paraguay en el siglo veinte, con el estudio de los escritos personales de historiadores paraguayos y con las labores de completar los repertorios bibliográficos sobre intelectuales paraguayos que elaboré pacientemente durante años. Pero, he comenzado a descubrir no ya lo que ignoro —que eso lo sabe cualquier persona que esté en sus cabales-, sino lo que necesito saber para empezar a darme las últimas respuestas -las últimas mías, se comprende- a aquellas preguntas que me hice en ocasión del primer viaje al Paraguay acerca del oficio de historiador en general y del aislamiento como condicionante de la historia paraguaya. Nunca he aprendido tanto como ahora.

P.D. Debería mencionar las polémicas que suscitaron en el Paraguay, al interior de la “academia”, el hecho de que una *curepa* se dedicara a hacer historia del país, pero no lo haré. Podría hacerlo y este escrito ganaría con ello irresistiblemente en amenidad. También merecería la pena hablar de lo mucho que me costaron los ascensos en el CONICET. Pero se me va ya el espacio y tiempo habrá de volver sobre estos asuntos agridulces que, en todo caso, no quitan los factores y las personas positivas que dominan por completo a los negativos, que a veces son irremediables en la vida, así como tampoco han hecho tambalear el propósito *teko pukavy*, de vivir sonriendo.*

De la psicología a la historia intelectual de las disciplinas psi

Alejandro Dagfal¹

adagfal@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0003-0967-7117>

1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?

Mi formación intelectual puede dividirse en tres subperíodos bastante claros:

1) 1987-1993: Licenciatura en Psicología en la UNLP. Sobre el final de ese período me interesé particularmente en la historia de la psicología, que era un área de vacancia en esa carrera. En primer lugar, el recurso a la historia se me hizo necesario para entender mejor el carácter fragmentario y



¹ Alejandro Dagfal es licenciado en Psicología (UNLP), magíster y doctor en historia (París VII) e investigador independiente (CONICET). Es profesor de Historia de la Psicología en la UBA. Ha escrito numerosos trabajos en diversos idiomas sobre la “historia psi” en el siglo XX. En 2009 publicó el libro *Entre París y Buenos Aires: la invención del psicólogo (1942-1966)*, que obtuvo en 2011 el “Primer Premio Nacional”. Desde 2017 es director honorario del Centro Argentino de Historia Psi de la Biblioteca Nacional, del cual ha sido fundador.

contradictorio de los distintos discursos psi que coexistían en la formación del psicólogo. En segundo lugar, ante el notorio auge de las disciplinas psi en la Argentina, se me hizo indispensable encontrar respuestas para ese fenómeno, comenzando a preguntarme por la historia de la formación en psicología.}

2) 1995-1999: Formación en historia en la UBA. En 1995 me acerqué al equipo de docencia e investigación a cargo de Hugo Vezzetti en la Facultad de Psicología de la UBA, nucleado en torno de la cátedra I de Historia de la Psicología. A través de Vezzetti me contacté con toda una serie de lecturas y de personas que fueron decisivas para mi formación intelectual. Con Vezzetti como director, obtuve una beca de iniciación de la UNLP y me incorporé a su cátedra como ayudante ad honorem. Allí me familiaricé con autores como Kurt Danziger, Georges Canguilhem, Norbert Eliás y el propio Vezzetti, que me permitieron pensar la historia de la psicología desde una perspectiva crítica, mucho más compleja que las historias disciplinares celebratorias que había conocido hasta entonces.

En 1996, también comencé a asistir a las reuniones mensuales del seminario de “Historia de las Ideas, los Intelectuales y la Cultura” que Oscar Terán había organizado en el Instituto Ravignani. En paralelo, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, cursé la materia “Pensamiento Argentino y Latinoamericano” (a cargo de Terán). Estas dos actividades me permitieron formarme en historia intelectual, leyendo obras capitales

del pensamiento argentino y participando en la discusión de trabajos de grandes historiadores locales y regionales.

3) 1999-2005: Formación de maestría y doctorado en París VII. La posibilidad de hacer mis tesis de posgrado en historia en París VII, bajo la dirección de Élisabeth Roudinesco, me permitió completar mi formación y mis investigaciones en la perspectiva de los estudios de recepción. En efecto, para escribir sobre el impacto del pensamiento psicológico y filosófico francés en la constitución del “campo psi” argentino, previamente me resultó indispensable llevar a cabo algunas investigaciones sobre autores y zonas de los discursos psi que habían tenido gran impacto en Argentina y que, en Francia, habían sido relativamente poco estudiadas. Ese fue el objeto de mis tesis de maestría y doctorado.

En resumen, creo que el mayor impacto en mi formación intelectual se produjo en el período 1995-1999, discutiendo trabajos propios y ajenos en los grupos mencionados. Puedo decir que considero a Hugo Vezzetti un maestro en todos los sentidos del término, tanto por la transmisión de su propia producción como por su lectura atenta de todos mis trabajos. Oscar Terán y Élisabeth Roudinesco fueron también referentes ineludibles, por la significación que sus obras tuvieron para mis trabajos.

2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

Sí. Por un lado, encuentro una filiación evidente entre mi trabajo y el de Hugo Vezzetti, que a su vez se inserta en una tradición de historia intelectual argentina, cuya originalidad reside menos en sus métodos—que son los de la historia en general— que en su perspectiva de lectura, que encuentra sus objetos en una zona de cruce entre representaciones, dis-

cursos, instituciones y prácticas, a mitad de camino entre la historia social y la biografía individual, entre la historia política y la historia cultural. Por otra parte, la obra de Élisabeth Roudinesco me ha ayudado a no perder de vista los debates disciplinares del campo psi, no para adoptar una perspectiva “internalista”, sino para escribir una historia que dialogue con los profesionales e investigadores de ese campo. Es decir, una historia que no limite su público al campo intelectual.

3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

Mi tarea de investigación la realizo “espasmódicamente”, alternando períodos de muchos días (y muchas horas) de concentración casi total, con días en los que no logro concentrarme para escribir una línea. Envío a los investigadores—la mayoría de los que conozco— que pueden tener jornadas más predecibles, con largas mañanas dedicadas a la escritura, por ejemplo. Siempre discuto mis trabajos con el equipo de investigación que codirijo con Hugo Vezzetti. Se trata de un espacio de interlocución muy valorado, que no he encontrado en otras latitudes. Cuando elaboro mi trabajo siempre leo a otros autores, ya sea como bibliografía primaria o secundaria. En esos momentos, sin embargo, no leo nada por fuera de mis temas de investigación específicos. Ni siquiera ficción.

4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?

La investigación que práctico podría denominarse “historia intelectual de las

disciplinas psi”, lo cual abre a un abanico muy amplio de perspectivas, dependiendo de los objetos circunstanciales de mi investigación. Por ejemplo, cuando investigué la creación de las primeras carreras de psicología, se me impuso la noción de campo, para ordenar lo que sucedía en el dominio académico y en el ámbito profesional, la composición del profesorado, las disputas con los psiquiatras, etc. Al mismo tiempo, para entender qué se enseñaba o para comprender la inusual difusión del psicoanálisis en nuestro país, me resultó indispensable la noción de recepción (que algunos autores entienden como “indigenización” o “implantación”), tomándola libremente de la teoría de la comunicación literaria de Hans Robert Jauss. Me resultó fundamental restituir el rol activo de los receptores, como lectores que realizaban una apropiación creativa de los textos que recepcionaban, a la luz de un horizonte de expectativas diferente. Esta concepción más compleja de los procesos de recepción me permitió desmarcarme de las visiones que tradicionalmente consideran la historia psi argentina en términos de copia o de reproducción pasiva, como un reflejo de las ideas europeas, sin tener en cuenta las problemáticas específicas que subtienden la producción local. En ese sentido, siempre he afirmado que si “la Argentina es un espejo de Europa”, se trata de un espejo que deforma según la posición de quien se mire en él. Respecto de las “destrezas” que debería desarrollar un “historiador de las disciplinas psi”, no podría responder en un plano técnico, de habilidades y competencias, porque en ese plano no se diferenciaría del historiador a secas, que debe contar con paciencia y esmero para reunir fuentes de todo tipo, la humildad para apoyarse en bibliografía secundaria suficiente y pertinente y la lucidez para interpretar los hechos y elaborar un relato complejo que tenga en cuenta simultáneamente distintos planos y factores. Sin embargo, más allá de esas

virtudes, creo que lo determinante es lo que suele llamarse el “lugar de enunciación”. Acuerdo con Kurt Danziger en que la posibilidad de hacer un trabajo histórico que sea a la vez crítico y eficaz se ve maximizada cuando puede combinarse el compromiso propio de los *insiders* (que están cerca de los conceptos y de las prácticas de las disciplinas psi) con la “distancia moral” que caracteriza a los *outsiders*.

5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?

Respecto de la situación actual de la “historia psi”, a nivel internacional existen diversos grupos particularmente activos. Por un lado, en el mundo anglosajón, hay una “International Society for the History of Behavioral and Social Sciences” (Cheiron), creada en 1968 (ligada al *Journal of the History of the Behavioral Sciences*). Como su propio nombre lo indica, al centrarse originalmente en las “ciencias del comportamiento”, desde sus inicios, se ha preocupado sobre todo por la historia de la psicología llamada “científica” en América del Norte y en Europa. No obstante, en las últimas décadas, se han incorporado con fuerza otras disciplinas y dominios, desde el psicoanálisis hasta las ciencias sociales. También se han sumado historiadores externos al “campo psi”. A su vez, dentro de la centenaria American Psychological Association, se creó en 1966 la “Society for the History of Psychology” (división 26, que publica la revista *History of Psychology*). Si bien se ocupa de temas internacionales, sus miembros suelen ser *insiders* que pertenecen sobre todo a universidades de EEUU y Canadá. Por otra parte, en Europa, existe la “European Society for the History of the Human Sciences” (ESHHS) que, desde 1982, se interesa no sólo en la psicología sino también en la pedagogía, la sociología, la

antropología y demás ciencias humanas. Su composición es más variada que la de Cheiron, al igual que los temas de investigación. No obstante, ambas sociedades organizan eventos conjuntos cada cuatro años. En el mundo francoparlante, y muy al margen de las instituciones mencionadas, existe una "Société internationale d'histoire de la psychiatrie et de la psychanalyse". Con base en París, reúne a investigadores y "practicantes psi" europeos y latinoamericanos. Más vinculada a tradiciones intelectuales francesas de larga data, realiza coloquios y publicaciones puntuales, sin la regularidad de las otras sociedades.

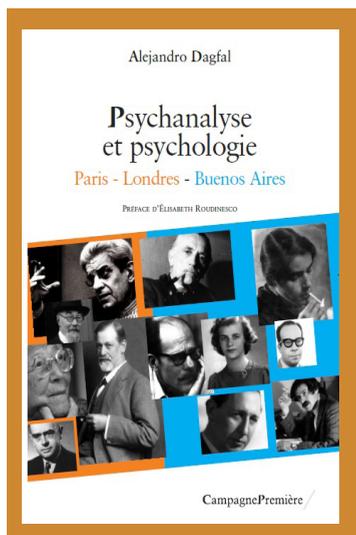
En el plano regional, existen dos redes que nuclean investigadores en historia de origen muy diverso, aunque de manera bastante laxa. Me refiero a la "Red Iberoamericana de Historia de la Psiquiatría", con sede en México (que realiza encuentros cada dos años) y a la "Rede Iberoamericana de Pesquisadores em História da Psicologia" (RIPeHP), creada en Río de Janeiro, en 2010, por iniciativa del "Grupo de Trabajo de Historia de la Psicología" de la Sociedad Interamericana de Psicología y el "Grupo de Trabalho em História da Psicologia" de la Associação Nacional de Pesquisa e Pós-graduação em Psicologia (ANPEPP). Si bien estas dos redes tienen algunos puntos de contacto y algunos miembros en común, por lo general se mantienen separadas, tanto en sus temas de interés como en sus eventos.

Específicamente en la Argentina, durante el siglo XXI ha habido un desarrollo muy considerable de los estudios históricos de las disciplinas psi. Desde 1999, todos los años se realiza un encuentro de "historia de la psiquiatría, la psicología y el psicoanálisis",

en el que participan una docena de cátedras y equipos de investigación de universidades nacionales, además de grupos profesionales interesados en el tema. La particularidad de estos encuentros reside en su carácter transdisciplinar: es muy extraño, en otras latitudes, que los psicoanalistas, los psiquiatras y los psicólogos se reúnan periódicamente para discutir sobre las historias cruzadas de sus disciplinas. En ese mismo sentido, en 2017 se creó en la Biblioteca Nacional el Centro Argentino de Historia del Psicoanálisis, la Psicología y la Psiquiatría, que me toca dirigir. El Centro se propone promover investigaciones en el dominio de la "historia psi", difundirlas hacia un público no necesariamente especializado (particularmente los "profesionales psi"), y adquirir y conservar fuentes documentales (orales, escritas, audiovisuales) que resultan indispensables para los investigadores. Más allá del evidente interés que existe en nuestro país en la

"historia psi" podría decirse que no siempre da como resultado investigaciones relevantes y rigurosas. Buena parte de las historias que se producen son de tipo celebratorio, y pretenden rescatar a determinadas figuras ("los pioneros") o a ciertas líneas teóricas.

En cuanto a los debates más importantes, sería muy difícil resumirlos, teniendo en cuenta la diversidad de actores, instituciones y publicaciones mencionados más arriba. Por otra parte, siguiendo la tendencia de la mayoría de los campos intelectuales, en el dominio de la "historia psi" los sujetos tienden a agruparse en base a concepciones similares de la historia, que implican ciertos supuestos metodológicos y epistemológicos compartidos. Esto hace que en congresos, coloquios



y publicaciones predomine la lógica de “los intercambios” por sobre la de “los debates”. Es decir que no suele haber confrontación de ideas diferentes, sino agrupamientos diversos con gente que, básicamente, piensa más o menos igual.

Dicho esto, podría acotarse que desde la conformación de las primeras sociedades internacionales, a fines de los '60, los mayores debates giraron en torno de cómo debía ser una historia crítica que se diferenciara de las historias disciplinares clásicas. En ese sentido, en los años '70 y '80 hubo un fuerte impulso para la profesionalización de la formación del historiador, para la contextualización de los relatos, para el cuestionamiento de las historias canónicas (internalistas, celebratorias, anacrónicas, etc.). En los '90, sin embargo, hubo también un fuerte cuestionamiento de “la sociocrítica”, denunciando cierto reduccionismo en el que se había incurrido, y tratando de afinar los modos de entender el impacto de “lo social” en las disciplinas psi. Desde posiciones neo-foucaultianas (como la de Nikolas Rose), se cuestionó el modo simplista y clásico en que las historias críticas habían entendido el poder en el ámbito psi. Más recientemente, incluso, desde perspectivas no foucaultianas, autores que promueven una “historia filosófica de la psicología” (como Saulo Araujo), persisten en la crítica de aquéllos que reclaman una mayor incidencia de la sociología del conocimiento (como Adrian Brock).

En todo caso, en el heterogéneo dominio de lo psi, coexisten las historias profesionales, sociales, culturales y políticas que utilizan enfoques críticos junto con versiones más clásicas de la historia de las ideas y de las ciencias. Ya en el siglo XXI, los temas en discusión son más diversos. Por ejemplo, desde hace algunos años que se insiste en pensar la historia desde el punto de vista de los pacientes (Andreas Mayer) y no sólo de los profesionales, los saberes y las insti-

tuciones, lo cual plantea el problema de las fuentes posibles para ese tipo de narrativas. Por otra parte, frente al auge de los estudios de recepción (que en general enfatizan cierta direccionalidad de la transmisión, que va del centro hacia la periferia), otros abordajes (tributarios o no de los enfoques decoloniales) proponen tanto una “historia policéntrica” (Kurt Danziger) o una “circulación transnacional” de los saberes y las prácticas (Mariano Plotkin, Joy Damousi). Por último, no necesariamente en relación con las epistemologías feministas, se constata una clara tendencia a revisitarse el rol de las mujeres en la historia de la psicología, el psicoanálisis y la psiquiatría, lo cual, a veces, permite iluminar zonas y rescatar actores—o más bien actrices— que hasta ahora habían permanecido en las sombras, y, otras veces, implica una suerte de forzamiento revisionista que no arroja los resultados esperados. Sea como fuere, no dejan de ser algunas cuestiones que actualmente están en debate y que se reflejan en la producción en historia psi, tanto a nivel local como internacional.*

Reflexiones y travesías

Beatriz Figallo¹

beatrizfigallo@yahoo.com.ar

<https://orcid.org/0000-0002-4752-5328>

1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron

1 Beatriz Figallo es doctora en Historia por la Universidad Complutense de Madrid. Es investigadora del CONICET, con sede de trabajo en el Nodo Rosario de su Unidad Ejecutora en Red IDEHESI (Instituto de Estudios Históricos, Económicos, Sociales e Internacionales), del que es su directora a cargo desde febrero de 2017. En 1989 alcanzó el cargo de profesora titular de la Universidad Católica Argentina, en sus Facultades de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario, y luego en Filosofía y Letras y Ciencias Sociales de Buenos Aires. Entre 2012 y 2017 fue directora del Doctorado en Historia, Facultad de Historia, Geografía y Turismo de la Universidad del Salvador. En 2007 fue designada como miembro de número de la Academia Nacional de la Historia de la República Argentina. Profesora de perfeccionamiento del Ministerio de Educación de la Provincia de Santa Fe, ha sido profesora invitada en universidades argentinas y extranjeras. Ha publicado artículos científicos en España, Francia, Israel, Rusia, Estados Unidos, Chile, Brasil y Uruguay, así como en la Argentina. Entre sus libros destacan: *El Protocolo Perón-Franco* (1992), *La Argentina ante la guerra civil española* (2002), *Diplomáticos y marinos argentinos en la crisis española* (2007), *Argentina-España. Entre la pasión y el escepticismo* (2014). Publicó en coautoría con Liliana M. Brezzo, *La Argentina y el Paraguay, de la guerra a la integración. Imagen histórica y relaciones internacionales* (1999); con Josefa García de Ceretto, *La Historia del Tiempo Presente. Historia y epistemología en territorios complejos* (2009); y en 2018 editó *Desarrollismo, franquismo y neohispanidad. Historias conectadas entre España, América Latina y Argentina*.

importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?

El relato de vida, con su inevitable pulso entre lo individual y el contexto social, me ayuda a intentar rememorar la experiencia ya algo difusa de los años en que empecé a perfilarse mis

inclinaciones, a engendrarse una incipiente vocación y el impulso circunstancial con que se inició mi formación intelectual. Aquel proceso ni fue claro, ni fue tan pronto, aunque creció en el núcleo familiar.

Mi padre médico gustaba de la historia,

de la literatura, del inglés -también del ajedrez- y no sin esfuerzo, fue adquiriendo lo que entonces eran bienes costosos: libros y enciclopedias. Su última actividad nocturna era leer, en una silla del comedor -nunca la cabecera- con la sola compañía de una copita de ginebra *Bols*. En la casa había mucha lectura para aprovechar y para distintos gustos: al alba de todos los días se recibía por debajo de la puerta el diario local *La Capital* de Rosario; también la edición dominical de *La Nación* y el vespertino *La Razón*, que mi padre solía comprar al canillita que lo voceaba en una esquina cercana, en la breve vuelta a la que nos sumábamos los hijos mayores antes de guardar el automóvil en el garaje. El recuerdo afectivo de él se nutre también de la mirada, casi a hurtadillas, de las series estadounidenses *Combate* y *Ataque* en el flamante televisor que ocupó un



lugar central del *living* y de su minucioso acopio de los fascículos de *La Historia de la Segunda Guerra Mundial* publicados por Códex a partir de 1965. Completaban el clima de época de los años sesenta de una familia de clase media urbana la periódica recepción de la revista *Life* en español y la ocasional compra de historietas y magazines femeninos. Tanto o más que ello, a mí me atrapaban las conversaciones de mayores. Mi abuela, mi madre y mi tía Lucrecia -una fuerte y emprendedora mujer que había trasladado su vida a Buenos Aires, pero siempre nos visitaba-, eran grandes contadoras de historias: de mi bisabuelo cántabro Toribio Fernández, profesor de primeras letras que a fines del siglo XIX fundó escuela en Montevideo y que cruzando ríos la trasladó a Rosario, junto con su esposa Ventura y los muchos hijos nacidos en Santander, en la capital oriental y en los pagos de la otrora “Villa Ilustre y Fiel”; del padre de mi otro abuelo materno, Ramón Lascano, que en el desperdigar del antiguo tronco familiar por Santiago del Estero, Córdoba, Santa Fe y La Plata vino a trabajar como periodista en el decano de la prensa argentina y murió joven de tifus, ya afectados sus pulmones por los plomos con que se componían las hojas de prensa, dejando a su prole en una más que austera orfandad, y a su hijo Eduardo, que logró abrirse camino para llegar a ser funcionario de Defensa Agrícola y participar de los combates contra las langostas en los campos del norte argentino, plaga que no sabe de límites estatales ni regionales. Así como mi abuela contaba anécdotas sobre las revoluciones radicales en Rosario, o los festejos y bailes del Centenario, mi madre refería vívidamente los tiempos del peronismo en los años en que trabajó en las oficinas de Obras Sanitarias de la Nación ante la merma de los ingresos familiares y Lucrecia Lascano las anécdotas sobre la sociedad rosarina de los años '30, '40, '50, entre tragedias y frivolidades, para después iniciar las narraciones de sus viajes, al compás de las

emigraciones de los hijos o acompañando a su segundo esposo, capitán de ultramar. Mi padre, más parco, refería sus años de practicante en la Liga Antituberculosa de Rosario, o las excursiones por La Cumbre, su lugar de veraneo serrano. Así, el mundo, los viajes, los libros y la lectura estuvieron en mi existencia desde que tengo uso de razón. No recuerdo haber leído voluntariamente nada sobre historia argentina en mi niñez; sí el gran deleite que me produjo la lectura del *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe, publicado a principios del siglo XVIII, la infaltable *Mujercitas* de Luisa May Alcott, e incluso la *Divina Comedia*. Como no identificarse con el naufrago aislado en una remota isla, con la independiente Jo March o con la personificación del amor que es Beatriz para el Dante. Si, por obligación de tarea de vacaciones de la profesora de Literatura, procurar un ejemplar de *Amalia* de José Mármol, que con mi papá encontramos en un supermercado bonaerense.

Aquello cambió bastante con la muerte de mi padre en 1971. Vuelve a mi memoria en este ejercicio auto referencial, la compra de uno de mis primeros libros propios: ese año se incendió una tradicional librería en el centro de Rosario, la Ross, y en mesa de saldos, se ofrecían ejemplares, chamuscados, pero salvados del fuego, y elegí sin saber porque una edición de *La investigación científica*, de Bernardo Houssay. Aunque con mis tíos seguí la costumbre de las conversaciones con adultos, obsequiada de libros de historia universal, de la guerra civil española, de España, del ingeniero e hijo de españoles José Sancho -de Arturo Barea a José María Gironella, de Pierre Vilar a José Luis de Villalonga, de H. G. Wells a Salvador de Madariaga- y con Mario Brebbia, de ilustre familia de juristas rosarinos, escuchando sus admoniciones de política argentina y rosarina, la que impuso el ritmo de los cambios fue la realidad nacional.

Cuando tocó elegir estudios, no eran tiempos calmos. En 1973, mi único atisbo de activismo político juvenil fue en los días de las tomas durante la “primavera camporista”, para defender mi colegio, y terminó pronto. Cámpora renunció y Perón fue presidente. Mientras algunas compañeras elegían ir a misionar en las villas de emergencia, yo opté primero por ser voluntaria en el Hospital Roque Sáenz Peña, y luego, por varios años, en el Hogarcito don Orione en el barrio Arroyito, casita-asilo que amparaba a los más necesitados y abandonados de la sociedad. La pobreza y el amor en su máxima expresión seguirán siendo para mí la visión de una humilde madre trabajadora que masticaba los alimentos para pasárselos a la boca de su hijito discapacitado que ni tan siquiera tenía capacidad para deglutir, porque no se disponía de licuadora. En los años siguientes moriría mi primo Eduardo ametrallado por un comando de la Triple A en una avenida de La Plata –recuerdo ir urgente a leer la pizarra del diario *La Nación* que estaba a pocos metros de *La Capital* en calle Sarmiento, para corroborar el adelanto de una noticia que nos parecía increíble, y que de alguna manera, había que trasmitirle a mi abuela, la aparente razón: haber simpatizado con el Movimiento Humanista de Silo. Luego mi prima Graciela al igual que su hermano mayor, partieron a España, y de exilio fue.

No sabía si estudiar o trabajar, o ninguna de las dos, al final, fueron las dos. Después de descartar inscribirme en Trabajo Social por consejo de mis tíos, estudiar Historia parecía una opción, apenas porque me gustaba, porque había sacado buenas notas en el colegio y porque mi madre creía que ser profesora era algo bueno para una mujer. Sin cumplir aún los 18 años intenté hacerlo en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Rosario, mientras había comenzado a trabajar en el Banco Provincial de Santa Fe, en una lejana agencia de barrio. El propósito de insertarme en la vida universitaria duró

apenas un mes, sin que pudiera lograr conciliar horarios. Como alternativa, empecé un vespertino profesorado de Historia, el de Misericordia, donde curse y aprobé las asignaturas correspondientes a dos años académicos -tuve allí algunos profesores excelentes, pero de poca inclinación por la investigación. Llegó marzo de 1976, y en el medio del caos que se desató en el país, las autoridades optaron por cerrarlo, aduciendo escaso alumnado. Nuestra oposición no tuvo éxito. Todo era vertiginoso, y mucho antes había determinado casarme. Un año después nació mi única hija María Beatriz. Dejé de estudiar, mientras en el Banco Provincial abrí más los ojos a lo que acontecía: ajustadas huelgas de los empleados, que no pasaban de un quite de colaboración, o como decíamos “de lápices caídos”, la militancia de algunos compañeros, la llegada de los inspectores, entre el desfile diario de jubilados, obreros, pequeños propietarios de una zona trabajadora que se acercaban a mostradores y cajas.

Mi vida universitaria recién comenzó con 22 años. Cuando un aviso en *La Capital* anunció a principios de 1978 que la Universidad Católica Argentina abría Historia, decidí inscribirme, ayuda familiar de por medio. Inserta en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, la carrera ofrecía posibilidades y algunas limitaciones. Era obra del empeño personal del profesor Miguel Ángel De Marco quien en 1966 había logrado constituir el Instituto de Historia dentro de la Facultad Católica de Humanidades, dependiente del Arzobispado de Rosario, con el propósito de estudiar historia regional, formar archivo y biblioteca. Entonces, y proviniendo de muy diversos sectores socio-culturales, así como ya había cuajado la apertura de una Facultad Católica de Derecho y otra de Química, se dio impulso a otra unidad que principió por impartir Letras y Periodismo, que atrajo por la novedad a numerosos estudiantes de todo el país; también Historia, que apenas logró dictar un solo curso. Vinculada en sus recursos

humanos a los medios de comunicación de la ciudad que por entonces vivían momentos de auge -diarios, radios, los canales de televisión 5 y 3 que se crearon entre 1964 y 1965-, el proyecto universitario humanístico de pronta católica sucumbió frente al temor episcopal de una juventud contestataria y de un sector del clero en eferescencia.

Derecho y Ciencias Sociales, y en especial su decano Bernardo David Diez, un abogado y profesor de una tradicional familia local, que supo adherir al Partido Demócrata Cristiano santafecino -fundado en Rosario en 1954-, habían respaldado la insistencia del proyecto de De Marco y de algunos de los profesores que lo habían acompañado en el primer intento de docencia e investigación histórica en la UCA de Rosario. En el sombrío paréntesis socio-cultural que se vivía, la autorización fue reclamada con insistencia hasta que la sede central de la universidad la concedió. Fui así parte de una primera cohorte, con profesores que provenían de la UNR, de universitarios que trabajaban en institutos terciarios locales y de distintas formaciones disciplinares, pero sin compañeros mayores, sin una estructura de cátedras o de centros de investigación asentados, y al principio, sin mayores contactos con otras universidades ni del país ni del extranjero: nuestros compañeros eran los estudiantes de Derecho. En gran medida, creo que aquella circunstancia limitada de todo lo que recién echa a andar, se salvó con el interés cercano y personal por una correcta formación intelectual de los alumnos, la libertad en los programas de estudio y el desarrollo de la carrera. La enorme dificultad que significaba sostenerla económicamente con las cuotas y aranceles, tenía por lo general la salvífica salida de obtener una beca -de las otorgadas por Cultura de la Municipalidad de Rosario, obtuve la ayuda para mis tres últimos años de cursada, aunque también el sistema de la UCA nos permitía estudiar de noche y trabajar de día. Más allá de luces y sombras,

la UCA no ha sido una universidad elitista, o por lo menos, muchos de los que estudiamos allí, lo sentimos así. Por su parte, De Marco, algunas veces con el respaldo de Diez y otros decanos que se sucedieron, y sino de instituciones de la ciudad, lograban tanto publicar libros de los profesores de la casa e historiadores del país, como incrementar los fondos de la biblioteca gracias al canje que comenzó a funcionar y a las donaciones. Cada profesor era un mundo, y si De Marco, Oscar Luis Ensínck y el canónigo Américo Tonda -que había sugerido el nombre *Res Gesta* para la revista del Instituto que apareció ya en 1977 y aún continúa editándose, donde muchos aprendimos los rudimentos de la publicación de artículos científicos y de reseñar- eran historiadores que provenían de bien distintas formaciones, especialidades y ámbitos de actuación, los tres destacaban en la historia santafecina y estaban vinculados a la Academia Nacional de la Historia, institución que por sus publicaciones, sus congresos, las visitas de los académicos se nos fue haciendo cercana. En tanto, mudanzas de edificios de por medio, algunos historiadores extranjeros comenzaron a realizar estancias académicas, como el latinoamericanista de la Universidad de Berkeley Woodrow Borah, y visitas como el colombista italiano y miembro de la resistencia contra el fascismo Emilio Paolo Taviani. Ya en 1979 Ensínck fijó su sede de trabajo del CONICET en el Instituto de Historia, y desde entonces, lentamente, comenzaron algunos pocos becarios a desarrollar sus investigaciones. Al interior de la carrera las perspectivas historiográficas fueron también bien distintas, conviviendo aquellas líneas con una historia argentina del siglo XX que dictaba Héctor Petrocelli, más cercano al revisionismo, profesor de varios colegios de varones de Rosario y autor de una de las obras más vendidas de la editorial de la UNR, su *Historia Constitucional Argentina*, convertido casi en libro de texto de la carrera de Derecho estatal. Petrocelli, a quien recuerdo con respetuoso cariño, no

se privaba de repasar bajo sus perspectivas lo que los demás profesores habían impartido sobre historia argentina de los siglos anteriores y del período hispánico. Eso, lejos de confundir, daba perspectivas. Otras figuras de la intelectualidad rosarina destacaban en el plantel, como el padre Rogelio Barufaldi, filósofo, escritor, poeta y un cura con una continuada labor social a favor de los pobres. Sin embargo, dos fueron los profesores cuyas clases más impronta me dejaron: las de Artemio Luis Melo en Contemporánea y la de Nelly Eve Chiesa, en Historia Americana del siglo XX. Ambos docentes de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la UNR, aportaban un lenguaje y unas temáticas distintas, que me atrajeron. Melo -primer rector de la universidad rosarina tras el retorno de la democracia en 1983- nos acercó al conocimiento de los teóricos franceses de la historia de las relaciones internacionales como Pierre Renouvin y Jean-Baptiste Duroselle y sus “fuerzas profundas” para incidir en la realidad mundial. Independiente, enérgica, las clases de la dra. Chiesa eran apasionantes y provocadoras, donde uno no podía estar tranquilo en su silla, porque en cualquier momento nos compelmía a opinar. Entre el temor por su personalidad avasallante y la admiración por sus dotes de maestra, fue una verdadera inspiración. Doctorada en Diplomacia, cuando se impartía en la Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas de Rosario, dependiente de la Universidad Nacional del Litoral, había hecho posgrados en universidades norteamericanas, frecuentaba congresos internacionales y se interesaba por cuestiones latinoamericanas que superaban los límites de las historias nacionales. Investigadora del CONICET y especialista en política internacional de la Argentina, por ese entonces estaba estudiando la política nuclear del país, siendo una representante de la escuela rosarina, fundadora de los estudios de Relaciones Internacionales en el país. Ella le hablaba de tú a tú a cualquier académico y científico hombre.

Por un tiempo -antes de mis años españoles- la seguí cuando me convocó a participar en Rosario de la Federación Internacional de Mujeres Universitarias, institución que creada en 1919, desde 1936 tenía sede en la Argentina y entre sus objetivos estaba el desterrar la discriminación contra la mujer.

La experiencia formativa de cercanía, en la docencia y en la investigación que despuntaba, imprimió al grupo de historiadores e historiadoras que se formaron en la UCA de Rosario, características de aceptación de las diferencias, de lucha contra adversidades, de resiliencia, de autonomía -a veces rayana en el individualismo- que se probó muchas veces. Por ejemplo, cuando la carrera de Historia otra vez se cerró en 1996, esta vez por más prosaicas razones financieras. Quedó como rastro del “naufragio” otra vez el Instituto de Historia, una gran biblioteca, unos ricos fondos archivísticos, una generación de investigadores formados, ya ahora con vínculos nacionales e internacionales bien diversos, una revista científica. Que no es poca cosa.

Pareció natural después de egresar como profesora universitaria en Historia, preparar una tesis de licenciatura. Aunque la sucesión de hechos fue algo diversa: primero me inventé un viaje de fin de carrera a Europa que soñamos entre todos los compañeros, pero que finalmente solo yo concreté. Relatar como lograba juntar los fondos para pagar ese y tantos otros viajes de descubrimiento o trabajo intelectual, sería motivo de otro texto, que podría llevar por título, escasez e imaginación del historiador argentino. Mis esfuerzos alcanzaron solo para solventar una estadía en España, donde mi prima me acogió recién instalada en Salamanca, una ciudad pletórica de universitarios, donde en cada bar del casco antiguo se hablaba de política, del franquismo a la dictadura argentina y la guerra de Malvinas, y de literatura, entre Miguel Delibes y Manuel Puig. Amé aquello que de inmediato sentí como

propio, y decidí actuar para aprehenderlo. Me propuse investigar, nada menos, que la guerra civil española, que ya entonces había generado ríos de tinta, pero que era -y sigue siendo- un campo subyugante y fértil para la investigación. Cavilando sobre lo que deberíamos llamar “área de vacancia”, se impuso en mi decisión algo que suele ser el más eficaz impulso para ponerme manos a la obra: la curiosidad y saber más y mejor algo que no se sabe o se sabe poco, con preferencia a retomar o regodearse en algunos temas. De Marco incidió en mi decisión cuando me transmitió el recuerdo de unos acontecimientos que se solían evocar en la Marina argentina -ya que él mismo era corresponsal de prensa del diario *La Capital* en la Armada-: la participación de navíos de guerra que otorgaron refugio y protección a españoles que huían del conflicto, y me facilitó un primer contacto con un colega suyo periodista, que ubicó a la familia del comandante de uno de los buques que surcaron el Mediterráneo para llevar adelante aquella política, la del derecho de asilo, principio de raigambre jurídica hispanoamericana, ordenada por el presidente general Agustín Justo, diseñada por el canciller Carlos Saavedra Lamas y ejecutada por el ministro almirante Eleazar Videla: sus descendientes abrieron ante mí una inédita colección de informes, documentos, cartas oficiales y de particulares, tarjetas de presentación, recortes de prensa, fotografías, que dormían hacia décadas en un armario del departamento familiar del porteño pasaje Rivarola de la familia Casari, esperando ser historiados. A mi aire, sin mayor formación metodológica para encararlo -después entendería que estaba haciendo historia de las generaciones vivas-, emprendí la tarea de entrevistar protagonistas y de seguir pistas por hemerotecas y archivos. Tampoco conocía las advertencias cuestionadoras de hacer aproximaciones puramente jurídicas al derecho de asilo de Gérard Noiriel, aconsejando más ver en su casuística el sentido social y simbólico.

Los desplazamientos a Buenos Aires eran indispensables, porque aquella historia internacional de la Argentina requería la consulta en reparticiones públicas nacionales, y además porque la mayor y la mejor parte de la bibliografía y colecciones de prensa estaban allí. Sin becas, sin ayudas universitarias o de cualquier tipo, la aventura solo fue posible en base a obstinación y al alojamiento amoroso de mi tía Lucrecia en el corazón de la céntrica avenida Santa Fe. El archivo que más me impactó por la riqueza de su documentación fue el de la Cancillería -el segundo en importancia de la Argentina-, entonces emplazado en unas precarias instalaciones de lo que era una repartición técnica de la Policía Federal, en Vélez Sarsfield y Zepita. Recuerdo la minuciosidad con la que revisaban documentación investigadores como Alicia Vidaurreta o Edmundo Heredia. Estudiar los asilos, los refugios, el accionar internacional de la Argentina con esos fondos permitió componer una investigación que fue sobre todo original, más que revestida de cierta sofisticación -un muy estimado internacionalista me escribió una esquelita diciendo que el trabajo tenía una frescura que debía procurar no perder, aunque se notara una obra primeriza- y que presentada a competición, ganó en 1988 el primer premio para obras inéditas del anual concurso de la Academia Nacional de la Historia. También obtuvo una distinción del Consulado de España en Rosario, del que el dr. Melo fue uno de los miembros del jurado: al coincidir en una reunión, me felicitó, añadiendo “esa historia merecería una película”. No obstante, buceaba aquella guerra civil en los entresijos de las negociaciones entre un gobierno de la década del '30 que la historiografía nacional mayormente ha caracterizado como infame, y se centraba en actores y personajes -funcionarios del estado, diplomáticos, marinos, los que huían de la zona republicana de España y que por tanto eran en su mayoría, pero no todos, considerados afines al alzamiento militar- que ofrecían una cara diferente de

aquellos abordajes que reparaban sólo en la potencialidad de movimientos antifascistas, en resistentes intelectuales al golpe contra la legalidad española, en exiliados del franquismo. Aquella investigación fue tesis, base de los primeros artículos científicos que publiqué en España y la Argentina, de trabajos de divulgación, de un par de libros, y de vez en vez, motivo de nuevas aproximaciones. Como me advirtiera mi director en el tramo inicial de mi inserción en el CONICET Enrique Zuleta Álvarez, nuestras obras nos persiguen como perros callejeros. Lo cierto es que esos trabajos han tenido una larga pervivencia. Aunque pasaron como treinta años de algunas de esas publicaciones, cada tanto me topo con su referencia en algún artículo reciente como si de una novedad se tratara, con apropiaciones algo descaradas en castellano o en inglés, con su crítica por portar una visión angélica de la guerra o la señalización de puntual errata. Tanto como con esos artesanos del detectar el desierto ajeno, soy condescendiente con mis versiones anteriores, “no sabían lo que sé ahora”. Lo importante es regresar a lo que pensé que había entendido y tratar de observar y extraer nuevos significados: ¡cuántas veces nos aparece un testimonio, un documento, una interpretación original de otro autor mucho tiempo después que cerramos un artículo o un libro! Todavía hoy, no es extraño que reciba algún correo relatándome la experiencia de unos padres o abuelos que han dejado testimonios de haber sido parte de la Historia, aún como seres anónimos, ofreciéndome documentos, fotos, alguna memoria de aquellos días de 1936 y 1937 donde la actuación de la Argentina fue tan relevante, y asumo, dentro de lo posible, la empresa de recuperar la experiencia de los muertos, registrándola.

Salida al ruedo historiográfico con esas cuestiones, me di cuenta que había quedado catalogada como oficiante de una historia diplomática, etiqueta con la que no me sentía

identificada. Apenas algo más de comodidad pude llegar a experimentar cuando más recientemente algunos teóricos me inscriben dentro de la corriente interpretativa o escuela Socio-histórica de las relaciones internacionales. Con el tiempo también comprendí que algunas miradas implican un problema epistemológico: en la historiografía argentina rara vez se reconocía (y se reconoce) la existencia de un consolidado campo superador, se lo ignoraba las más de las veces; para otros aquellas interacciones, eran un modo de hacer historia que no seguía las tendencias del momento. Ha sido bastante común advertir que en las comisiones de CONICET, los temas de historia de las relaciones internacionales, dependiendo del decisor y de la orientación del plan del trabajo o las postulaciones de becarios, van y vienen de la de Historia, a la de Sociología o a la de Derecho, Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales, sea porque desconciertan a unos u otros, porque el perfil evaluador de lo múltiple escasea, o porque parecen no encajar bien en comités organizados en torno a visiones disciplinarias. La historia de las relaciones internacionales implica un contacto de saberes y metodologías en torno a temas, y aunque la disciplina histórica está en su corazón, no ejerce esa preeminencia al modo de un látigo -palabra sinónima, aunque de otro significado-, que controla, reprime y estipula procedimientos rígidos, sino que invita a traspasar los límites, a frecuentar nociones que circulan por distintos campos de conocimiento. Ese merodear, muchas veces clandestino, fecunda ideas y asuntos, aunque también crea tensiones cuando los “aduaneros” del conocimiento disciplinar los detectan. Sin embargo, desde hace décadas ese cuestionamiento al paradigma de la especialización, permite juegos dialógicos y complementarios entre diversas disciplinas, aceitados por el modo actual de trabajo académico, que a mi me gusta practicar.

Para volver a España -siempre en mis sueños-, en 1985 apliqué a una beca del Ins-

tituto de Cooperación Iberoamericana (ICI), y el destino obró en mi suerte: ya se estaban prefiriendo otros perfiles profesionales más prácticos para las ayudas, y solo la renuncia de los primeros candidatos que encontraron mezquina la dotación económica, permitieron que me trasladase a España a cursar el doctorado en la Universidad Complutense de Madrid. Mientras mi hija acudía al tercer grado de la escuela, disponía de unas siete horas para acudir a los seminarios tanto en la Ciudad Universitaria como en el CSIC algunos días y al organizadísimo archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España -hoy disperso-, a hemerotecas y bibliotecas el resto de las jornadas. En aquel entonces entrevisté principales investigadores sobre el franquismo, como Javier Tusell, mientras Julio Aróstegui nos revelaba a los doctorandos unas facetas de la guerra civil que yo apenas había entrevisto hasta entonces. Recuerdo su autoridad y la exigencia que imponía, pero también que el trabajo final de su seminario fue el único que mereció el destino de la publicación, con lo cual sus requerimientos devinieron tanto justos como provechosos. Las clases sobre el fascismo del estudioso de las relaciones internacionales españolas y autor de obras importantes sobre la política exterior del franquismo Manuel Espadas Burgos, fueron también motivo de mi mayor interés. No obstante, ni siquiera entonces me sentía conectada a ningún grupo, aunque mis temas produjeran benevolencia entre los catedráticos y numerosos compañeros que poblaban los seminarios. Con flamantes 30 años, era de los doctorandos mayores frente a muy jóvenes licenciados en su gran mayoría españoles y mis responsabilidades maternas me hacían atender poco la confraternidad universitaria y mucho a la personita a la que había arrastrado a mi aventura intelectual, pero era a la vez deliciosa compañía, preferible a todas. No obstante, se podía intercambiar y conversar con los investigadores u otros becarios con quienes coincidía en el archivo del Palacio de Santa Cruz o en el

antiguo edificio de Cultura Hispánica, ya transformado con la democracia en el ICI, en la avenida de los Reyes Católicos, en su biblioteca, en su cafetería o en su estafeta postal, donde despachaba para Rosario, kilos de fotocopias de documentos y textos. Con todo, Madrid fue una fiesta, parafraseando a Hemingway. No recuerdo haberlo conversado mucho con nadie, pero parecía natural y provechoso extender mis investigaciones hasta cubrir el período de las relaciones entre España y Argentina posterior al fin de la guerra civil, y allí apareció la ligazón entre las políticas exteriores, la provisión de trigo con la que muchos españoles alcanzaron a comer algo de pan de trigo en la posguerra, la visita de Eva en 1947, el Plan Marshall y su respuesta, el protocolo Perón-Franco, sus suministros y sus créditos, las afinidades ideológicas y culturales del franquismo y el peronismo. ¿Era aquello historia diplomática? Yo estaba segura que no, que era mucho más. Casi de un voleo -más específicamente por recomendación del profesor De Marco, que lo conocía de sus años de becario en los '60- una carta de recomendación, me permitió acceder a Vicente Palacio Atard, y que éste me admitiera como tesista doctoral. Historiador de proyección internacional, frecuentador de la Argentina, era una persona muy cordial, que me recibió incluso en su hogar donde admiré una de las más maravillosas y ordenadas bibliotecas que un historiador puede atesorar, pero con más de medio centenar de doctorados dirigidos en su haber -de las más disímiles orientaciones como el mismo Aróstegui, Sonsoles Cabeza Sánchez-Albornoz, la chilena Patricia Arancibia Clavel y los argentinos Juan Carlos Arias Divito o María Laura Sanmartino de Dromi-, dispensaba un tiempo limitado. Con la debida cita previa me atendía en su despacho del Departamento de Moderna y Contemporánea, en un piso alto del edificio B de la Facultad. Me dio unos consejos prácticos para buscar documentación -como Zuleta Álvarez- que todavía aplico y transmito a

colegas jóvenes y a alumnos. Aunque se lo conocía por su especialización en el siglo XVIII español y sus relaciones europeas, siendo sus voluminosos tomos de lectura recomendada en las clases de la UCA, con visión adelantada para lo que era el régimen franquista en la que desarrolló su carrera, había impulsado la publicación de los *Cuadernos bibliográficos de la guerra de España*, que aparecieron por varios años a partir de 1966 y se sucedieron de unos *Anejos* -algunos de cuyos ejemplares me obsequió Palacio Atard-, aportando el trabajo de centros de investigación españoles, en un tema que ya era un *boom* por la producción de los protagonistas -muchos exiliados- y por el interés de historiadores europeos y norteamericanos. Llegado el momento de la presentación de la tesis doctoral en 1988 -tras completar la investigación en Buenos Aires y escribirla en total soledad en Rosario-, con una protección que sentí paternal me acompañó a hacer trámites burocráticos en la secretaría de la Facultad y me aconsejó como proceder ante los evaluadores designados -¡todos hombres!. Recién comenzada la exposición de los argumentos de la investigación y en guardia para defenderme de las críticas y las valoraciones de los cinco miembros del tribunal doctoral, con retraso don Vicente entró raudo al salón y tocándome el hombro, me tranquilizó diciéndome: ya llegué. Mi público eran algunos pocos interesados por el tema -que “en capilla” me advirtieron que allí se juzgaba tanto como la tesis, amistades y enemistades universitarias de aquellos varones que me excedían- y sólo tres amigas -una de ellas mi prima y otra Alicia González Valverde, gallega asentada en Madrid y dueña de una buena biblioteca que me entretuvo los largos días de los tres meses en que aguarde alojada en su casa que se sustentara la defensa de la tesis, ya sin ninguna ayuda ni subvención. Obtuve la máxima calificación, para una tesis que a contrario sensu de lo que era usual en las universidades españolas, era breve: me defendió con ahínco uno de los

catedráticos aduciendo que se trataba de una “tesis anglosajona”. En esos años de ires y venires, postulé a una beca CONICET, pero ni el tema de las relaciones Franco-Perón, ni mi formación, ni mi sede de trabajo, tal vez mi poca habilidad para argumentar la presentación, lograron convencer en 1987 a las comisiones que decidían.

De aquella primera experiencia española, quedaron pocos rastros que pudieran permitirme una continuidad en proyectos o grupos de investigación. Apenas el conocimiento y la difícil frecuentación -en épocas proto-internet- con algunos colegas que en distintas partes del mundo cultivaban temas cercanos, y que estando en la Argentina en plan de visitas académicas -casi siempre en Buenos Aires- generaban encuentros, para conversar, para intercambiar textos novedosos, para interesarme en congresos internacionales, para colaborar en alguna revista. Por casi un lustro, solo pude publicar unos pocos artículos, trabajaba como profesora de Historia en el Colegio Español y en la UCA donde ocupe algunos cargos de gestión, pero súbitamente enfermé, derivando el mal en una meningitis. En el proceso de recuperación, el 25 de septiembre de 1992 recibí la noticia que una nueva postulación a CONICET había sido aceptada, para ingresar no ya como becaria, sino con categoría de investigadora asistente, lo que aseguraba una continuidad. El cambio táctico se volvería en una magnífica oportunidad para expandir mis intereses de investigación: atrás había quedado la aparente impostura de estudiar las relaciones entre el peronismo y el franquismo -algunos historiadores locales adivinaban inconvenientes adhesiones con el objeto de estudio, otros recelaban de la falta de distancia temporal y por ende, de su esterilidad para hacer su historia. Pero yo había intuido y aprendido otra cosa en España: estudiar el franquismo no era sinónimo de ser de derechas ni menos admiradora de autoritarismos o dictaduras. Había propuesto investigar el Cono Sur,

donde muchas de esas categorías -bajo diferentes denominaciones, más autóctonas-campeaban para buena parte del siglo XX.

Me resulta hasta gracioso pensar que tanto del concurso para ingresar al Colegio Español de Rosario, que tenía doble titulación, como de la convocatoria de CONICET me enteré leyendo el diario -al igual que de una beca bastante generosa de la Fundación Carolina de España que disfruté entre 2004 y 2005 en Madrid. Siempre hay personas tras esas decisiones que pueden haber incidido, pero en realidad, no pertenecía ni a un equipo de trabajo sistemático ni a una institución que hubiese pugnado por mí colocación. La arraigada costumbre adquirida en la niñez de seguir el día a día, me había jugado a favor.

2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

En tiempos que era un lugar común decir que un libro necesitaba cinco años para calibrar su trascendencia, Corregidor de Manuel Pampín -al que llegué por intercesión de Enrique Pavón Pereyra a quién había conocido para entrevistarlo y me permitió vivenciar el clima colectivo de ensoñación mesiánica y de culto que envolvió la creación de la figura de Perón como líder y luego como mito en los años del exilio y de su regreso, pero actuante al fin- accedió a publicar mi tesis doctoral que llevó por título *El Protocolo Perón-Franco. Relaciones hispano-argentinas, 1942-1952*. La editorial gozaba de una difusión internacional que proveyó de una aceptable circulación al texto escrito, sobre todo en el exterior.

Ello coincidió tanto con la lenta recuperación de mi salud, como con mis primeros pasos dentro del CONICET, constreñidos en varias dimensiones, de entre ellas, una

no menor fue la mengua de las actividades de docencia universitaria en Historia en la UCA: por fuerza el vínculo se fue haciendo más débil con la generación formadora, aun cuando un pequeño grupo de los más jóvenes persistiéramos con esfuerzo en mantenernos cercanos y preservar el espacio académico, continuando con sus publicaciones y actividades. En esos años bisagra, tal como había sucedido con los profesores de doctorado españoles, el profesor Zuleta Álvarez ayudó a profundizar en diversos aspectos de mi construcción intelectual. Considerado lo que entonces se denominaba como un hispanista -con sus connotaciones ideológicas y políticas-, autor de los dos tomos de *El nacionalismo argentino*, un verdadero clásico con el que discutir de la historiografía nacional, los más de cinco años que fue mi director de investigación transcurrieron salvando el largo trayecto de más de mil kilómetros que separan las ciudades donde cada uno residía: Mendoza y Rosario; en tanto, cartas y llamadas telefónicas, me transmitían sus consejos, las pistas a seguir, las recomendaciones de bibliografía, los testimonios a recoger. No fui su alumna, no asistí a sus cursos, ni pertenecía a sus grupos de trabajo, pero también atesoro aquellas visitas que le realizaba, obligadas para conseguir la correspondiente “firma” anual que garantizaba mis labores, así como lo que iba publicando y avanzando, como instantes provechosos para confirmar o cuestionar mis tanteos en la línea de investigación que ahora se expandía por la realidad latinoamericana de los años '30, '40, '50. En los mendocinos tiempos de sol y vendimia, en los que era menester completar el trámite, concurrí a departir a su casa, no a un ámbito universitario, ya por su situación de retirado, ya porque no era época de clases. Así me asomé a sus hábitos de trabajo: libros por doquier en cada rincón del hogar y el refugio que constituía su despacho, un entresuelo al que se accedía por una estrecha escalera, poblada

por estanterías cual biblioteca pública. Al correr de las charlas, se internaba por sus pasillos en búsqueda de algún libro, algún folleto que regalarme. Fue todo familiar y cariñoso: si mi hija niña, que en ocasiones me acompañó, se asustaba de las intensas voces que don Enrique profería -le aclaré que eran fruto de su entusiasmo por lo que charlábamos y no de un disgusto por la tarea que llevaba para su consideración-, alguna vez, su esposa Emilia Puceiro, miembro de la Academia Nacional de Letras y catedrática por décadas de Literatura Española en la Universidad Nacional de Cuyo, me invitaba a compartir el almuerzo, con alguno de sus hijos que estuviera en la casa: era sólo añadir un bife más. Las charlas, aunque breves, eran también muy agradables. El matrimonio se mudó a Buenos Aires y el último encuentro para darle cuenta de mis avances, fueron ya en algún bar del porteño barrio de Balvanera. Volcada a investigar la historia del Cono Sur durante los años de la Segunda Guerra Mundial, implicó ello el comienzo de los viajes a los países vecinos, casi siempre en austeras condiciones financieras pero de descubrimiento intelectual: Zuleta era práctico, si me advertía de los peligros de apunarse en La Paz con anécdotas de colegas que habían colapsado en la altura, también repasaba conmigo listado de autores a los que había que consultar. Lo reencontré casi veinte años después, en la Academia Nacional de la Historia, más allá de alguna nota intercambiada, una casual coincidencia en los salones de la librería Corregidor o ambos participando de unas jornadas en la UCA de Puerto Madero. En cada ocasión fue para espetarme un sonoro consejo o precaverme de intereses, ya fingidos, ya particulares, ya políticos que suelen portar las agrupaciones en el mundillo intelectual: no se detenía en chismes o diatribas, apenas me prevenía de no dejarme seducir por “cantos de sirena”. Conociendo sus obras, valorándolas como unas de varias explicaciones plausibles de

los fenómenos que a mí me interesaban, tanto a Palacio Atard como a Zuleta Álvarez había llegado casi por casualidad, por mi parte como alternativa posible, para ellos como una desconocida aprendiz de historiadora en la que vieron alguna posibilidad de prosperar en el oficio, más allá de instituciones y círculos de pertenencia.

Con este peculiar bagaje, una vinculación novedosa y fructífera, que terminó por plasmar la conexión de mis trabajos con circuitos nacionales e internacionales más amplios, se produjo poco después de ingresar al CO-NICET. En septiembre de 1993 me atrajo la convocatoria a unas jornadas que lanzó el Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba y su Programa de Historia de las Relaciones Interamericanas que lideraba Edmundo Heredia, de entre cuyo plantel de investigadores noveles destacaba Delia Otero. Si conocía de primera mano tanto la producción del historiador cordobés, dedicado a estudiar la presencia y las relaciones internacionales de la Argentina en los siglos XIX y XX en base a la consulta de archivos diplomáticos, el trabajo metódico de aquel grupo comenzaba a alumbrar orientaciones novedosas sobre la historia latinoamericana, que no eran sólo propias de perspectivas políticas, económicas o estratégicas, sino que repercutían en la vida social y cultural de los pueblos. Sus publicaciones constituían serios trabajos sobre las comunicaciones como vehículos de contacto entre naciones y regiones americanas, la gravitación de los grupos étnicos, las imágenes espaciales y los escenarios regionales de la historia, asuntos a los que las obras generales pocas referencias hacían pero eran elementos para considerar por los Estados a fin de determinar su inserción en el sistema internacional. De aquel encuentro participó el economista e historiador Mario Rapoport, así como algunos de sus colaboradores y discípulos. No olvidaba el impacto y la admiración que

me había producido aún como alumna de los últimos años de mi carrera, la aparición de su obra *Gran Bretaña, Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas: 1940-1945* (1981), compuesto con documentación original británica y estadounidense, seguida en 1988 de la edición en EUDEBA de *¿Aliados o neutrales? La Argentina frente a la Segunda Guerra Mundial*, donde incorporaba ingentes fuentes diplomáticas argentinas. A aquellas obras modélicas en cuanto al uso de fuentes, se sumaba la polémica científica que Rapoport venía manteniendo con Carlos Escudé, quien a su vez había publicado otro texto de gran originalidad *Gran Bretaña, Estados Unidos y la declinación argentina. 1942-1949* (1981). Si bien connotados historiadores habían abordado el pasado internacional argentino -algunos incluso después de mediados del siglo XX, ya ligando aportes históricos y teóricos, como Roberto Etchepareborda, Juan Carlos Puig, Alberto Conil Paz, Gustavo Ferrari-, en líneas generales había existido una preeminencia de los estudios sobre límites, aquellos que ayudaban a definir soberanías y fronteras, a cincelar una identidad nacional propia y diferenciada, a reconocer argumentos de defensas y claudicaciones de lo que se consideraba la heredad propia, ya fuera con un cariz geopolítico, de derecho internacional o de pulidas reconstrucciones de negociaciones de ministerios y funcionarios diplomáticos. Cuando ya se había manifestado una apertura atrayente liderada por la historia económica que buscaba reconstruir los nexos con el mundo y la región, un giro que requería mayores y más complejas respuestas, se encontró en la historia de las relaciones internacionales que se podía hacer localmente, un cauce para dar sentido a muchas reconstrucciones históricas. Coincidiendo con investigadores sudamericanos que con sus obras y teorizaciones venían asentado el campo disciplinar, fuera en sus vinculaciones con la Comisión de Historia de las Relaciones Internacionales del Comité Internacional de Ciencias Históricas o con instituciones del exterior que abrevaban de

diferentes tradiciones intelectuales, por años me sumé a la conformación de una Asociación Argentina de Historia de las Relaciones Internacionales (AAHRI), que la intuición de un espacio de coincidencias en las diferencias -de orientaciones, de trayectorias, de disciplinas, de instituciones- que se produjo en Córdoba, llevó a constituir. Hasta hoy la recomendación en torno a la más reciente producción de los historiadores de lo internacional en Francia o en Italia -tercera, cuarta generación de sucesores de Renouvin, como Brunello Viggezi o Robert Frank-, al igual que autores de Gran Bretaña y Alemania, forman parte de los intercambios, argumentan proyectos y publicaciones propias y de conjunto del grupo.

En aquellos cenáculos de la AAHRI -que en poco tiempo supieron convertirse en multitudinarias reuniones donde fue más difícil la interacción- se escuchaban muy variadas voces y perspectivas de investigadores de distintas edades, provenientes sobre todo de Argentina, Brasil y Chile. De Uruguay recobro hasta hoy la congenialidad con Ana María Rodríguez Aycaguer, inefable amiga con la cual las tertulias montevideanas nos saben siempre a poco, aunque los encuentros en congresos nos hayan regalado un inolvidable viaje a Postdam donde conferenciaron en 1945 Stalin, Truman y Churchill, organizando un mundo cuyas consecuencias llegaron hasta el Río de la Plata. Como todo organismo vivo, aquella AAHRI ha sido un terreno de discusiones de ideas, constituyendo más una suma de voluntades interesadas por escuchar y ser escuchadas, que un colectivo orgánico, munido de una determinación legalista por institucionalizarlo. Colaboré en su continuidad, en la organización de sus jornadas y encuentros -que por veinte años hizo coincidir con regularidad un abanico disciplinar bien diverso de investigadores de lo internacional-, frecuentación que fue en sí misma una oportunidad de crecimiento profesional. Corazón de aquella aventura

intelectual, con sede en la capital argentina en la que casi todo se decide, las oficinas de Mario Rapoport en el segundo piso de la Facultad de Ciencias Económicas constituían un inquieto centro de actividad, donde se recibían las visitas de prestigiosos académicos del exterior, de becarios, de doctorandos, donde llegaban publicaciones de todas partes del mundo y se organizaban de forma permanente reuniones, cursos y actos. En lo personal, siempre conservé el gusto por volver a abreviar de aquella plural e intensa cantera donde cada uno era una personalidad profesional e intelectual atrayente. Entonces y ahora, bajo diferentes formas, he seguido disfrutando de ese dinamismo académico, aunque también compartiendo su labilidad -con sus altas y bajas- frente a embates disciplinares, institucionales y políticos. He pensado en muchas ocasiones y a raíz de estas frecuentaciones, que mi preparación había sido incompleta, que quizás debí haber cursado también Relaciones Internacionales, Ciencia Política, hasta Economía. A todas luces una utopía, tanto por mi capacidad intelectual como visual, que se vio mermada por un súbito ataque de glaucoma en 2002, que deterioró mi ojo derecho -¿contundente advertencia?. En la última larga década, colegas de la Unidad Ejecutora del CONICET en donde desempeñamos nuestra tarea, a través de la óptica de distintas disciplinas sociales y humanísticas, me ayudan a suplir falencias o a actualizarme. Los compañeros de ruta intelectual enseñan mucho y en ese corto o largo andar juntos, uno puede reflexionar más en términos de travesías que de puertos de arribo; como escribía el poeta griego Konstantino Kavafis, “Itaca te regaló un hermoso viaje. Sin ella el camino no hubieras emprendido”.

3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

Aunque haya algunos que renieguen del tipo de historiador super especializado que ha generado el CONICET en las últimas tres o cuatro décadas, usualmente agrupados en endogámicas “tribus y territorios académicos” en palabras de Tony Becher, la profesionalización ha definido modos similares y estandarizados de trabajar. En ese contexto crecientemente se fue valorando el trabajo en conjunto, la pertenencia a grupos y la investigación a través de la ejecución de proyectos colaborativos; por períodos, ello condujo a fomentar la interdisciplina o a la transdisciplina -que sabemos, no es lo mismo-, aptitud que entra en fases de retroceso ante embestidas de oleadas disciplinares. Sitúo entonces a principios de los años 1990 la adquisición de costumbres de trabajo científico “constante y sostenido”, aprendido a fuerza de presentación de informes y de postulaciones periódicas, de sus evaluaciones, de concurrencia a reuniones científicas, que, ritualizadas, se suelen adornar con mucho de representación y figuración. Igual parece ser la mejor forma -no se si la realidad virtual- de tomar contacto entre profesionales, si dejamos de lado otro interés por engrosar curriculums. En ese sentido, mi ámbito predilecto de congresos, jornadas e intercambios que se hicieron actividad obligada comenzó siendo el de la AAHRI, donde si bien los historiadores “puros” éramos minoría, se generaba una sinergia creativa entre quienes eran receptivos. Recuerdo la paciencia ejercitada, frente a las agotadoras sesiones donde casi únicamente se hablaba de globalización o de integración regional, aunque las argumentaciones terminaran por permear el entendimiento. Cual onda expansiva, fue allí donde conocí y valoré colegas que luego habrían de volverse muy cercanos. Tal vez el vínculo más estrecho es el que se gestó con especialistas chilenos de historia de las relaciones internacionales, en particular con Joaquín Fernandois, a quién admiro como maestro y ejemplo de

investigador. Las exigencias de la obligada rectificación temática realizada me había determinado ya a combinar vacaciones con estancias en Santiago durante el mes de enero -que en Chile es de tranquila actividad y no de suspensión total como en la Argentina- para poder introducirme en sus bibliotecas, librerías e indagar la situación de sus archivos. Pero la periódica frecuentación se fraguó cuando a raíz de la aprehensión del general Augusto Pinochet en Londres por orden de la justicia española para ser juzgado por los delitos de genocidio, desaparición de personas, torturas y terrorismo internacional perpetrados durante su dictadura, Joaquín organizó en 1999 unas jornadas para analizar “en caliente” aquel acontecimiento, tan cargado de historia reciente, pero de repercusiones globales. Una joven investigadora, María José Henríquez Uzal, que tenía la no fácil tarea de organizar los concurridos foros, ya de historiadores, ya de políticos, funcionarios y juristas -tareas que tantas veces incluyen recibir, atender y conversar con los extranjeros- fue el nexo con un núcleo de profesores españoles, la mayoría de la Universidad Autónoma de Madrid. Impensadamente, recuperaba la frecuentación con aquella academia. Eran especialistas en siglo XX, muchos pertenecían al comité español de Historia de las Relaciones Internacionales y hacían la historia que, entre aparcamientos y tropiezos, yo prefería transitar. De aquella coincidencia, sucedida de triangulación de viajes entre la Argentina, Chile y España surgieron trabajos en común. Uno importante fue un prolongado proyecto sobre la historia del tiempo presente, otra perspectiva con impronta francesa. Si el Departamento de Historia Contemporánea de la Autónoma propulsó la iniciativa, el Instituto de Estudios Internacionales -donde María José era profesora- de la Universidad de Chile fungió de sede. Después de todo, en 1966 el famoso historiador y filósofo de la historia Arnold Toynbee, por años profesor

de Asuntos Internacionales en Londres, dio una conferencia allí con motivo de su creación, sobre la factibilidad de estudiar la historia más contemporánea. En el decurso de las conversaciones entre los que participábamos, pudimos advertir la multiplicidad de sentidos -e incluso el no sentido para historiografías anglosajonas de la categoría, que nos arrimó la advertencia de un colega de América del Norte que intervino inicialmente del proyecto. En su teorización y en su ejecución empírica mi derrotero se abrió al menos a dos territorios nuevos y desafiantes. Uno el que desarrollaba en el Instituto Superior del Magisterio de Rosario que pertenecía al Ministerio de Educación de Santa Fe, adonde había ingresado para impartir clases de perfeccionamiento a docentes, aunque bien pronto fui transferida al área de investigación bajo la jefatura de Josefa García de Ceretto, epistemóloga tan generosa con sus saberes, como paciente para transmitirlos que me introdujo en el estudio del pensamiento complejo y la obra de Edgar Morin -pensador que también había influido en el parisino *L'Institut d'histoire du temps présent* y que algunos españoles como Josefina Cuesta, de la universidad de Salamanca, habían difundido en sus publicaciones. Otra línea era la que me sentía capaz de emprender en ese campo de historia cercana que demandaba el emprendimiento de la Autónoma: la de inscribir el exilio de Perón en la España de Franco, sin soslayar el universo de conexiones y reacciones que suscitó en la política argentina. Temática que hoy goza de enorme atracción científica, los exilios apenas apuntaban a despegar entonces como objeto de estudio. Un libro publicado en Barcelona que un amigo vio en los anaqueles de la Biblioteca Roberts en Toronto me puso sobre la pista de la producción pionera de Silvina Jensen, para comenzar un recorrido que desde la distancia que media entre Bahía Blanca y Rosario, siempre ha encontrado ocasiones para el intercambio y trabajo colaborativo.

Huelga decir que todos aquellos compañeros de ruta intelectual forman parte de mi constelación mental, y aunque a algunos no los he vuelto a ver en años, muchos permanecen cotidianamente en mi cercanía. Al plantel de referentes, sumé desde 2012 a Adela M. Salas, junto a quién encaré la ardua tarea de dar continuidad a un programa universitario de larga tradición en los estudios históricos argentinos, el Doctorado de Historia de la Universidad del Salvador, que contó con figuras de la talla de José María Mariluz Urquijo, Daisy Ripodaz Ardanaz o Abelardo Levaggi, entre otros. Si el empeño duró exitosamente un lustro -tiempo que por otra parte, es hasta biológicamente un lapso que puede entenderse como una unidad relativamente estable en las personas y por extensión, en las instituciones- heredé su amistad, probada en más de un “choque de titanes” durante la gestión -para el que cree en ello, siendo arianas las dos. Las palabras de quién como Adela ha sido y es profesora universitaria, incansable lectora, entusiasta *habitué* del Archivo de Indias en Sevilla y reconocida autora de textos del período hispano-criollo, aportan “sensatez y sentimientos” a mis propios razonamientos.

Así, la actividad se ha venido realizando en la convergencia de todas estas influencias, que en círculos concéntricos, o a modo de bucle recursivo, me ayudan a encarar proyectos históricos que como “modos de pensar [...] permitirían concebir que una misma cosa pueda ser causada y causante, ayudada y ayudante, mediata e inmediata”.

Gran parte de la actividad de un investigador es de necesaria introspección y de aislamiento, pero a la vez de necesaria interacción no sólo con colegas cercanos, sino con seres de inteligencia, ya en conocimiento, ya en experiencia, ya en prácticas, ya en imaginación. Idealmente también una mirada joven, de algún alumno, de algún ayudante, de algún becario, de mi ahora adulta y perspicaz hija, sin prejuicios

en torno a temas, a autores, puede hacernos reflexionar más de lo que la burbuja que a veces vamos creado en torno a nuestras propias creaciones intelectuales nos deja ver. Escuchar personas que tienen ideas distintas de las nuestras, puede fastidiarnos o desanimarnos, pero es vital detectar sus aciertos, sus puntos de vista, las claves de sus pensamientos, en ocasiones contrapuestos a los nuestros. En la práctica esto puede suceder o no, en los encuentros armados específicamente para tratar una línea de investigación o exponer un trabajo; o en los grandes eventos académicos en los cuales se coincide en forma personal con autoridades en la materia que tenemos entre manos, capaces de inspirarnos, incluso aún sin que ellos mismos lo sepan. Pero al escribir o preparar una presentación, al retirarnos por el lapso que requiera rematar una tarea exigente o crear momentos para desaparecer algo del pulso cotidiano de las obligaciones, el diálogo personal con los colegas con los cuales creamos una corriente de confianza -ya sea efímera, al calor de un proyecto emprendido juntos que tiene fecha de conclusión, del estímulo por lograr un propósito que nos beneficie como grupo o cuando la amistad abraza, y sobrepasa inquietudes específicas- es sustancial. Ello es más fácil cuando prevalece la seguridad en la buena fe mutua del actuar, la percepción de que no existe una rivalidad que opaque la confraternidad profesional. Las cuestiones más delicadas así lo piden, aunque no sea fácil de lograr porque acucian los plazos para todo, porque los pares -sea más alta o de menor antigüedad su posición- requieren a su vez del mismo consejo para sus propios trabajos y no siempre coinciden urgencias con disponibilidades. Saber que se cuenta con acogida y comprensión capitaliza una disposición positiva que se da en ocasiones. Hoy día las evaluaciones de revistas científicas -siempre y cuando asuman con responsabilidad y respeto la ímproba tarea de leer, analizar, valorar críticamente e incluso sugerir alternativas y ampliaciones, al trabajo de un colega investigador- pueden ser un paliativo a la más perfecta situación de

contar con una opinión libre y desinteresada. Ninguna de estas circunstancias prima, sino que confluyen, pero hoy día raro es que, por mi parte, presente un producto sin consultarlo con algún amigo o amiga, que son a la vez colegas de distintas instituciones y perfiles, a los que aprecio por su sinceridad y a veces también, por su capacidad de insuflar alguna certeza, aun reconociendo que ciertos grados de incertidumbre suelen hacerlo a uno algo menos fatuo. Críticas que alguna vez rechacé con algo de fastidio, se vuelven con el tiempo acertadas advertencias u oportunidades de desarrollar mejor algunos temas. Difícilmente esquiven el pedido -a veces ruego-, pero el círculo que no es formal ni siempre de la misma cantidad de miembros, queda a la recíproca para apoyarse, sabiendo que incluso estará dispuesto a consultar a terceros para resolver un dilema o dudas que apremian al otro cercano. Compartir con ese pequeño equipo los tropiezos y aciertos, anima a seguir. Nos sabemos humanos, y por tanto falibles.

En la labor cotidiana, que es profesión, que es pasión, que es vocación, leer a otros autores resulta crucial; pareciera una obviedad decirlo. Parto de la base que la labor científica es una construcción colectiva, que está en deuda con lo producido y con las personas que lo gestaron, con sus limitaciones, con sus avances -que son también partes de nuestras similares búsquedas. Uno mismo lidia -o por lo menos, me sucede-, con la propensión a la dispersión, a que suele conducir la detenida consideración de los aportes de un libro o una investigación ajena que nos resulte sugerente -con su capacidad de suscitar derivas impensadas o condicionar explicaciones propias con ideas ajenas-, pero se bascula entre el “síndrome de Fausto” o el querer saber todo -incluso con síntomas patológicos- y la advertencia de la doctrina católica de estar pecando contra el Espíritu Santo, Único que todo lo sabe. Suelo tener presente esta advertencia última, que me hiciera un viejo que

afectuosamente se me acercó a alentarme después de una clase sobre la Argentina y su inserción en el mundo, dictada en un curso de extensión cultural para adultos mayores organizado por la UCA en Rosario, advirtiéndome mi evidente agobio por querer explicar y ser entendida. Sin tantos circunloquios Morín lo explica y hasta valora ese cierto desorden: “hasta ahora mi curiosidad se ha mantenido despierta; el inconveniente ha sido la dispersión, pero esa curiosidad me ha vuelto capaz de adquirir las ideas y los conocimientos que convenían a mi necesidad de centro”.

4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?

La enorme cantidad de conocimiento acumulado hace que algunos investigadores en historia de las relaciones internacionales -que habilita a tantas conexiones, en tan diferentes niveles- hayan optado por desechar a priori, excepto para un necesario contexto, la consulta bibliográfica y se lanzan directamente a los documentos y testimonios originales en la posibilidad que esa inmersión en las fuentes los despoje del condicionante de versiones que se repiten sin mayor examen de obra en obra, encontrándose muchas veces con que los hechos se han ido deformando, han fijado como canónica una interpretación que en sus orígenes no tenía un sustento sólido, que eran fruto de errores o endebles probanzas o simplemente, porque se trata de representaciones que han ido envejeciendo. Una reseña de Francisco Sevillano Calero publicada en la española *Revista de Libros. Segunda Época*, sobre la obra *La otra cara del Caudillo. Mitos y realidades en la biografía de Franco* (2015), del destacado historiador de lo internacional Ángel Viñas -es que la guerra civil española, Franco y el franquismo no

se entienden bien sin la consideración de la dimensión internacional-, destacaba su “afán de perseguir el indicio documental” y “su procedimiento positivista, a partir de la observación y la inferencia”. Viñas mismo declara que su propósito es discutir mucho de lo conocido, a través del análisis crítico de “nueva evidencia primaria relevante de época” y del trabajo de archivos, remarcando que su método de trabajo a contrario de lo que “está de moda”, no se trata de “representaciones” sino de “comportamientos documentables”. Siendo ello en parte objetable -“sólo la interpretación conceptual y teórica puede conducir por caminos más fructíferos”, replica Sevillano Calero-, la perspectiva de Viñas contiene su punto de acierto. En lo internacional, donde late lo humano en sus conflictos más enconados, donde las identidades nacionales se conforman a través de la diferenciación con el vecino, donde campean “razones de estado”, donde lo colectivo necesita movilización en forma de relatos y consignas que surgen de lo histórico, donde las fuerzas económicas o ideológicas que atraviesan naciones y regiones juegan su juego, no ha resultado infrecuente que se inventen documentos, se aleguen testimonios inexistentes, se soslayan cuerpos enteros de fuentes y se fuercen argumentos. Zuleta Álvarez me animaba a manejarme como guerrillera de la historia: arrasando con todo lo disponible y alcanzable de registrar. Tantas veces me he arrepentido de retirarme por sucumbir al fastidio, la falta de tiempo o de medios técnicos, cuando me he encontrado en un archivo o una biblioteca. Con todo, creo más vale ejecutar un equilibrio entre tiempos y formas de registrar y de recrear el conocimiento histórico de lo internacional. No siempre lo alcanzamos, pero al final, “hacemos lo que los antiguos romanos”. En un pícaro comentario que nos hizo el padre Tonda en sus clases, no recuerdo si de Filosofía de la Historia o Historia Eclesiástica Argentina, preguntado por algún despabilado que se animó “¿y qué hacían?”, y el cura respondió: “lo que podían”.

El futuro trae inquietantes presagios. En un artículo que tuve en suerte firmar junto con Eduardo Míguez, en razón de nuestra común pertenencia a la Academia Nacional de la Historia de Argentina, para el libro *Las Academias se asoman al futuro* (2017) di en señalar en el apartado que me correspondía escribir: “las tecnologías digitales están introduciendo modificaciones en la forma de acceder a la información y, por tanto, de investigar y de escribir historia, acelerando operaciones y tareas que la disciplina y sus oficiantes realizan para establecer los hechos. Se trata de un cambio cultural global *digital turn*, considerado como un hito de la erudición moderna- en donde lo digital no es solo una herramienta sino la base de esta transformación, que altera el funcionamiento y la organización de instituciones y de conductas profesionales, tanto superponiendo tradiciones y avances como generando la coexistencia de diferentes lógicas de trabajo y de distintos tiempos de ejecución”. Si es en sí mismo un reto, sintetiza en gran medida el análisis prospectivo hacia el futuro próximo que forma parte de las habilidades que los historiadores estamos ya manejando para acceder a la información. Gestionar esos datos, diferenciar su valía, enfrentarse con su desorden e inconsistencia, requieren habilidades no menores; a la par, la mayor disponibilidad de herramientas tecnológicas promueve nuevas competencias críticas en el proceso investigador del cual es muy difícil -y hasta inconducente- abstraerse. La generalización de la “navegación” por la web permiten el rastreo de un caudal asombroso de datos y testimonios, ya sean documentos impresos, colecciones completas de periódicos como también registros orales y audiovisuales. Como con acierto me comentara el también académico Guillermo Banzatto, en la tertulia posterior a la sesión privada donde compartimos aquel trabajo, a ello se añade la multiplicación de revistas de Acceso Abierto donde se publican los resultados de las investigaciones. Aún nada

exime de volver al ABC de la metodología histórica, que es lo verídico y qué lo auténtico, y además, cuanto y qué se preserva, que países tienen la capacidad y la voluntad de conservar su acervo histórico.

5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?

Reflexionábamos con María José Henríquez en un reciente artículo que publicamos que es posible advertir una suerte de tránsito entre la tradicional historia de las relaciones internacionales donde confluyen el estudio del Estado, la Sociedad y el Sistema Mundial, a otras formas múltiples de hacer historia de lo internacional, trayendo como resultado la multiplicación de niveles de análisis y de conceptualizaciones. Estimamos que esta realidad historiográfica se vincula con la problematización del Estado como actor y motor de iniciativas, con el desgaste de nacionalismos epistemológicos -no sin resistencias- y con el contexto tanto del sujeto como del objeto de estudio.

No se trata de una mera disputa de denominaciones del campo de conocimiento—por ejemplo, Fernaldo así como otros autores prefieren el nombre de historia internacional, dentro del cual caben los conceptos de historia diplomática, de las políticas exteriores y de las relaciones internacionales—sino que parece ser un desafío epistemológico más profundo. De los estudios relacionales que vienen hablando desde principios de este siglo Werner y Zimmermann, con su historia cruzada, así como las perspectivas de la historia conectada, la historia global, las transferencias culturales y políticas, la circulación de ideas y agentes paradiplomáticos, se percibe un auge en la academia europea y especialmente en la norteamericana, donde autores como

Akira Iriye señalan que se está frente a una revolución en la historiografía occidental, que tiende a superar el marco de referencia nacional o regional para introducirse en el esquema que proponen las aproximaciones globales y los actores y temas transnacionales.

No obstante, mientras puede haber confusión, otros tienen más claro que se trata de fenómenos diversos, o que son observados bajo prismas distintos, e incluso que consisten en objetos de estudio que atraen desde ángulos variados. Otros militan por una diferenciación clara, como si se hubiera llegado al paraíso de un recorte disciplinario superador, y lo previo fuera, casi desechable. Quedan anticuados no solo los historiadores internacionalistas, ni qué decir los especialistas de la historia diplomática.

Siendo en sí misma una muestra de esas transferencias, en este caso científicas, adoptadas esas perspectivas con medido fervor en la Argentina, la víctima parece ser la historia de las relaciones internacionales: se produce una emigración de oficientes a esos terrenos, que envejecen y disminuyen, sin recambios generacionales y por tanto afectando la renovación de recursos humanos, mermando las ayudas a nuevos proyectos. Jóvenes investigadores han señalado la enorme dificultad, en contextos como el de nuestro país donde las recaídas en crisis financieras parecen ser cíclicas, de acometer una especialidad que requiere regulares viajes al exterior, desplazamientos de todo tipo, acceso a bibliografía en diferentes idiomas, traducciones de documentos. Exceptuando los clásicos como Renouvin o Duroselle, los actuales cultores de la escuela francesa de historia de las relaciones internacionales—así como autores alemanes o ingleses—dificilmente son traducidos al castellano para lograr una difusión más amplia en los estudios de grado universitario, aunque la mediación de la escuela española que desde los años '90 es algo más vigorosa, ha permitido cierta difusión por Sudamérica. Se corta así la circulación por los ámbitos de

formación investigativa, restringiéndose el interés por fomentar el estudio histórico de lo internacional, mirada poco transitada en particular en la Argentina. Una opción sería la encarada en la Universidad de Chile, que con el concurso del Instituto de Estudios Internacionales, instituyó una licenciatura



en Estudios Internacionales, que al decir de su página web: “incorporan significativamente el área humanística”, en la “comprensión de que las relaciones entre países y regiones no solo es función de cuestiones de índole política, comercial o jurídica, sino que su carácter interdisciplinar requiere de una fuerte base teórica y de conocimientos provenientes de las humanidades, de la filosofía, de la historia, de las lenguas, de los estudios culturales y regionales o de lo que hoy se denomina ética global”.

Aunque algunos batallan por deslindar espacios, advirtiendo la inexistencia de una globalidad total y simétrica para muchos procesos en la historia de la humanidad -sólo quizás vivenciada en este 2020 con una pandemia diseminada con la velocidad de los actuales medios de comunicación, las migraciones económicas y el nomadismo

turístico-, admito una coexistencia pacífica entre los historiadores internacionalistas, los transnacionalistas y los globales. Si por un lado no se pueden desconocer los naturales nexos e interacciones humanas, atravesando tiempos y espacios, tampoco la inscripción de lo internacional en la sociedad y en las personas. En

ese sentido, decía Fernandois: “en los debates historiográficos e intelectuales de nuestro tiempo parece flotar la idea de que el mundo de las relaciones internacionales pertenecería a esa superestructura, una especie de institución zángana y desde luego desechable. Debe ser nuestra tarea

como historiadores internacionales, mostrar que ellas tienen que ver con lo profundo de la sociedad humana y con nuestras vidas particulares”.

Para finalizar, como dijera un eminente historiador en descontracturada sobremesa de uno de aquellos ágapes de congresos: “antes de morir quisiera escribir un par de libros que tengo en mente”. Pues eso.

Discursos y representaciones en el prisma de la historia social

Daniel Lvovich¹

dlvovich@campus.ungs.edu.ar

<https://orcid.org/0000-0001-7469-3960>

1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?

Mi formación se dio en distintas etapas, lugares e instituciones, y abarco perspectivas y tradiciones intelectuales y disciplinas diversas. Ingresé a la carrera de grado en la Universidad Nacional del Litoral en 1984, en el primer año de la renacida democracia. La UNL – a diferencia de otras universidades – solo renovó de manera muy lenta el cuerpo de profesores que habían



¹ Profesor en Historia (UNL, 1988), Magister en Ciencias Sociales (FLACSO, Programa Buenos Aires, 1997), Doctor en Historia (UNLP, 2001). Se desempeña actualmente como Investigador Docente Asociado en la UNGS y como Investigador Principal de CONICET. Ha dictado cursos de posgrado en una decena de universidades de Argentina, Brasil, España y Francia. Sus investigaciones se han dedicado a diversos aspectos de la historia política y social del siglo XX. Entre otros libros es autor de *Nacionalismo y Antisemitismo en la Argentina* (2003), *El nacionalismo de derecha en la Argentina. Desde sus orígenes hasta Tacuara* (2006) y coautor de *La cambiante memoria de la dictadura militar desde 1984: Discursos públicos, movimientos sociales y legitimidad democrática* (2008).

ingresado en la dictadura, y hasta los que provenían de etapas anteriores, algunos de ellos muy buenos profesores, no se habían formado como investigadores. En esa época era ayudante de primera en Historia Moderna un jovencísimo Luciano Alonso, apenas un par de años mayor que sus estudiantes, quien nos introdujo en los debates de la Historia Social. Recuerdo que fue el quien me prestó el primer libro de Hobsbawm que leí, *Las Revoluciones Burguesas*. Si recuerdo bien, en la UNL solo participé como estudiante de un proyecto de investigación, que no tenía demasiado trabajo empírico,

dedicado a analizar el Capitalismo Monopólico de Estado, dirigido por Irma Antognazzi, que viajaba a Santa Fe desde Rosario. Una vez graduado me radiqué unos años en la Patagonia, y fue en la Universi-

dad Nacional del Comahue, donde tuve la suerte de obtener una beca de investigación, donde desarrollé una formación mucho más sistemática en Historia Social- a través de la propia práctica de investigación, la lectura de los textos más clásicos, la participación en debates en el marco del “Grupo de Estudios de Historia Social” (GEHISO) dirigido por Enrique Masés. En ese marco, resultó muy importante para mí la participación en las actividades que articulaban al GEHISO con grupos de otras Universidades, encuentros que me posibilitaron aprender de profesores muy influyentes que se convirtieron en amigos, como Ricardo

Falcón, Juan Suriano y Mirta Lobato. Con esa misma beca me incorporé a la cátedra de Teoría de la Historia de la UNCo que dirigía Gustavo Crisafulli – que resultó otro lugar importante para mi formación – y con un segundo tramo de la misma beca, ya en Buenos Aires, cursé la Maestría en Ciencias Sociales de FLACSO, ámbito que me permitió sistematizar las lecturas de teoría sociológica y orientar mi investigación hacia la problemática del nacionalismo. Valoré mucho las clases de Portantiero, Forte y Gruner en esa maestría, y recuerdo con mucho cariño a Santos Colabella, quien dirigió mi tesis de Maestría sobre Las teorías marxistas del nacionalismo. De manera simultánea, y por muchos años, me sumé a los sucesivos UBACYT que en la FFyL de la UBA dirigían Juan Suriano y Mirta Lobato, que resultó un espacio fundamental de aprendizaje, debate y crítica, y por donde pasaron una gran cantidad de colegas que desarrollaron más tarde aportes importantes a nuestra historiografía.

No creo que la formación termine nunca, pero por convención, terminaré el recorrido con mi doctorado, en la Universidad Nacional de La Plata, en la que reorienté mis investigaciones a una historia político – cultural del nacionalismo de derechas y el antisemitismo en Argentina. Mi director de tesis, Leonardo Senkman, me abrió las puertas a un análisis ponderado y contextualizado del antisemitismo. Los cursos que tomé con Silvia Sigal, Fernando Devoto, Tulio Halperín Donghi, Sandra McGee Deutsch, Bruno Groppo, Enzo Traverso, resultaron muy heterogéneos y valiosos y me permitieron acceder a nueva bibliografía y perspectivas amplias de análisis.

No creo haber tenido un maestro en particular que haya moldeado de manera decisiva en mi formación, pero reconozco las múltiples y heterogéneas influencias de las personas a las que cité, que me orientaron en cuanto a lecturas y estilos de lecturas, a

desarrollar un estilo del trabajo intelectual, y a formular y a aceptar críticas como condición ineludible de nuestra práctica.

2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

En general, intenté a lo largo de toda mi producción buscar dialogar con la historiografía nacional y, cuando resulto pertinente, con la internacional, considerando mis casos de estudio como abordajes de problemas más generales. Mis trabajos de la última década se orientaron al análisis de las actitudes sociales durante la última dictadura militar, con una mirada que se vincula menos con una tradición específica que con un modo de formular los problemas presente en muchos trabajos dedicados a analizar las bases sociales de las dictaduras europeas del siglo XX. De tal modo, me inspiro, encuentro categorías y conceptos, y busco dialogar con un arco heterogéneo de la producción de un arco amplio de historiadores, entre los que se encuentran Ian Kershaw, Tim Mason, Paul Corner, Luisa Passerini, Carme Molinero, Alf Ludtke, Philippe Burrin, Henri Rousso. Mantengo un diálogo habitual con colegas de Argentina y otros países preocupados por problemáticas similares, entre ellos Gabriela Aguila y Marina Franco de Argentina, Rodrigo Patto de Brasil, Verónica Valdivia de Chile, Aldo Marchesi de Uruguay, Ismael Saz y Carlos Fuertes de España.

3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

Como le ocurre a todos los historiadores, una buena parte de mi tarea es solitaria, en

particular el trabajo de archivo, la lectura de la bibliografía necesaria y las largas horas dedicadas a la escritura. Sin embargo, considero que el trabajo de historiador no se entiende por fuera de los contextos en que se desarrolla, en el cual surgen los consensos teóricos, los acuerdos conceptuales, los mecanismos de consagración y de cierre, la circulación de textos, y los estilos de lectura. Por fuera de esta constatación inescindible de la práctica historiadora, suelo discutir mis trabajos con otros colegas. Siempre doy a leer mis textos a algunos colegas y amigos, a los que elijo en función del tema que desarrollo en cada caso, y a la recíproca, suelo recibir textos en desarrollo para leer y criticar. Por otro lado, hace unos quince años que en el ámbito del área de historia de la UNGS los profesores, becarios y tesis de grado y posgrado nos reunimos con frecuencia mensual a discutir textos de miembros del grupo o de otros autores, generando una práctica habitual de desarrollo de la crítica, a la vez sin concesiones y constructiva y hasta fraternal. Considero ese ejercicio de la crítica como indispensable para la labor de creación intelectual.

4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?

Siguiendo a Marc Bloch, pienso que la investigación histórica se encuentra a mitad de camino entre las reglas propias de toda disciplina académica y un modo de construcción del conocimiento que conserva modos artesanales. A la vez, investigar sobre temáticas cuyas consecuencias más dolorosas aún permanecen abiertas obliga a un permanente y delicado equilibrio entre empatía con las víctimas y distanciamiento crítico, o dicho de otro modo, entre la politividad propia de la reconstrucción histórica

y los requerimientos de construcción de una narración intersubjetivamente controlada.

En mi tesis doctoral que, modificada, se convirtió en *Nacionalismo y Antisemitismo en la Argentina* analicé las ideas de un conjunto de intelectuales y publicistas de derecha, algunos miembros del mundo de la alta cultura y otros divulgadores muy menores; y en los trabajos sobre políticas sociales trabajé los argumentos contrapuestos de dirigentes empresarios, sindicalistas y académicos acerca de las características que debía asumir el seguro social en la Argentina. En los dos casos reconstruí los contextos de enunciación nacionales e internacionales, pero no creo haber practicado la historia de las ideas ni la historia intelectual, sino una historia política y social en el que el repertorio de ideas me interesó sobre todo por su carácter confrontativo y polémico. En mi trabajo actual me interesan más las representaciones culturales extendidas – por ejemplo, la imagen del gobierno de Isabel Perón, la difundida representación de Videla como un “general moderado” o las opiniones acerca de la violencia política – abordadas con las herramientas de la Historia Social, que las argumentaciones de los intelectuales.

Creo que los requerimientos básicos para investigar en estos campos son acceder al repertorio bibliográfico más amplio posible, construir una caja de herramientas teóricas y metodológicas que se adecue al objeto investigado – sin forzar categorías, ni provocar reduccionismos -, colocar el propio tema en el universo de los debates historiográficos nacionales o internacionales que lo atraviesan, buscar el balance entre la amplitud de miras que requiere la comprensión de los fenómenos sociales y la especialización que requiere investigar casos específicos y, sobre todo, estar atento y ser receptivo a la crítica.

5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?

Las políticas públicas de investigación científica sostenidas – con altibajos- desde el gobierno de Néstor Kirchner hasta nuestros días, han posibilitado que una gran cantidad de investigadorxs hayan logrado condiciones – como becarios, tesistas, miembros de la CIC de CONICET, profesores universitarios - para dedicarse sistemáticamente a la investigación, en un fenómeno sin precedentes en la historia académica argentina. Entre otras muchas consecuencias, ello posibilitó que en los últimos años se haya multiplicado la



En la foto el autor junto a; Luciano Alonso, Gabriela Aguila y Roberto Pittaluga

cantidad de investigadorxs en historia, y con ello, se acrecentó la cantidad de artículos, libros, tesis y ponencias de la disciplina, así como de revistas de historia y de jornadas y congresos de la especialidad, etc. Se trata

sin dudas de una situación muy auspiciosa, que ha permitido, por ejemplo, el desarrollo en general de interpretaciones más ricas y matizadas y el cuestionamiento a las miradas supuestamente “nacionales” pero en realidad centralistas a partir del desarrollo de pujantes historiografías regionales. La contrapartida de esta situación es una marcada fragmentación del campo, aun al interior de áreas de conocimiento compartidas, causado en parte por la hiper especialización y por la equiparación del requisito de publicar que promueven las instituciones de CyT con la lógica del *Publish or perish*, que ha implicado que la acelerada producción de papers no encuentre como contrapartida un volumen de lectores apropiado. De modo que la abundancia de publicaciones está lejos de implicar la existencia de prácticas habituales de debate y crítica, o de la generación de conocimientos que a la manera de un rompecabezas permitan construir un corpus compartido.

Si bien en cada subcampo de la historiografía existen debates relevantes para cada especialidad, las condiciones de fragmentación a las que me refiero inhiben la posibilidad de debates que involucren al conjunto de la disciplina y en las que muchos podrían participar, pensando en problemáticas fundamentales como las de las condiciones históricas para la sustentabilidad de la democracia en Argentina, la naturaleza y límites del Estado argentino, la violencia social y política en nuestra historia

o los modos en los que las identidades de clase, etnia y género se constituyeron y se transformaron en los dos últimos siglos.*

Lecturas y legados intelectuales: apuntes de un recorrido

Marisa Alejandra Muñoz¹
marisa.alejandr.m@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0002-9449-0754>

1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?

Lo más sustancioso de mi formación académica e intelectual lo realicé con Arturo Roig con quien aprendí a desarrollar una sensibilidad respecto de la lectura y los modos de entender la tarea filosófica.

Comencé la carrera de Filosofía en la Universidad Nacional de Cuyo en 1983 que coincide con el retorno a la democracia en nuestro país. Si bien el clima era más bien optimista, quienes ingresamos



¹ Profesora y Doctora en Filosofía por la Universidad Nacional de Cuyo. Docente universitaria Investigadora del Instituto de Filosofía Argentina y Americana (IFAA) y del Instituto de Ciencias del Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales (INCIHUSA-CONICET- Mendoza). Investigadora responsable del Grupo “Filosofía Práctica e Historia de las Ideas” del INCIHUSA. Directora de proyectos de investigación de la Universidad, y de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica. Ha sido Profesora invitada en Francia (FMSH y Paris 8) y realizado estancias de investigación en México (CIALC-UNAM) y en España (CSIC-Madrid y CEILAM-UL, Tenerife).

a la Facultad de Filosofía y Letras, habíamos vivido gran parte de nuestra adolescencia en los marcos de un gobierno de facto. Esta experiencia dejó sus marcas en nuestras generaciones. No fui ajena, en los años del proceso, a lo que estaba aconteciendo en la Argentina. El miedo y el terror fueron parte de esos años así como una profunda despolitización que abarcó muchas esferas de la vida en común: desde las formas de sociabilidad hasta las maneras de establecer los vínculos afectivos.

Mi interés por la lectura y la filosofía comienzan en los últimos años del colegio secundario pero sin saber mucho de la disciplina en sí. Diálogos que recuerdo con algunas personas y el azar de haberme encontrado con algunos libros son el pequeño equipaje con el que conté para animarme a hacer el pre-universitario. Si tuviera que dibujar el mapa con el que me encontré al cursar la carrera de filosofía a la vuelta de la democracia diría lo siguiente: algunos docentes,

aquellos que no fueron expulsados pero que a su modo ofrecieron algún tipo de resistencia moral y académica, generaron en algunos/as estudiantes un interés por los temas y modos de abordar el conocimiento filosófico. Me refiero especialmente a los profesores Luis Noussan-Letry y Ubaldo Mazzalomo. El primero muy meticuloso con la lectura de los clásicos de la filosofía moderna, cátedra en la que era profesor titular. También muy generoso en el trato con estudiantes: ofrecía consultas en su casa y ponía a nuestra disposición su biblioteca. Al poco tiempo se jubiló. El prof.

Mazzalomo dictaba las materias de Historia y Filosofía de la Ciencia. Logró armar, por un tiempo acotado, un equipo de cátedra que funcionaba como un pequeño grupo de investigación en la medida que excedía los contenidos curriculares de las asignaturas para adentrarse en temas vinculados a las discusiones de la epistemología contemporánea; el Wittgenstein del *Tractatus* y el de *Los cuadernos azul y marrón*; los presupuestos de la denominada pragmática del lenguaje, los temas de las nuevas generaciones de la Escuela de Frankfurt, entre los que más recuerdo. Si bien, cursar estas materias o anotarme en los cursos que dictaba Mazzalomo significó un aire fresco en medio del clima académico, no hubo propuestas de conformar un grupo de estudios más allá de su equipo de cátedra. Hubieron también algunos referentes en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo: Norma Fóscolo, Roberto Follari y Omar Gais. En sus seminarios conocí la obra de Michel Foucault, discusiones y concepciones de lo posmoderno, de la comunicación y de la epistemología más crítica. Fueron aportes relevantes de esos años de formación.

Arturo Roig regresa de su exilio mexicano-ecuatoriano a la Facultad de Filosofía y Letras. Retoma su cátedra de Historia de la filosofía antigua. Su lectura de Platón y los sofistas mediada por una teoría del lenguaje fue un verdadero acontecimiento. Al poco tiempo se jubila y asume como director del CRICYT, hoy CCT-CONICET. Desde este Centro de investigaciones organiza el “Seminario permanente de formación teórico-metodológica” en el que se sostuvieron discusiones y lecturas del pensamiento contemporáneo: giro lingüístico, semiótico, pragmático, es-



Foto de la autora con Arturo Roig

tructuralismo y posestructuralismo, más toda una agenda actualizada de discusiones que atravesaba las ciencias humanas y sociales. Esta actividad se llevó adelante por más de quince años. El Seminario también se convirtió así en un referente dentro de la filosofía latinoamericana y la historia de las ideas filosóficas en vistas a la ampliación teórico-metodológica que propició en estos campos de estudio. Mis primeros trabajos se inscribieron en este ámbito. En 1993 ingresé formalmente a la Unidad de Historiografía e Historia de las ideas perteneciente al Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales del CONICET, dirigida y fundada en 1986 por Arturo A. Roig. Comienzo a participar activamente en los Proyectos de Investigación y Desarrollo del CONICET sobre “categorías sociales”, “función utópica”, la cuestión de la “identidad” y de la “sujetividad”. Con él comencé a adentrarme en la teoría del texto, la semiótica, la simbólica latinoamericana, y toda una ampliación en el campo de los saberes y las prácticas. Comencé así mi formación académico-intelectual.

Mi tesis doctoral, dirigida por Arturo Roig, la realicé sobre Macedonio Fernández, pensador-escritor argentino. Me propuse contribuir a una historia crítica de las ideas filosóficas. En este sentido, leí a Ma-

cedonio como un punto de fuga a muchos lugares comunes tanto de la filosofía como de la literatura y, al mismo tiempo, como un ancla para pensar la filosofía argentina. En esta dirección puse en entredicho los modos de representación en la filosofía universitaria y busqué propiciar intersecciones

entre filosofía y literatura que rompieran con fronteras disciplinarias. También propuse reparar en algunos conceptos en la obra de Macedonio Fernández: “sujeto”, “yo”, “experiencia” y puse una especial atención a lo que denominé el “momento del amor” en su obra. Fue uno de los primeros trabajos en abordar sistemáticamente una lectura filosófica de Macedonio Fernández, además de reconstruir, con algunas claves novedosas, los vínculos de la filosofía argentina con la filosofía francesa. Los libros que resultaron de esos años de trabajo son: *Macedonio Fernández filósofo. El sujeto, la experiencia y el amor*. Fue publicado primero por la editorial L’Harmattan (Paris, 2012) y al año siguiente por Ediciones Corregidor con un apéndice de inéditos (Buenos Aires, 2013).

A partir de comienzos del nuevo siglo se movilizaron algunos proyectos con nuevas apuestas teórico-filosóficas. En uno de ellos, se trató de dar cuenta de la existencia de un pensamiento alternativo en la Argentina en distintos períodos del siglo XX y también se concretó el proyecto de elaborar un diccionario de términos alternativos. Hugo Biagini fue quien impulsó esta gran red de trabajo colaborativo, acompañado inicialmente por Arturo Roig. A su vez, se promovió en estos años una revisión y rescate del humanismo crítico en América Latina, proyecto que involucró varios países, grupos de trabajo, y que dio por resultado un número considerable de publicaciones. Por mi parte contribuí a una lectura de las vanguardias estéticas desde una perspectiva filosófica y me ocupé de las aristas alternativas del término “Amor”.

Fui becaria de la Universidad Nacional de Cuyo y del Fondo Nacional de las Artes. En el año 2010 ingresé como Investigadora del CONICET y desde el 2015 coordino el grupo redenominado como Filosofía Práctica e Historia de las ideas perteneciente al Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales (INCIHUSA).

2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

Los temas en los que trabajo se inscriben en la filosofía argentina en intersección con el pensamiento contemporáneo. En este marco hay tradiciones, legados, y formas de leer la textualidad filosófica que me han interesado y con los que me he vinculado de diversos modos.

He leído con especial interés a autores como Robert Darnton, Carlo Ginzburg, Giovanni Levi, Michel de Certeau. En este sentido, la historia cultural, el paradigma indiciario y la microhistoria me han sido útiles e inspiradoras para pensar en las formas de construcción de la memoria filosófica en relación a las diversas formas de representación del pasado. Del mismo modo me interesé especialmente por algunas figuras de la filosofía francesa: Charles Fourier, Jean Maria Guyau, Albert Fouillée, Theodule Ribot, Henri Bergson, en relación a la reconstrucción que hice de las lecturas de los intelectuales argentinos a fines del siglo XIX y a principios del siglo XX como Carlos Baires, José Ingenieros, Alejandro Korn, Macedonio Fernández. En los libros que he indicado pueden leerse algunas las tesis de interpretación que propuse tanto de la historiografía filosófica como de las elaboraciones teórico conceptuales en la cultura filosófica argentina de esas décadas. La productividad de la investigación me abrió a nuevos objetos de estudio siempre en el marco de la filosofía argentina y en la intersección con el pensamiento contemporáneo. El tema del amor, en su abordaje filosófico, fue ganando presencia en nuestras investigaciones así como los conceptos de sujeto, subjetividad, existencia, afectos y cuerpos. En 2013 aparece el libro de ensayos *Afecciones, cuerpos y escrituras. Políticas y poéticas de la subjetividad*, resultado del primer proyecto de investigación que dirigí y de la conformación

de un grupo de trabajo que se ha ido consolidando en el tiempo. Entendimos que esas categorías constituían un corpus significativo de las elaboraciones y representaciones del campo filosófico y cultural contemporáneo.

Un lugar relevante lo ocupan la historia de las ideas y la filosofía latinoamericana en la propuesta elaborada por Arturo Roig. El particular modo de leer la textualidad filosófica latinoamericana, el corpus conceptual que construyó con sucesivos reajustes a lo largo de los años y los hitos del proceso de ampliación teórico-metodológica que emprende a partir de la década del setenta, forman parte del legado intelectual sobre el que podemos volver para actualizar las propias preguntas y búsquedas en torno a un locus filosófico latinoamericano. En su obra encontré la elaboración de una crítica de las formas de la racionalidad que ha marcado una inflexión en los estudios latinoamericanos desde las últimas décadas del siglo XX hasta el presente. En este sentido, sus textos son un aporte a la construcción de una teoría y crítica del pensamiento latinoamericano. Por otro lado, entre la historia de las ideas y la historia intelectual se encuentran los trabajos de Oscar Terán. Su práctica historiográfica promovió nuevos modos de abordar cuestiones de orden filosófico en los cruces con la historia y la política en la cultura intelectual argentina. Su señero trabajo sobre José Ingenieros y la cultura científica argentina, las relecturas del marxismo, entre algunos de los temas y autores tratados por Terán son parte de las lecturas necesarias para quienes quieran adentrarse en la cultura filosófica argentina. Asimismo, uno de los grandes lectores y ensayistas de nuestra cultura nacional es Horacio González. Intelectual prolífico y creativo. Pondero y admiro su capacidad de advertir la filigrana en las que circulan tradiciones y legados en la cultura argentina.

También he prestado especial interés a la tradición ensayística en la Argentina y en

la filosofía contemporánea. Pienso que el ensayismo, en muchos casos, fue la opción que permitió reflexionar acerca de nudos teóricos, políticos, experimentales y prácticos de las humanidades y las ciencias sociales. Todas estas cuestiones fueron tratadas en el libro que coordiné con queridos queridos colegas de Argentina, Chile, España e integrantes del proyecto y con los integrantes del proyecto de investigación: *Experiencias del ensayo. Intersecciones, figuraciones y prácticas* (Ediciones Prometeo, 2018)

Algunas tesis del psicoanálisis, particularmente de Freud y de Lacan son motivo de un interés siempre renovado. Si bien no están en primer plano en mis trabajos pienso que hay resonancias que podrían detectarse. He leído con interés a Julia Kristeva, Luce Irigaray, Jessica Benjamin, Judith Butler, León Rozitchner, y trabajos contemporáneos sobre la obra de Spinoza.

3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

En general me gusta participar en una comunidad filosófica desde donde se pueda interactuar y pensar en común desde la propia singularidad. Los proyectos de investigación de la Universidad Nacional de Cuyo o los del CONICET, propician parte de las dinámicas aludidas. En este sentido, en lo personal no han sido ni son una formalidad académica, sino una apuesta de construcción en común. Desde 2011 dirijo proyectos de investigación bianuales o trianuales desde donde se han concretado varias publicaciones. También se han ido consolidado lazos intelectuales y afectivos. Pienso que esto es fundamental en la labor intelectual. Parte de mi *modus operandi* se vincula con las experiencias por

las que transité en seminarios y proyectos de la Universidad Nacional de Cuyo y del CONICET, con Arturo Roig, Clara Jalif de Bertranou, Beatriz Bragoni, Estela Fernández y Adriana Arpini. La idea de hacer "enceronas" de discusión trabajos la tomé de Horacio Cerutti-Guldberg en mi estancia en México.

La tarea de escritura es un momento particular, necesita de un espacio y tiempo a solas. Confluyen, claro está, parte de los intercambios sostenidos, escuchas, lecturas, y lo que hemos venido pensando y repensando. Si bien es innegable que el ejercicio de la lectura es esencial en lo que hacemos también es necesario avanzar con la escritura de las propias ideas para hacerlas entrar en diálogo y discusión con otras. Creo que la singularidad se alcanza cuando nos damos el tiempo para rumiar esos temas, conceptos, o prácticas, que suscitan nuestro interés y las podemos traducir con una voz propia. No me refiero a las búsquedas de originalidad y entiendo que "lo propio" es siempre una composición de voces de ese universo social del que formamos parte. Aun así ponemos en juego una forma de decir y de pensar que nos singulariza. En la labor intelectual hay instancias diferenciadas y confluyentes. Diría también que una parte de las tareas que llevamos adelante transcurre en una temporalidad menos lineal o al menos, en un tiempo cuyo registro se puede reconstruir con la distancia y en el marco de ciertas experiencias subjetivas más personales. Se trata de esas intuiciones o ideas que comienzan a mostrar consistencia en el tiempo. Seguramente se gestan en las escuchas, experiencias, lecturas, resonancias, y cobran una presencia o una especie de sombra en nuestra tarea intelectual. Cuando digo sombra no lo hago en un sentido negativo sino aludiendo a que a veces aquello que nos interesa o nos ocupa aparece de modos más bien refractarios o menos declarados en nuestros textos. En este sentido, los modos que circulan en la escritura expresan parte de ese equipaje subjetivo puesto en juego.

4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?

Mis trabajos están vinculados a la filosofía práctica, la historia de las ideas y la filosofía argentina en intersección con la cultura contemporánea.

En relación a las destrezas que debería reunir quien se dedique a la investigación, si bien no hay recetas, pienso que sería bueno proveerse de un tipo de sensibilidad que permita interpelar con mayor libertad los objetos de estudio. Operar desvíos a lugares comunes, hacer cruces e intersecciones conceptuales, prácticas y disciplinares que remitan a un universo más complejo en las elaboraciones teórico conceptuales. Hacer de la lectura y la escritura momentos filosóficos. En fin, advertir las políticas del saber que se ponen en juego en todo acto de interpretación.

5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?

Advierto que hay un renovado interés por la filosofía argentina en estos últimos años. Pueden dar cuenta de esto numerosas publicaciones, postulaciones a becas, proyectos y líneas de investigación en el ámbito universitario y el CONICET. Los giros epistémicos que han marcado en distintos grados y alcances el siglo XX han impactado en las humanidades y en las ciencias sociales: giros lingüístico, pragmático, afectivo, corporal, entre algunos de los más decisivos, además de ciertos acontecimientos histórico-políticos que obligan a repensar las elaboraciones teórico-prácticas. En este sentido la filosofía argentina y la

cultura filosófica contemporánea no están ajenas a estas inflexiones que han producido nuevos e importantes reordenamientos de los saberes. Hace tiempo que las fronteras disciplinares se han vuelto permeables, lo que propicia nuevas epistemes.

No sé si denominar propiamente debates a las distinciones o distanciamientos que se han enunciado en algunas corrientes de pensamiento. Me refiero a historia de las ideas, historia intelectual, filosofía latinoamericana, pensamiento decolonial y poscolonial. Lo cierto es que en algunos casos las fronteras no son infranqueables en las elaboraciones teórico-metodológicas de cada uno de estos ámbitos mencionados. Quizás se deba a que al interior de los espacios aludidos hay también una diversidad de posicionamientos. Muchas de las críticas que se le hacen a la historia de las ideas es un estereotipo de algunas de las que fueron sus orientaciones o, en algunos casos, replican críticas que hicieron autores como Michel Foucault, sin atender a la especificidad de algunas propuestas elaboradas en la Argentina y América Latina. La cuestión, a mi entender, se dirime en la construcción y constitución del objeto de estudio que se aborde en cada caso.

Asimismo, categorías como las de sujeto, subjetividad, cuerpos, afectos, constituyen un corpus significativo de las elaboraciones y representaciones del campo filosófico y cultural contemporáneo que en la actualidad está siendo motivo de renovadas miradas hermenéuticas desde y en la intersección de diversos campos disciplinares. Esos conceptos o categorías promueven también nuevas narrativas filosóficas.*

Patagonia: territorios diversos, tiempos largos y sociedades complejas

María Andrea Nicoletti¹
mariaandranicoletti@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0001-7661-5413>

1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?

Mi formación como historiadora fue en la época de la última dictadura militar. Como la familia de mi padre había sido perseguida en el golpe del '55 con la cárcel y el exilio de mi abuelo paterno, mis padres tenían mucho temor que estudiara Humanidades y Ciencias Sociales en la Facultad de



¹María Andrea Nicoletti es Profesora y Doctora en Historia. Investigadora principal del CONICET. Instituto de Investigaciones en Diversidad Cultural y Proceso. Universidad Nacional de Río Negro. Su Área de estudio es la Historia de la Patagonia. Proyectos de evangelización, prácticas religiosas y modelos educativos de la Iglesia católica en la Patagonia. Autora de los libros *Indígenas y misioneros en la Patagonia. Huellas de los salesianos en la cultura y la religiosidad de los pueblos originarios*, (2008); *Ceferino Namuncurá, representaciones de una figura histórica*, (2019) y *Patagonia: misiones, poder y territorio (1879-1930)* (2020). Ha sido co- autora junto a Pedro Navarro Floria de textos de divulgación sobre Historia de la Patagonia, del Neuquén y Río Negro (1997, 2000,2001, 2015, 2005,2020).

Filosofía y Letras de la UBA, aunque había empezado a preparar el ingreso a la carrera de Historia. Finalmente cursé la carrera en la UCA, en la época que teníamos prácticamente los mismos profesores pero muchas más materias. En ese sentido tuve una buena formación general en filosofía, lenguas clásicas, etc. Pero una vez en democracia y recién recibidos decidimos con mi esposo, también historiador, Pedro Navarro Floria, hacer el doctorado en España. En la década del '80 los doctorados y posgrados en la Argentina eran pocos y estaban bastante desarticulados. Por otro lado, al especializarme en Historia de América colonial, las fuentes directas estaban allí. Ver las colonias americanas desde la metrópoli me ayudó mucho a des-centrarme, a ver las grandes pinceladas de las políticas coloniales y estar en contacto con nuevas corrientes historiográficas que me permitieran repensar la historia colonial del Río de la Plata.

Cuando ingresé al CONICET después de doctorarme en Madrid ya había regresado a la Argentina y habíamos decidido formar nuestra familia radicados en Neuquén y me atrapé la historia de la Patagonia. Pero como mi formación era colonial empecé a investigar ese período y descubrir cuánta riqueza de esos tiempos hay en la Historia de la Patagonia, que su historiografía parece haber olvidado. Todo lo que había aprendido en Europa sobre el trabajo en duraciones largas, en territorialidades diversas y en historia de

las mentalidades, por ejemplo, me sirvió mucho en esa etapa de mi carrera, que fue adentrándose en otros tiempos históricos.

En cuanto a los maestros, como considero que “la Historia se ocupa de la comprensión del presente vivo y no del pasado muerto” (L.A. Romero 1996: 11), todas aquellas personas de las que aprendí las cosas importantes de la vida puedo considerar mis maestros. Mis abuelos, mis padres y mis tíos me enseñaron a rescatar las memorias familiares de aquellos inmigrantes y sus hijos, trabajadores esforzados, honestos y cabales. Cuando ingresé al CONICET el Dr. Néstor Auza me enseñó a investigar y a dar esos primeros pasos en el oficio. Me orientó, me ayudó a pensar y mirar por donde seguir. Pensábamos muy distinto y siempre respetó con absoluta libertad cada palabra que yo escribía. Me decía que si aprendía a fundamentar desde la documentación con seriedad y rigurosidad, no había nada que objetar. Los investigadores de CO-NICET tenemos un gran maestro en su fundador Bernardo Houssay.

“Amor a mi Patria,
Amor a la libertad,
Dignidad personal,
Cumplimiento del deber,
Devoción a la Ciencia,
Devoción al trabajo,
Respecto a la justicia
y a mis semejantes
Amor a los míos, parientes, discípulos y amigos.
Octubre de 1943.

En Neuquén, cuando inicié el camino en la historia de la educación, Mirta Teobaldo me guió y me formó en esa disciplina con

absoluta generosidad y entusiasmo. El intercambio con el equipo de investigación de Ciencias de la Educación primero y con el Centro de Estudios Patagónicos en la década del 90 y los primeros años del 2000, fue de un enorme crecimiento. En ese Centro aprendí a hacer el trabajo interdisciplinario que ahora puedo llevar adelante en el IIDyPCa, donde estoy actualmente.

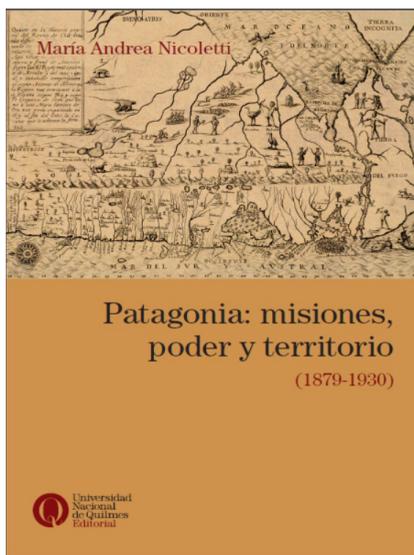
Sin dudas, mi compañero de camino con el que aprendimos juntos a hacer Historia de la Patagonia fue Pedro. Su trabajo riguroso, su avidez por conocer, leer, recorrer e intercambiar conocimientos fue trascendental en mi carrera y en mi vida. Compartíamos la misma pasión por la vida, por la historia y la idea clara del magisterio de la historia. Como investigadores, estábamos seguros que lo que decía Houssay era fundamental: “Los países ricos lo son porque dedican dinero al desarrollo científico-tecnológico, y los países pobres lo siguen siendo porque no lo hacen.

La ciencia no es cara, cara es la ignorancia”.

2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

Con ambas, como expliqué antes mi formación de grado fue en la Argentina y mi posgrado en España. Pero el CONICET me dio la oportunidad de hacer

investigación en otros países de América y de Europa y de cada uno recojo distintas tradiciones y miradas para hacer Historia. La formación no termina nunca. En este



momento, por ejemplo, que me dedico a la Historia de la Patagonia, me resulta absolutamente imposible investigar sin conocer, relacionarme y trabajar con colegas chilenos.

3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

Creo absolutamente en el trabajo colectivo, comunitario y grupal. El solitario trabajo de archivo termina al salir de allí. Lo demás sino se discute y se comparte no crece y no levanta vuelo. Discuto con mis colegas, les envié mis trabajos, les pido su producción para leer y citar y aprendo mucho de las personas que formo. Creo que el conocimiento se valida en el intercambio, en la exposición y en la devolución de los que escuchan, siempre que sea hecho respetuosa y constructivamente. El ejercicio de lectura y exposición que hacemos en el equipo con el que trabajo es provechoso para todos y todas, es enriquecedor y hasta divertido. Nunca elaboro un trabajo sin haber leído lo que se produjo en ese tema.

4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?

Lo que hago como investigadora de CONICET es ciencia básica. La Historia aporta en la resignificación de los contenidos educativos, sirve para elaborar políticas públicas adecuadas a las características de las sociedades en las que vivimos y abonar la memoria social porque “los pueblos que no conocen su historia están condenados a repetirla”. Una destreza propia del historiador e historiadora es hacer un buen trabajo de

archivo, saber dónde buscar, cómo buscar y que buscar. Esa tarea detectivesca me apasiona.

Un investigador científico tiene que ser básicamente curioso y aprender a hacerle a su objeto de estudio las preguntas adecuadas. Hacer buenas preguntas es el primer paso para obtener buenas respuestas. Esas respuestas seguro que generan nuevos interrogantes. A mis becarios siempre les digo dos cosas cuando empiezan su doctorado. La primera es saber elegir el objeto de investigación. No sólo tiene que ser un tema adecuado, preciso y original para elaborar una buena hipótesis sino un problema que lo apasione, que le intrigue, que lo enamore, porque con ese tema y (para su desgracia conmigo) estará cinco largos años de su camino. Lo segundo es su esquema o índice de tesis. Si el primer índice es igual al que presenta cuando terminó la tesis, dudo mucho vaya a ser una buena tesis doctoral porque no hay cambios en el medio y si algo caracteriza al conocimiento en general y a la Historia en particular es el cambio.

5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?

Creo que la Historia como ciencia ha tenido sus vaivenes sobre todo en nuestro país. En los últimos cuatro años pasó por una lamentable etapa de subestimación y denigración, pero no sólo la Historia sino la Ciencia en general. Si la Historia es Memoria, hay gobiernos que claramente prefieren no hacerla porque no le resulta conveniente que se hagan visibles cuestiones que nos permitirían mejorar y crecer. Se volvieron a repetir frases y comentarios que los historiadores e historiadoras creíamos superados: la “civilización” en la Patagonia, la estigmatización de los

pueblos originarios, la revolución como una tortuosa separación de una “Madre Patria”, la libertad sanmartiniana como si fuera “hace lo que quieras” o las ideas de Belgrano que nunca parecía concretarse. Hoy estamos en una importante disyuntiva: es hora de resignificar contenidos, hacer memoria y bucear en nuestra identidad social y cultural. Para eso sirve la Historia.*

Un Camino de Damasco, un programa bibliográfico

Gerardo Oviedo¹

gerovied@yahoo.com.ar

1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?

Dejando constancia, primero que nada, de mi gratitud por participar en esta encuesta, comenzaré por consignar que actualmente me inscribo, notoriamente o no tanto, en la tradición de la “Historia de las Ideas Latinoamericanas”. Con este paisaje de fondo—sobre el que volveré temáticamente

1 Gerardo Oviedo. Ensayista, docente e investigador. Sociólogo por la Universidad de Buenos Aires, Doctor en Filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba y doctorando en Estudios Hispánicos por la Universidad Autónoma de Madrid. Desempeña tareas docentes en las materias “Pensamiento Argentino y Latinoamericano” (Carrera de Sociología, Universidad de Buenos Aires) y “Filosofía Argentina y Latinoamericana” (Carrera de Filosofía, Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales). Es miembro del Instituto de Filosofía Argentina y Americana (Universidad Nacional de Cuyo) y de la Asociación de Hispanismo Filosófico (Universidad Autónoma de Madrid). Ha publicado artículos en el ámbito argentino e iberoamericano. Sus últimos libros son: *El suplicio de las alegorías. Ezequiel Martínez Estrada, entre la Pampa y la Isla de Utopía* (Buenos Aires, Caterva, 2015), *El pensamiento alternativo en la Argentina contemporánea. Derechos humanos, resistencia, emancipación (1960-2015)*, Tomo III (en coedición con Hugo E. Biagini), Buenos Aires, Biblos, 2016; y *La llanura oblicua. Carlos Astrada, del drama pampeano a la liberación latinoamericana*, en prensa (Caterva).

a lo último-, comenzaré respondiendo afirmativamente al primer y tercer tramo de esta pregunta (en efecto, *sí* tuve maestros, y es precisamente lo que rescato de mi período formativo temprano), defraudando sin embargo la interrogación del segundo (en mi labor inicial *no* tuve contacto con equipos de investigación). Permítaseme un



rodeo biográfico previo, que si bien en sí mismo no es relevante—por el tono de confesión que imprimiré a buena parte de lo que sigue-, cuando menos confío en que aclarará, dado este contexto de autocomprensión narrativa, ahora la parte negativa de

mi respuesta, y luego, mi ulterior torsión “argentinista” y latinoamericanista.

Guardo todavía una imagen de José Sazbón como mi primer gran maestro, en una edad (los primeros años del ciclo de grado) en que esas huellas formativas suelen ser indelebles. Si bien lo conocí apenas como alumno—nunca he sido “discípulo” y menos colaborador suyo—desde el principio y hasta el presente—y creo que no sólo para mí-, Sazbón define un ejemplo de ética intelectual junto a una imagen de austeridad y despojamiento—humildad antes que modestia, spinozianamente hablando—que contradecía en apariencia su verdadero estatus de *Maître à penser*. Lector de amplitud extraordinaria, bibliófilo (vi en persona cómo lo visitaban vendedores de libros antiguos en el aula) e

intérprete políglota, no hacía de su inmensa erudición un *currículum* megalómano ni un acopio intimidatorio. Llegué a oírlo en un Congreso, bien lejos del agresivo afán de protagonismo que otros colegas –incluso menos formados– solían infligir a ponentes y oyentes, sin perder un ápice de firmeza y rigor en sus posturas públicas como marxista trágico. Pese a que rendí en condición de alumno regular y con una calificación alta una sola de sus materias (“La Escuela de Frankfurt, de Lukács a Adorno”, en 1992), hice con Szabón, por estricta voluntad, dos materias más, que dictaba entre la Carrera de Sociología, en “Marcelo Té”, y la de Filosofía, en “Puán” (dicho así con un guiño demasiado porteño y generacional), siempre en la Universidad de Buenos Aires. En la Facultad de Ciencias Sociales, Szabón daba al mismo tiempo un seminario optativo –si mal no recuerdo figuraba así– sobre “Historicismo y estructuralismo en el marxismo occidental”, y en Filosofía y Letras, unos años después, seguí con demasiada intermitencia presencial pero ardua y abnegada continuidad de lecturas –tanto “obligatorias” como “complementarias”, según se nos exigía a los “libres”– el imponente aparato bibliográfico del Seminario Anual de Tesis titulado –benjamianamente– “Constelaciones culturales en la Europa del Siglo XX: coyunturas e interpretaciones” (1997), que conservo como mi tesoro estudiantil máspreciado; siendo hoy yo también profesor, no puedo más que admirar ese viejo programa de grado, inigualablemente superior a muchos seminarios de posgrado –aquí y acullá– que fui atravesando una década después.

Este último curso de Szabón lo hice cuando ya había perdido la regularidad en “Socio”, que abandoné de hecho un par de años por dedicarme prioritariamente a estudiar las materias filosóficas, sin lograr, empero, que “me salga” el “trámite de simultaneidad” con “Filo”. Esto significa que hice en condición de libre casi toda la

carrera de Sociología hasta recibirme (lo que en Filosofía sencillamente no se me permitió, comprensiblemente). Menciono estos pormenores meramente privados porque explican mi falta de inserción como estudiante en la Carrera que más me interesaba, Filosofía, pese a que no desperdiicé la oportunidad, cuando me la ofrecieron, de desempeñarme como auxiliar en el Ciclo Básico Común de la UBA (tres cuartas partes de mi salario hasta el día de hoy) en Sociología, ya que se consideraba a los estudiantes con recorrido filosófico (mal o bien, lo tengo ininterrumpidamente desde los catorce años, o sea, mucho antes de mi ingreso a la Universidad) “aventajados” frente al más limitado recorrido sociológico, que después de todo no se remonta mucho más allá del siglo XIX. Reconozco que “aproveché” esa fama más bien genérica. Empero, en la época en que ya estaba rentado en el “CBC” (desde 1993) las cátedras todavía no conformaban grupos de investigación –como parece ser norma en la actualidad–, sino que más bien les interesaba incorporar ayudantes jóvenes dispuestos a afrontar cursos abarrotados y exámenes cuantiosos, tareas dignas, por cierto, pero al cabo muy demandantes y sin vínculo alguno con la “carrea de investigador” (en mi caso, para peor, no sólo no participaba en ningún “UBACyT”, sino que nunca pude ser becario por mis demoras en graduarme, ni posteriormente me sentí suficientemente “en regla” para solicitar alguna ayuda o subsidio, consagrándome, durante años a la investigación independiente y *ad honorem*). Rescato, claro que sí, el “seminario interno” de la cátedra de Torcuato Di Tella en “Sociología” y “Sociedad y Estado” (CBC), que si bien consistía sólo en asistir a un monólogo suyo cada tres o cuatro meses, al menos abordaba problemas de teoría de la democracia en diálogo con clásicos latinoamericanos del siglo XX como Víctor Raúl Haya de la Torre (lo que en su momento mi eurocentrismo colérico me impidió

valorar en su justa medida, y volveré sobre esta grave limitación mía). Como auxiliar de un “pre-grado”, mientras, yo me seguía formando con las bibliografías abrumadoras de Szabón, para desde allí seguir sistemáticamente –en el sentido de una posición “dialéctica” y “constelacional” previamente asumida- las enseñanzas de otras asignaturas que me fascinaban (como por ejemplo las de “Problemas Especiales de Gnoseología y Metafísica” –muy fenomenológicas y heideggerianas-, en Puán, o la teoría social que dictaba León Rozitchner en “Marcelo Té”, muy freudomarxista). Pero celebro principalmente haber tenido el privilegio de tratar con el original mecanografiado y comentado en clase de *La Cosa y la Cruz*, que Rozitchner leía como una genealogía teológico-política de la subjetividad moderna (burguesa) y su acumulación infinita de valor. Retuve ese “manuscrito” fotocopiado del libro de Rozitchner durante años, hasta que sucumbió en una inundación... En fin, en los noventa, yo era un “estudioso” individual y docente de base –por no decir, de trinchera- más que un investigador en formación, cuyo periplo inicial creí concluir aproximadamente con mi arribo a la obra de esos amigos filosóficos que son Karl-Otto Apel y Jürgen Habermas, ya decididamente abocado al giro pragmático-lingüístico –Szabón no se mostraba tan imbuido al respecto, a decir verdad-, con las que perpetré una tesina de licenciatura, hecha valer, casi clandestinamente, como “horas de investigación” empírica en un Taller que generosamente aceptó un escrito resumido de 150 páginas (porque eran originalmente más del triple) sobre *Gnoseoantropología y acción comunicativa*, en lugar de lo que debería haber sido aplicación, “en el campo”, de “técnicas cuantitativas y cualitativas de recolección y análisis de datos”... Si hubiera habido una orientación en *filosofía social* (la expresión es de Max Horkheimer) o siquiera en historia del pensamiento social y político (que por entonces no existían)

expresaría más adecuadamente mi titulación de grado, finalmente en Sociología y rozando los treinta años.

Ahora bien, ligado en mi juventud, fundamentalmente, al marxismo académico (además de Szabón, aprobé un curso de lectura de *El Capital*, con Emilio Caffasi y tomé otro sobre feudalismo con Carlos Astarita, el cual no llegué a rendir, pero me permitió seguir ahondando en cuestiones conceptuales fundamentales de Marx que este “mero historiador” exponía y analizaba magistralmente), en general, asimismo fui devoto de un tipo de historiografía filosófica por muchos despreciada frente al carisma del pensamiento francés contemporáneo, con Foucault, Derrida y Deleuze a la cabeza, ya que disfruté tempranamente las vastas noticias filosóficas y representacionales de Werner Jaeger, Rodolfo Mondolfo, Jacques Chevallier, Wilhem Dilthey, Ernst Cassirer, Bernard Groethuysen, Paul Hazard, Robert Nisbet, George Sabine, Salvador Giner, Isaiah Berlin, Leo Strauss, Jean Pierre Vernant y Herbert Schnädelbach, entre los que más recuerdo sin tener que revolver papeles y otear anaqueles; algunos de ellos estimulados por el propio Szabón, como cuando recomendara el clarificador aunque engañosamente didáctico *Hegel en su contexto*, de Dieter Henrich (hoy advierto que como estudiante libre tenía un mayor requerimiento de orientaciones panorámicas, obsesionado por saber “dónde estaba parado” histórica y culturalmente al contemplar el imponente cielo estrellado de las ideas puras –europeas-, pues abordando los temas y las “unidades” de los programas casi siempre solo, necesitaba el apoyo de las visiones integradoras y los cuadros generales, mayormente referidos en las bibliografías complementarias). A ello sumo las lecturas más despreciadas de todas: textos de filósofos españoles que yo utilizaba en forma “manualística” (Félix Duque, Javier San Martín, Felipe Martínez

Marzoa, José María Ripalda), pero cuyo valor hoy percibo con mayor dimensión. Y ello prácticamente hasta que mi vida intelectual y espiritual da un giro sustancial a partir de que conozco a Horacio González, a partir del 2001, y a los pocos años a Arturo Roig y a Hugo Biagini. Los tres, mis maestros de madurez, si puedo llamarlos así. De Horacio González y Hugo Biagini llegué a ser un colaborador cercano en distintos momentos, y a la postre amigo.

2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

No he mencionado el año 2001 en vano. Diría que como pensador e investigador que se suma—de modo tardío pero apasionado—a ciertos debates del campo cultural local, soy un emergente de la llamada “crisis del 2001”. Más allá del sesgo biográfico, diré que si bien para 2000 ya conocía largamente los textos marxistas de Carlos Astrada y Enrique Dussel—figuraban en la bibliografía complementaria del Seminario sobre *El Capital* de Cafassi—, hasta entonces me seguía autocomprendiendo como un marxista académico, o peor, libresco y eurocéntrico (al igual que muchos, leía—con inconfesable placer— *El Ojo Mocho* como si fuera una manifestación anacrónica del romanticismo alemán, no una deriva creativa del existencialismo argentino, coronada por ejemplo con una formidable entrevista a Carlos Correas en los años noventa). En este mea culpa, debo admitir que en los noventa, yo vivía sencillamente a la UBA como una Universidad europea ubicada en Buenos Aires, *am* Río de la Plata. Pero diciembre del 2001, vivido en el conurbano, causó en mí una conmoción inesperada. Nunca pensé que me iba a doler tanto el país que sentía disolverse ante mí. La historia argen-

tina, como si me arrastrara una correntada indetenible, me posó a la vera del influjo de Horacio González, que había conocido a mediados de ese año en el marco de una Revista de opinión política. A decir verdad, durante los noventa, como estudiante libre y “marxista independiente”, nunca lo había tratado personalmente, pues había evitado sus materias (mal)afamadamente nacionalistas—visto desde una perspectiva “roja”—, pero hoy avierto que *El ojo mocho* venía obrando en mí secretamente, aunque, a lo sumo, a nivel abstractamente intelectual. Sin embargo en el verano de 2002, mientras algunos ex compañeros y compañeras de las izquierdas celebraban el “asambleísmo” como si fuera un movimiento potencialmente insurreccional de soviets populares, la Argentina—la inventada nación— me dolía en el cuerpo, y yo no podía—pero ya tampoco quería— compartir mi desasosiego con ellos.

Permítaseme un recuerdo más, quizá también ilustrador de lo que quiero transmitir respecto a este abismado vuelco espiritual y epocal. Yo consultaba asiduamente la Biblioteca de la Universidad de Morón, a solo tres cuadras de mi casa de entonces, porque allí había algunos volúmenes de la *Gesamtausgabe* de Heidegger con que castigaba mi alemán de “lectocomprensión”, siempre munido de mi Diccionario al ladito del texto. Es ahí donde me topé casualmente con un libro de Alejandro Korn. Me agarró ese diciembre leyendo un poco *La libertad creadora* mientras “descansaba” de Heidegger. Cuando vuelvo a la Biblioteca reabierta en febrero, yo ya era otro. Recuerdo perfectamente tener ante la vista, sobre una de las largas mesas de lectura, uno de los soberbios volúmenes de Heidegger, y al lado, uno de los módicos libros de Alejandro Korn. Antes de abrirlos, sentí una turbación para mí inaudita (y que no volví a experimentar con idéntica intensidad). Llegué a avergonzarme—aunque no había casi nadie— de que se me notara

demasiado ese estremecimiento repentino. Era una suerte de conminación interior que me interpelaba perentoriamente: “o estás con uno o estás con otro”. Me pasé del lado del argentino. A veces pienso que llego a la filosofía argentina como el sargento Cruz.

Esa *metanoia*—o Camino de Damasco—no se entiende del todo sin algunas charlas iniciáticas y desde ya mitológicas en el *Bar Británico* con Horacio González, tenidas poco antes, entre octubre y noviembre del 2001. Estos encuentros, que obraron en mí como disparadores de una reconversión del marxismo heideggeriano al nacionalismo culturalista, sin embargo supone una peripecia dramática que no hubiera experimentado sin la “crisis” de diciembre del 2001 y el verano de 2002. Me explico un poco mejor. En nuestro primer encuentro en “el Británico”—invitado por él—, en una de las mesitas del lado de la vereda de la calle Defensa, Horacio González me pregunta—tras un dilatado e inquietante silencio inicial—si yo “estaba escribiendo sobre algo”. Le comenté—con fingida indiferencia—que venía trabajando motivos heideggerianos ocultos en Habermas. “Trabajando...”, “tra-ba-jaaando...”, comentó irónicamente Horacio González, como descomponiendo las palabras (es que decir: “yo trabajo a Fulano”, o “yo quiero trabajar a Mengano”, etc., era un tópico naturalizado del academicismo). ¿Y por qué no “trabajás”—enfaticó mordazmente—, mejor, a Martínez Estrada? Acostumbrado a no despreciar las recomendaciones que se escuchan una sola vez, compré al otro día un ejemplar de la *Radiografía de la pampa* en una librería de viejo porteña (afición que tampoco había desarrollado, dado que creía bastarme con las Bibliotecas universitarias). Literariamente me fascinó, y creo que lo leí en dos noches (porque de día leía filosofía “seria”). Para mí era como leer poesía. Como mucho al mes, caen Cavallo y De la Rúa. Noches del 19 al 22 de diciembre. No recuerdo con precisión en cuál, pero sí al

vecino de al lado que, ya pasada la cena, me tocó el timbre para preguntarme si tenía “algún fierro”, porque “vienen a saquear las casas”. Entonces trepamos a los techos. Éramos los custodios alucinados (algunos armados) de las casas mal mantenidas de la clase media decadente. Ya muy avanzada la madrugada, el asedio se reveló imaginario. Bajé a mi habitación y tomé de nuevo, casi por reflejo, *Radiografía de la pampa*. Releyendo algunos pasajes que tenía señalados sin mayor precisión, en un momento me sorprendió un llanto que desconocía de mí mismo. Me venció el cansancio, creo que aún entre sollozos.

Tras este trance—si puedo llamarlo así—puse toda mi bien asentada rutina de ex alumno libre al servicio de un programa de lecturas argentinas que había comenzado a sugerirme Horacio González, ésta vez sí por expresas y aun imperiosas solicitudes mías. “Martínez Estrada, claro, pero entonces todo Sarmiento”, me sugirió una mañana. Y luego una decena de autores, entre otros, José María Ramos Mejía, Lugones, el propio Astrada—“pero bien”, me dijo como el profesor que también era, aunque se refería sin duda a *El mito gaucho*—, David Viñas desde luego, Halperin Donghi “para discutirlo”—y para sorpresa mía—, y “siempre León”, en referencia a Rozitchner (entonces le aclaré, para complacencia suya, que había sido alumno de “León”). Enseguida noté que era el canon de *Restos pampeanos* (1999), porque a la par comencé a estudiar, ahora sí, al propio Horacio González, en esta segunda época formativa, iluminada para mí, también, por *La crisálida* (2001) y *Retórica y locura* (2002), sus libros de ese período. Infundido de una nueva y arrebatadora mística—y sus trayendo tiempo tanto a la docencia como a la familia—, comencé a leer con desesperada fruición y sin detenerme ni un fin de semana (salvo unas breves vacaciones que luego ni siquiera repetí), durante más de dos años y escribiendo apenas, porque sentía que

estaba atravesando un impensado y esencial aprendizaje. Recién a partir de 2004 me siento en condiciones de intervenir como ensayista articulista, y todavía de a poco. Y todo ese tiempo sin leer una sola línea de alemán, lo que en los noventa hubiera juzgado herético. Como sea, ya devenido un “gonzaleano” –básicamente dedicado a Astrada, Martínez Estrada y Sarmiento, pero en constante ramificación autoral, de Saúl Taborda a Bernardo Canal Feijóo, por dar un par de referentes dilectos-, tengo el privilegio también de comenzar a entablar un vínculo, primero algo distante, y luego cálido y consecuente, con Arturo Roig.

Ahora bien, por una necesidad de visión “sistemática” que arrastro de mi formación temprana, me había propuesto encarar, a la par de mi conversión al ensayo nacional, la lectura de la obra de Dussel. Dado mi lastre heideggeriano de izquierda y apelianno-habermasiano, me sentí rápidamente familiarizado con todo el proyecto dusseiliano, más allá de su tardío vuelco marxiano (el único que conocía previamente). Así que compré un par de sus libros y me puse a fotocopiar todo el resto (ello antes de la generalización de Internet, al menos en mi caso). De nuevo, me sentía “parado” no sólo en los problemas textuales del pensamiento argentino, sino en la “Ética de la Liberación”, aunque ésta, sin insertarla en la semántica existencial gonzaleana, sino más bien como una línea personal y diría que casi oculta. Paso en limpio: al mismo tiempo que encaraba mi formación intensiva –atribulada y

febril- en “temas argentinos” –entre 2002 y 2004-, no dejé un instante de guiarme “teóricamente” con los textos de Dussel (principalmente su *Ética de la Liberación* en la edad de la globalización y la exclusión -1998- a guisa de arquitectónica categorial y “fundamentación última”), como para no perder contacto con mi “base filosófica” pragmático-discursiva y frankfurtiana “de segunda generación”. La zona de préstamos y pasajes de estas lecturas con mis primeros escarceos “nacionalistas” estribaba –y de esto sigo convencido- en el hecho de que si Dussel –a



El autor con Arturo Roig

quien no conozco personalmente- cultiva una Filosofía de la Liberación, Horacio González cultiva una Ensayística de la Liberación, si me permiten decirlo bajo el peligro de la consigna.

Sin embargo, la obra de Roig no entraba sin más en este esquema de “liberacionismo complementario”, si pudiera decirlo así. Su legado presentaba una singularidad –y ciertas complejidades de lectura que acechan en medio de su escritura tersa y sobria- que ameritaba un abordaje en sí mismo, incluso por fuera o independientemente de su propia inserción en la tradición liberacionista. Por eso, a partir de 2006 tomé como objeto de estudio su propia obra, también, diacrónica y sistemáticamente leída, o sea, partiendo de la producción de los setenta pero teniendo como referencia teórica o arquitectónica categorial una sola obra principal o canónica más próxima (al menos desde mi perspectiva). En este caso no fue tanto *Teoría y crítica del pensamiento*

latinoamericano (1981), cuanto más bien Ética del poder y moral de la protesta (2002), en particular sus primeros ocho artículos. Pero es *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano* la que me proporciona un primer mapa conceptual latinoamericanista y a la vez “arquitectónico” que hasta entonces yo sólo descifraba en clave “argentinista”. Y lo más importante: percatarme de que Roig, en su propio vocabulario filosófico y trayectoria temática, fue un protagonista central –sin estridencia alguna– del *giro lingüístico* al interior del latinoamericanismo filosófico. Como quiera que fuera, después de venir leyendo mucho a Dussel –cuyo latinoamericanismo historiográfico fue siempre parcial y problemático–, me pongo a estudiar a fondo la obra de Roig, ya entonces haciendo público este influjo hasta el presente (lo que casi no hago con el pensamiento de Dussel), reinterpretando ciertos nudos de la moral emergente en clave de Hermenéutica filosófica.

Por esos primeros años de la década pasada, en una de mis visitas cada vez más frecuentes y ruinosas a librerías de viejo (seguía siendo un asalariado del CBC), adquiero *Filosofía americana e identidad*, de Hugo Biagini. Enseguida admiré, además de la ética de su trabajo crítico, algo que ya había aprendido de Szabón, pero que ahora reencontraba en otra perspectiva temática: el rigor bibliográfico y documental que nunca se empantana en fatua erudición. Entretanto –y más todavía a partir del tesoro que brinda la Biblioteca-Archivo de Hugo Biagini– la carga de lecturas se me hacía cada vez mayor. Sé que no se acostumbra hacer mención de esto –pues se juzga algo que va de suyo–, pero creo que no sólo a título personal, sino colectivamente por nuestra situación periférica nacional, regional y continental, cabe siquiera aludir al esfuerzo que significa incorporar constantemente lecturas argentinas y latinoamericanas sin perder noticias –y menos las viejas enseñanzas– de la formidable cultura intelectual euro-occidental, sean los clásicos

antiguos, sea todo lo que sigue en adelante hasta el riquísimo y complejo siglo XX. No alcanzan ni diez vidas. Y en la única que nos toca, “sabemos” cada vez menos; el tiempo que donamos a un texto se lo sustraemos a otro, allende y aquende. Con todo lo obvio que se pretenda este último comentario, lo explícito como reconocimiento al hecho de que todos los maestros argentinos nombrados no lo son solo por sus méritos probados, sino más aún por la lección vital que representa el esfuerzo sostenido y la producción comprometida (*trabajo vivo*), en su despliegue de la mirada estrábica del Sur: un ojo clavado en las entrañas del pago chico y la patria grande, y el otro virado hacia la cultura de Occidente, incluyendo su Oriente.

Para terminar esta parte, cabe referir otro influjo decisivo. A mediados de 2008 –año crucial en la historia contemporánea del país–, el filósofo Pedro Karczmarczyk convocó a un discípulo de Hans-Georg Gadamer para que dictara un Seminario de Doctorado en la Universidad Nacional de la Plata: Dieter Misgeld. Era un filósofo alemán de izquierda radicado en Canadá, que también fuera alumno de Habermas y Apel. No hace falta agregar que tras cursar ese Seminario, entablamos con Dieter Misgeld un vínculo de intercambios muy nutrido durante unos años, pero sí cabe precisar que él fue determinante para que yo abordara en profundidad además de la crítica filosófico-histórica y las genealogías de Karl Löwith, principalmente la obra de Gadamer y pronto de Gianni Vattimo –con quien Dieter Misgeld ya no se mostraba tan entusiasta–, en clave postmarxista e incluso pos-teológica y cuasi-anarquista. A partir de mi encuentro con Dieter Misgeld puedo datar el viraje teórico en el que me encuentro actualmente embarcado, muy ligado a una reinterpretación latinoamericanista (“emergente”, para mí y desde Roig) de *algunos* impulsos procedentes de la Hermenéutica filosófica de Gadamer y Vattimo,

fundamentalmente por su reconducción contextualista al plano de los problemas de justificación epistemológica y metodológica de la Historia de las Ideas y de la estética de la recepción periférica.

3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

Desarrollo mi tarea en tres planos o direcciones, si se pudiera decir así. Dos conforman un registro individual y la otra es de orden colectivo –pero que me insumen mayor dedicación-, vinculado a equipos de investigación en las Facultades de Filosofía y Letras de la UBA y de la Universidad Nacional de Cuyo. Comienzo por las participaciones en equipos. Entre 2005 y 2012 he participado de los programas UBACYT que dirigía Horacio González, ligados a la discusión sobre el “idioma nacional”. Luego colaboré como externo en los proyectos CONICET que dirigió Hugo Biagini sobre la *Adenda del Diccionario del Pensamiento Alternativo* y sobre el Tercer Tomo del *Pensamiento Alternativo en la Argentina*. Posteriormente comencé a colaborar con Marisa Muñoz en la Universidad Nacional de Cuyo en proyectos sobre filosofía argentina del siglo XX, desde una perspectiva roigiana con gran amplitud categorial y temática. Desde hace cuatro años también participo del proyecto que dirige Marcela Croce sobre *Historia comparada de las literaturas argentina y brasileña* en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, incorporándome a partir del tercer tomo de un total de siete, incluyendo su onomástico. Se trata tareas exigentes –pese que a los docentes-investigadores se nos considera, al menos formalmente, de un status científico inferior- que realizo en defensa ética de la Universidad Nacional y Pública, sin interrumpir lecturas pendientes de autores

iberoamericanos y en lo posible –aunque en muy menor medida- de obras europeas, en particular de la filosofía alemana. Todo ello con muy baja remuneración. Es que de 20 años en grupos de investigación habré cobrado como mucho unos 30.000 \$ de Incentivos... en total (aunque reconozco que con paridades cambiaras más favorables), y solo he logrado pasar de V a IV en la escala del Ministerio de Educación (y posiblemente nunca llegaré a Categoría I). En esta situación, se entiende que si sigo cooperando en grupos de investigación (que a veces requieren posponer o subordinar los objetivos teóricos e historiográficos individuales) es por sostener una moral de la fraternidad universitaria y su política de la amistad, antes que por estricta vocación personal; si fuera éste el caso, jamás hubiera dejado de hacer investigación independiente y libre. Quiero dejar bien sentado, por consiguiente, que las publicaciones de los grupos de investigación en los que participé y participo, reflejan un nivel de excelencia que a la luz de la crónica escasez financiera de la Universidad Pública, son un verdadero prodigio. Una segunda línea de trabajo individual son precisamente mis ensayos independientes (en el sentido en que no alcanzaron inscripciones institucionales), que estoy de a poco retomando –mientras cumplo mis obligaciones colectivas-, porque para mí es el trabajo que más me gratifica, más no sea espiritualmente.

Carente de reconocimiento académico para muchos de mis trabajos *libres* por no pertenecer a CONICET ni a instituto u organismo oficial de investigación alguno durante años (soy orgulloso miembro del Instituto de Filosofía Argentina y Americana de la Universidad Nacional de Cuyo –que hoy dirige Dante Ramaglia- recién desde 2015), ya a mediados de la década pasada comencé a advertir –sobre todo en lo concerniente a “puntajes” y concursos- que también la propia carrera docente me llevaba –incluso me impelía- a la titulación de posgrado, lo

que mi romanticismo anarcoindividualista fin-de-siglo XX me llevaba a rehusar (Horacio González supo celebrar semejante terquedad de mi parte). Como ensayista independiente peligraba la posibilidad de avanzar incluso en la carrera docente (vi a excompañeros jubilarse apenas con un cargo de Ayudante, que sin posgrados y escasas publicaciones, quedaron atados a su cargo inicial) y además no tenía otro ingreso. Hay también una dimensión subjetiva concerniente a ciertas reglas implícitas del honor en el campo intelectual argentino, que valoran las habilitaciones académicas de grado con un celo y prurito mayores que en otros países, referido precisamente a las trayectorias de posgrado. Baste referir algunas situaciones incómodas con ciertos colegas de fuertes adherencias intelectuales francesas o alemanas que habiéndome escuchado hablar de filosofía latinoamericana –para colmo- desde un simple título de grado en Sociología, no se privaron del sarcasmo ni el menosprecio. Esta necesidad objetiva/subjetiva de preservación laboral y acreditación académica me llevó a encarar estudios doctorales en la Universidad Nacional de la Plata y en la Universidad Nacional de Córdoba (en Filosofía), y luego en la Universidad Autónoma de Madrid (en Estudios Hispánicos), en esta última gracias a contactos de Hugo Biagini. De este modo mis investigaciones sobre la obra de Carlos Astrada y sobre Hermenéutica latinoamericanista tuvieron finalmente inscripciones académicas en forma de tesis doctorales (todavía inéditas), no obstante haber sido ensayos independientes en sus primeras versiones. Ello implica, como sabemos, no sólo jurados y calificaciones, sino también, en el curso de su desarrollo, publicaciones evaluadas (artículos). Esto lo he hecho durante diez años; en los casi diez años previos, hice estudios independientes –fragmentariamente publicados- sobre Sarmiento y Martínez Estrada (éste con mayor extensión), conforme a las señeras sugerencias

de Horacio González. Mi investigación sobre Sarmiento conoció dos evaluaciones en el marco de sendos concursos de Ensayo. La parte que fue publicada –la más literaria y especulativa-, fue aprobada por un jurado compuesto por Angélica Gorodischer, Ana María Shúa y Alicia Steimberg, en el Programa San Luis Libro. La parte más bibliográfica e histórica, todavía inédita, fue premiada por un jurado compuesto por Fernando Devoto, Lila Caimari, Waldo Ansaldi, Omar Acha y Fabio Wasserman, a través de la Biblioteca Nacional.

Se aprecia, pues, que prefiero valoraciones finales –positivas o no- más que la permanente revisión de bocetos sometidos a miradas múltiples. Por lo demás, no siempre me avengo a ciertas correcciones o evaluaciones que inhiben la reflexión “literaturizada”. Al menos cuando es el caso de que sus prerrogativas institucionales en el control sintáctico de la lengua (“este pasaje es confuso”, “esto se puede decir con menos palabras”, “toda esa parte sobra”, “esto está mal argumentado”, etc.) afectan o desfiguran el sentido global de un texto ensayístico al no percibir –o percibiéndolos, desautorizándolos y neutralizándolos- los enlaces inmanentes entre retórica y concepto, *pathos* y *logos*, arte y conocimiento. No digo que esas correcciones y modificaciones sean perjudiciales en sí; solamente apunto que la evaluación de un ensayo libre con criterios de exposición tesista o informe científico o en general de una semántica asertiva, literal, analítica y univocista, resulta injusta o cuando menos parcial. Desde luego, trato de respetar las normas de redacción académica –que también hay que decirlo, tienden a flexibilizarse cada vez más-, cuya racionalidad inherente no cuestiono si se ajusta a sus ámbitos específicos y no intenta colonizar y disciplinar las escrituras de intervención pública e invención libre.

4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?

La diatriba precedente se conduce a profundizar el proceso de legitimación académica de las potestades estético-políticas de la escritura ensayística y su “poética de ideas” en América Latina, especialmente en la Argentina. Es cierto que la bibliografía crítica en la materia es abundante, aunque no necesariamente concluyente. Todos los maestros argentinos mencionados tienen una severa impronta ensayística –soterrada o expansiva- y además, las reflexiones que he desarrollado junto a Marisa Muñoz y otros colegas (hay un libro que puede consultarse) avalan esta aseveración incluso a nivel programático. Sería redundante mencionar mi práctica con Horacio González, el exponente mayor del género ensayístico en castellano actualmente vivo, si no me equivoco.

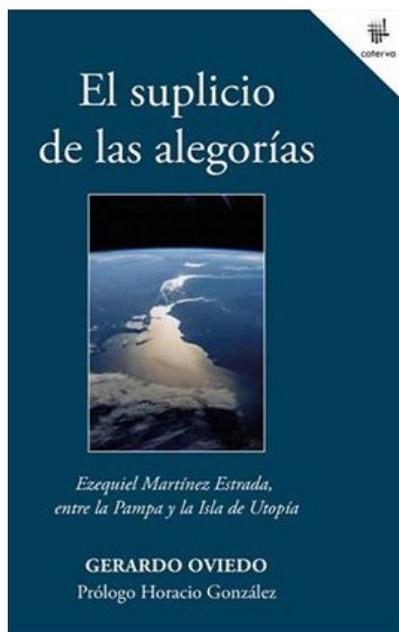
¿Estoy insinuando una primacía unilateral del ensayismo libre por sobre la investigación sistemática? De ningún modo. Antes bien, sugiero –o mejor dicho, prefiero estimular- la hibridez activa y gozosa entre ensayo e investigación, pensamiento libre y archivo textual, prosa de ideas y trabajo conceptual, al punto que me veo representado y desde ya me inspiro en lo que muy de vez en cuando se llama “ensayo de investigación”: al estilo de un Carlos Real de Azúa, por si se me pidiera un nombre. Del *ensayo de investigación*, en fin, no pretendo su hegemonía epistémica ni institucional;

sí libertad para ejercerse y hacerse oír en la cultura universitaria –pese a que muchos consideran que es una batalla cultural ya ganada- y de allí revertir performativamente al espacio público de la trama cultural argentina y latinoamericana, donde fue originariamente engendrado.

5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?

Desde mi punto de vista, el Latinoamericanismo –normativo o descriptivo- es un movimiento mucho más amplio que algunas de sus variantes internas tomadas en sí mismas, ya sea que pretendan hegemonizarlo internamente desde una jerga diferenciada o desmontarlo exteriormente en nombre de una superación analítica universal. Es cierto que me identifico con la Filosofía de la Liberación releída en términos de Historia de las Ideas, Pensamiento Alternativo y Hermenéutica Emergente (como últimamente vengo proponiendo). Pero éstas son sólo modalidades particulares del Latinoamericanismo, ejercido de suyo –por enumerar algunas de ellas-, en la Teología de la Liberación, el comparatismo literario contrastivo, el ensayismo social y geopolítico, las ciencias sociales antiimperialistas, los neoin-

diguenismos pluriculturalistas, los estudios



culturales postcoloniales, las epistemologías del Sur, los nuevos feminismos contextuales, el pensamiento periférico eidético y aun la historia intelectual reformulada como genealogía y arqueología conceptual. Se trata de manifestaciones discursivas heterogéneas entre sí, que encarnan y despliegan el discurso latinoamericanista desde diferentes constructos categoriales, conatos de voluntad, posturas normativas, autorizaciones académicas, dinámicas temporales y vínculos con el Estado. Semejante “latinoamericanismo”, sometido como término a constantes revisiones y socavamientos, es más una abigarrada pulsión de futuridad o un segmentado estado de controversia que un suelo estable de referencias.

La mención anterior apenas alude a un cuadro general y no intenta agitar airadamente una querrela específica. Personalmente, no identificaría una sola corriente teórica ni un único idioma cognitivo como “epistemología rival” con la que disputar “capital simbólico” al interior del discurso latinoamericanista. No obstante, querría insistir en que sus tendencias científicistas, nihilistas, sectarias o posmodernas –no imputables a una única “escuela”, pues son obstáculos considerables ante quienes asumimos el Latinoamericanismo como un proyecto crítico, humanista y libertario desde convicciones ético-políticas orientadas al ideal utópico de una integración continental plurinacional, justa y solidaria. Esto en un plano axiológico. En un plano metodológico –y para cumplir con el requerimiento de este cuestionario-, creo que el diagnóstico trazado por Alejandro Herrero en el *Diccionario del Pensamiento Alternativo* (2008) acerca de la necesidad de trasponer la antinomia Filosofía Latinoamericana *versus* Historia Intelectual en nombre de una Historia de las Ideas capaz de asumir la diversidad de las perspectivas valorativas, disciplinarias e ideológicas, sigue siendo hoy no sólo vigente, sino crucial,

en vistas de la crisis civilizatoria que nos atraviesa, y de la que la pandemia sería sólo un síntoma funesto.

Volviendo al plano normativo, la apertura –desde la alteridad y la diferencia- al diálogo tolerante entre enfoques interpretativos discrepantes que sin embargo comparten el mismo objeto de estudio (las constelaciones discursivas y experienciales de la vida cultural, social y política latinoamericana, para decirlo sucintamente), hace preciso que aquí reafirme –no contenciosa pero sí explícitamente- mi intención de contribuir a una Historia de las Ideas en el marco transdisciplinario e inter-genérico de una más general Teoría de la Liberación de Nuestra América. Aventura del pensamiento latinoamericano que pese a tantos esfuerzos previos, como programa de investigación empírica, archivológica y conceptual, pero también en condición de tropología regulativa de la voluntad democrático-popular, se encuentra todavía en ciernes, preñada de posibilidades.*

Un recorrido autobiográfico: entre la historia crítica de las ideas y la filosofía latinoamericana

Dante Ramaglia¹

ramaglia@mendoza-conicet.gob.ar

<https://orcid.org/0000-0001-5739-6331>

1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?

La primera instancia de formación fue a partir del ingreso en el año 1983 a la carrera de filosofía, que cursé en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo. Diría que constituyó una formación en sentido amplio, porque en esa etapa de retorno a la democracia en la Argentina hubo una efervescencia de actividad política que impactó en la vida



¹ Dante Ramaglia es Licenciado y Doctor en Filosofía por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza. Desarrolla actividades docentes de grado y posgrado en la misma universidad. Actualmente es Secretario de Investigación de la Facultad de Filosofía y Letras y Director del Instituto de Filosofía Argentina y Americana. Se desempeña como Investigador Independiente del CONICET en el Grupo de Investigación en Filosofía Práctica e Historia de las Ideas (INCIHUSA-CCT Mendoza). Ha publicado recientemente como coeditor los siguientes libros: *Miradas filosóficas sobre América Latina* (Porto Alegre, RS: Editora Fi, 2020) y *Diálogos inacabados con Arturo Andrés Roig. Filosofía latinoamericana, historia de las ideas y universidad* (Mendoza, EDIFYL, 2020).

universitaria. En este sentido, me involucré en ámbitos de participación e intervención que generamos los estudiantes en esa época, que seguramente enriquecieron también mi formación intelectual por lo novedoso que resultaron algunas de las temáticas y discusiones que se planteaban. Esta actividad de la militancia estudiantil no se correspondía, y más bien podría afirmar que chocaba de frente, con la situación en que había quedado la facultad y la

universidad en general bajo la dictadura cívico-militar con una estructura autoritaria de gobierno e ideológicamente conservadora en su claustro docente- y a partir también de lo que signi-

ficó la expulsión y el exilio de varios profesores notables de la misma facultad y, en particular, de la carrera de filosofía.

Uno de los pocos docentes que regresó fue Arturo Andrés Roig, quien retomó en 1984 sus funciones en la cátedra universitaria mediante un juicio en la justicia federal. A él lo conocí cuando ese mismo año cursé su materia que era Historia de la filosofía antigua, pero en realidad, además de su conocimiento sobre filosofía griega, desplegó un conjunto de saberes novedosos en relación con la filosofía del lenguaje a la que estaba dedicado en ese momento.

Desde ese momento me vinculé a Roig, a quien considero un verdadero maestro que contribuyó a mi formación y a la apertura de nuevos campos de trabajo en la historia de las ideas y la filosofía latinoamericana, que eran los núcleos temáticos centrales que él desarrollaría en su extensa trayectoria intelectual. Ya siendo un estudiante avanzado en la carrera, me sumaría junto a otros compañeros y compañeras al seminario que dirigía desde lo que se denominaba entonces como el Centro Regional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Mendoza, el cual estaba vinculado directamente al CONICET. Esta experiencia fue sumamente importante en mi primera formación, la cual se mantendría como práctica de intercambio y discusión en relación con una serie de cuestiones y autores que fueron tratados en distintos proyectos conjuntos que involucró a un grupo amplio de trabajo. Igualmente tuve la oportunidad de incorporarme como becario del CONICET bajo la dirección del mismo Roig, quien lo sería también de mi tesis doctoral.

Los trabajos de investigación realizados en esa primera instancia se relacionaron más directamente con lo historiográfico, teniendo en cuenta especialmente la misma renovación teórica y metodológica promovida por Roig asociada a lo que se conoce como “giro lingüístico”, pero que revestía una singularidad en sus propuestas. Destaco este hecho porque sus planteos acerca de una ampliación de la metodología empleada en la historia de las ideas se esbozan ya desde los ’70, a partir de la incorporación de la teoría del texto, del análisis del discurso, la comunicación, la semiótica, la dimensión pragmática, entre otras herramientas lingüísticas que, junto con la teoría crítica de las ideologías, dieron lugar a categorías propias de Roig que fueron sumamente fecundas. Esto pone en cuestión ciertas afirmaciones reiteradas desde quienes mencionan a la historia intelectual como pionera en la adopción del giro lingüístico, desconociendo a este autor y su exploración de otras posibilidades para

renovar la historia de las ideas, que es una línea en la que particularmente he trabajado sin la necesidad de buscar nuevas denominaciones para estar a la moda, aunque sí cabría aclarar que se trata de una historia crítica de las ideas, que tiene en cuenta la articulación de los discursos y las prácticas.

Los temas abordados en esa etapa de formación partieron de la significación particular que alcanzaron ciertos discursos sobre la identidad cultural hacia el Centenario de 1910 en la Argentina, los cuales se relacionaban con los debates acerca del proyecto de nación moderna que provenían de mediados del siglo XIX y cobran impulso con la generación de 1880. De este modo, los distintos estudios que concluyeron en la elaboración de mi tesis doctoral, denominada *El proyecto de modernización y la construcción de la identidad. Estructura categorial del discurso en las corrientes del pensamiento argentino (1880-1910)*, se ocuparon de relevar cómo había sido tratada esta cuestión en las tendencias ideológicas de esa época (liberalismo, romanticismo, krausismo, espiritualismo nacionalista, positivismo, socialismo, antipositivismo, idealismo, etc.), a través de una serie de intelectuales representativos de las mismas, tales como Juan B. Alberdi, Domingo F. Sarmiento, Joaquín V. González, Agustín Álvarez, Ricardo Rojas, José Ingenieros y Alejandro Korn. Sobre estos autores y otros, además de la tesis, hicimos una serie de trabajos monográficos que intentaron reconstruir el clima de ideas existente en el pasaje de finales del siglo XIX a las primeras décadas del siglo XX.

En un momento siguiente, ya con el ingreso como investigador de CONICET, el eje se desplazó a una etapa histórica anterior, relacionada con el conjunto de pensadores y políticos que actuaron durante el período de la independencia en el Río de la Plata, en particular el grupo denominado como “morenistas”, o por sus detractores

como “jacobinos”, asociado a las figuras de Mariano Moreno, Bernardo Monteagudo, Manuel Belgrano y Juan José Castelli. Ellos dan cuenta de una renovación del lenguaje político vinculado a las doctrinas radicales de la ilustración, el contractualismo y el liberalismo, junto con el fenómeno de la conformación de un nuevo tipo de cultura laica que surge a comienzos del siglo XIX. Las fuentes principales para tratar el desarrollo del pensamiento jurídico-político que fundamentó el proceso independentista y el establecimiento de una forma de gobierno republicana consistieron en los periódicos fundados en esa época. Otro aspecto que me interesó rastrear particularmente en estos intelectuales está vinculado con la enunciación de un discurso reivindicativo de las poblaciones indígenas americanas, que se correspondió con determinadas acciones a su favor implementadas entonces, lo cual constituye una cuestión no tratada adecuadamente en los estudios dedicados a ese momento destacado de nuestra historia.

En esta reconstrucción de la historia de las ideas argentinas también fue significativa la participación en distintos proyectos de investigación desarrollados con financiamiento de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica que fueron dirigidos por Hugo Biagini y Arturo Roig, dedicados a la caracterización de lo que se denominó “El pensamiento alternativo en la Argentina contemporánea”, cuyos resultados se volcaron en una serie de tres volúmenes históricos, un diccionario y una adenda al mismo, que rastrearon la cuestión de lo alternativo en manifestaciones culturales, sociales y políticas desde principios del siglo XX hasta la primera década del siglo presente. Además de la realización de algunos capítulos y una entrada del diccionario, colaboré en la coordinación regional de este proyecto que se desarrolló por varios años y dio resultados significativos en sus publicaciones.

Estas tareas iniciales de investigación fueron significativas para mi formación, que he desarrollado en parte de manera individual por lo que implicó la realización de la tesis doctoral, si bien bajo la dirección de Arturo Roig, vinculándome a un grupo de investigación y al seminario permanente en el que se trataron una serie de cuestiones teóricas relevantes en los proyectos en que tuve la oportunidad de participar.

2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

En lo anterior he referido una etapa formativa en el campo de la historia de las ideas que tuvo como tema principal corrientes de pensamiento que se presentaron en el contexto argentino que comprende desde el siglo XIX hasta las primeras décadas del siglo XX. En este sentido, tuvieron importancia determinados trabajos históricos que se publicaron en los años 80 y 90 por autores argentinos que procedían de la filosofía como Oscar Terán, Hugo Biagini y Jorge Dotti, -por ejemplo, en relación con el desarrollo del positivismo que era un eje de mis investigaciones-, y desde el campo más propiamente historiográfico vinculado a otras temáticas de interés para mí, mencionararía a Tulio Halperín Donghi, José Carlos Chiaramonte, Noemí Goldman, entre otros. Por otra parte, resultó ineludible la reconstrucción del desarrollo de la historia de las ideas en pensadores latinoamericanos que habían tratado los aspectos que confluían con los mismos temas tratados, como es el caso de Leopoldo Zea, Arturo Roig, Arturo Ardao, Ricaurte Soler, para mencionar solo los iniciales a quienes sumaría posteriormente otros autores y lecturas.

Con posterioridad el ámbito de investigación del que me ocuparía se fue extendiendo tanto en un sentido espacial como temporal, en que se incluye igualmente una ampliación temática. En parte trasladaría la consideración de pensadores y movimientos intelectuales al ámbito de América Latina, abarcando tanto a modernos como contemporáneos. De esta última delimitación a las expresiones más recientes, se desprende la problematización acerca del sentido y los alcances de la filosofía latinoamericana. Esta misma cuestión acerca de las perspectivas históricas y teóricas vinculadas al pensamiento latinoamericano la he seguido profundizando en diversos trabajos publicados, tal como se refleja en el último libro del que he sido coordinador y en el que participan varios colegas denominado: *Miradas filosóficas sobre América Latina* (2020). Además, constituye la temática de las materias que dicto a nivel de grado y posgrado en la Universidad Nacional de Cuyo, donde me desempeño como docente desde hace ya un tiempo. Asimismo, en la Facultad de Filosofía y Letras dirijo el Instituto de Filosofía Argentina y Americana, cargo en el que sucedí desde el año 2016 a Clara Jalif de Bertranou y a su vez a ella la antecedió Diego Pró, quien fuera el fundador del instituto y aportó trabajos pioneros sobre la historia del pensamiento argentino. En este ámbito, en que vengo participando desde hace varios años, se han llevado adelante distintas iniciativas y proyectos de investigación que se han ocupado de historiar las ideas filosóficas argentinas y latinoamericanas.

La mayor parte de la obra escrita que he realizado hasta el momento se inscribe en las áreas de la historia de las ideas, la filosofía práctica y el pensamiento crítico latinoamericano. Realizando una mirada retrospectiva, podría decir que en cada etapa de mi trayectoria intelectual hubo un énfasis más marcado en cada uno de estos campos disciplinares, si bien hay también confluencias en algunos casos, además de la variación de las temáticas específicas a las que

me dedicaría sucesivamente. En los trabajos de investigación realizados hubo en buena medida una convergencia de la metodología de la historia de las ideas, que contribuye a una reconstrucción de lo ideológico atenta al contexto, con una perspectiva filosófica, la cual indaga esa realidad histórica con claves conceptuales de interpretación. Igualmente he efectuado un pasaje desde los estudios dedicados a historiar las ideas filosóficas del siglo XIX a una comprensión de las tendencias intelectuales contemporáneas y, en particular, de la historia reciente, un tema que es relevante debido a la reformulación crítica que experimentó el pensamiento latinoamericano, principalmente a partir de la filosofía de la liberación y otras tendencias que le siguieron.

En esta última dirección he seguido una línea de investigación que se relaciona con la filosofía social y política, sobre lo cual he realizado en particular una aproximación conceptual a partir de la teoría del reconocimiento de Axel Honneth, representante actual de la Escuela de Frankfurt, al igual que he tenido en cuenta las referencias existentes en los escritos de Mijaíl Bajtín, Jean Paul Sartre, Tzvetan Todorov, Paul Ricoeur, Nancy Fraser, entre otros. Este enfoque teórico sobre el reconocimiento, que tiene un antecedente central en Hegel, también se trata de compararlo con la relectura del mismo por parte de autores latinoamericanos, principalmente Leopoldo Zea, Arturo Roig y Enrique Dussel. En las propias interpretaciones que he realizado, aparte de destacar el significado antropológico que posee el reconocimiento ligado a la constitución del sujeto y de la intersubjetividad, se ofrece un marco de interpretación para considerar el problema de la justicia y los fundamentos normativos de los fenómenos de emergencia protagonizados por los movimientos sociales.

En esa misma orientación hacia la teoría social y política he retomado algunos temas que considero son también representativos

para la filosofía latinoamericana. Uno de ellos se refiere a la recuperación de la utopía como forma de pensamiento crítico, vinculado principalmente a la noción de función utópica. En este sentido, he considerado particularmente planteos de Arturo Roig, Horacio Cerutti y Hugo Biagini, sobre los cuales he avanzado en el rastreo de esta función discursiva asociada a lo utópico en ciertos autores y textos. Otra problemática importante para indagar en la historia del pensamiento de América Latina y el Caribe está relacionada con la resignificación que recibe la corriente humanista que abarca desde la etapa moderna y colonial hasta nuestros días, promoviendo algunas indagaciones y trabajando conjuntamente con Adriana Arpini, Pablo Guadarrama y Yamandú Acosta. De este modo, se identifica la formulación de un humanismo crítico en nuestra América, que procura restituir la dignidad de todo ser humano y se diferencia de las modalidades de un humanismo abstracto que niega esa condición igualitaria a otros grupos humanos.

Por último, un aspecto del cual actualmente me estoy ocupando, bajo la dirección de un proyecto que nuclea a varios colegas e investigadores jóvenes, se encuentra una cuestión significativa relacionada con la revisión crítica de la modernidad en el pensamiento contemporáneo, comparando las diversas posiciones que surgen de la filosofía a nivel mundial, y en particular de la Teoría Crítica, con las proposiciones de filósofos latinoamericanos que se han dedicado a problematizar este asunto, tales como Arturo Roig, Franz Hinkelammert, Enrique Dussel, Bolívar Echeverría, Silvia Rivera Cusicanqui y otros autores. En especial, se rescatan las líneas emancipatorias que se han producido en uno y otro caso, si bien no se dejan de lado los señalamientos críticos de algunas consecuencias negativas que se derivan del mundo moderno y han condicionado distintos procesos sociales del presente.

3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

Si pienso acerca del modo en que he llevado a cabo mis estudios, creo que la lectura es indispensable y se da en todo el trayecto de una investigación. Frecuentemente tiene mayor peso en el trabajo previo, que abarca tanto a las fuentes elegidas, el marco teórico utilizado y la bibliografía de referencia sobre el tema que se trate, pero siempre hay una dedicación sostenida en torno a lecturas que movilizan la investigación, además de constituirse en algunos casos como el respaldo de lo que afirmamos como tesis o desarrollamos en una argumentación.

Entiendo que la tarea intelectual es fundamentalmente dialógica, aunque hay muchos momentos de elaboración personal que se dan en solitario, como es el caso de la escritura. Aun así, podría decirse que se está dialogando con los autores que se están analizando o discutiendo, lo cual se termina reflejando en el mismo texto producido que resulta atravesado por distintas voces. Esta reflexión sobre la misma tarea personal la he tenido presente también como pauta metodológica para aproximarme a la reconstrucción del universo discursivo en que se produce la enunciación que realiza un autor en el que se está trabajando, ya que hay toda una riqueza intertextual y de discursos referidos -como lo nota Voloshinov, a quien Roig retoma acertadamente- que se puede reconocer en la superficie de los textos. Esto es una especie de contexto en que se da la producción intelectual, del cual es necesario dar cuenta para arribar luego al modo en que se interpreta y mediatiza el contexto histórico general.

Volviendo a la pregunta, anteriormente he comentado que muchas de mis publicaciones surgen dentro del marco de un trabajo colectivo relacionado con proyectos de investigación, donde se implementa la participación en seminarios que es el espacio en que se realiza un intercambio y diálogo con otros colegas. Además de la discusión acerca de los marcos teóricos y categoriales, se presentan allí avances de lo que se está investigando específicamente o también algún texto propio para ser compartido y criticado en función de un mejoramiento de este que resulta muchas veces clarificador, ya que se obtiene una devolución inmediata que no siempre se da cuando se publica un artículo o libro. Igualmente hay casos en que la elaboración ha sido más individual, o discutida solamente con quien es el propio director, lo cual es un recorrido posible en el caso de algunos temas de investigación.

4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?

Las investigaciones que he llevado adelante se han movido en el campo de la historia de las ideas y la filosofía práctica, en algunos casos con más presencia de una o de otra, aparte de considerar que pueden resultar perspectivas confluyentes en varias ocasiones y eso enriquece el tipo de interpretaciones que pueden alcanzarse. Por mi misma formación filosófica, entiendo que el abordaje de los autores y períodos históricos requieren de una serie de categorías y conceptos que sirven como claves heurísticas, además de estar atento al tipo de fundamentación y argumentaciones que son desplegadas en los textos.

Las lecturas sobre un determinado *corpus* reciben así una orientación definida, que tiende a desentrañar la significación y el sen-

tido que están contenidos en los discursos que se tratan de analizar, los cuales no están escindidos de una realidad histórica que funciona como referente. Quiero decir que no se trata de una lectura meramente interna de los textos que se agota en los mismos como si ellos tuvieran una circularidad, sino que es indispensable la vinculación con el contexto donde se establece más precisamente el significado y el sentido de un discurso.

Por lo que vengo diciendo -y solo estoy reflejando una experiencia personal-, la tarea propiamente historiográfica se complementa con el enfoque aportado desde la filosofía, al mismo tiempo que ambos campos disciplinares necesitan una formación en ciertos ámbitos teóricos de las ciencias del lenguaje, ya que estas son una mediación ineludible para cualquier disciplina.

5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?

En parte me cuesta responder esta pregunta por la amplitud del punto de vista disciplinar y temático que ha tenido mi trayectoria de investigación, la cual antes he resumido brevemente. Diría que he seguido una serie de distintos debates en cada ámbito disciplinar o de carácter interdisciplinario, ya que tal vez este último caso es el que me corresponde.

En lo estrictamente historiográfico entiendo que desde hace un tiempo largo existe una diversidad de propuestas metodológicas y denominaciones en torno a la redefinición del campo disciplinar. En tal sentido, se ha hablado de historia crítica de las ideas, historia intelectual, historia conceptual, historia cultural, nueva historia política, etc. Ya he sugerido antes que no siempre son justas estas

apreciaciones cuando se trata de dirimir cuál es la perspectiva histórica más adecuada o la que tiene la última palabra. En el caso de la historia intelectual, la autodescripción de quienes se adscriben localmente a la misma ha recurrido a una serie de mitos fundacionales que la muestran como una superación de la historia de las ideas, desconociendo los aportes que encuentra esta última posición desde la extensa trayectoria que se reconoce en autores latinoamericanos. De este modo, se tiende a presentar una visión reductiva y esquemática de la anterior historiografía, por ejemplo, cuando no se distinguen los matices singulares que la diferencian en América Latina de otras versiones iniciales, como es el caso de remitirla a los planteos de Arthur Lovejoy, o también se desconoce la renovación que esta va experimentando en el tiempo, por ejemplo en el recurso al giro lingüístico ya mencionado en Roig, lo cual implicaría relativizar la novedad de la historia intelectual.

Lo mismo creo que conviene adoptar una posición que permita reconocer cuáles son los verdaderos aportes que representa cada enfoque y también explorar las posibilidades de complementación. En consecuencia, se trataría de tener una actitud más dialéctica, no solo oposicional, en el sentido de encontrar realmente alternativas superadoras que contengan lo valioso que representa cada propuesta teórica y metodológica. No obstante, parece que la vía elegida no siempre responde a este criterio de selección basado en lo que aporta cada perspectiva, sino que se relaciona mayormente con debates que se dan el marco de una lucha por lograr la hegemonía académica de una determinada posición, que frecuentemente no tiene otro horizonte que el restringido al ámbito universitario, sin poder proyectarse más allá del mismo para alcanzar cierto grado de legitimación social acerca de lo que se teoriza.

Algo similar ocurre en el ámbito de los estudios latinoamericanos, -en este caso no

solo referido a la filosofía y la historia, sino que abarca otras disciplinas humanas y sociales- en que la teoría poscolonial, o el llamado “giro decolonial”, se ha ido imponiendo como tema de discusión. En parte, muchos de los autores que han adoptado esta posición venían de sostener la validez del discurso posmoderno, una línea de reflexión que fue una moda súbita y cayó rápidamente por su poco peso teórico e ideológico. Con respecto a la perspectiva poscolonial promueve un enfoque aparentemente novedoso, utilizando un lenguaje plagado de neologismos para denominar sus categorías fundamentales, pero que no se muestra interesado en vincularse con toda una línea de reflexión crítica elaborada con anterioridad por varios pensadores latinoamericanos. Esto es más patente en el caso de autores poscoloniales que son latinos afincados en la academia norteamericana, desde la cual directamente denuncian al “latinoamericanismo” anterior, por lo que creen tener la posición teórica más acertada para dar cuenta de la realidad vivida cotidianamente por nuestros países. No obstante, el centro de la crítica no está representado por un discurso más próximo al sufrimiento y la desigualdad de nuestras sociedades, sino que parece dirimirse en un cuestionamiento abstracto del colonialismo y la racialización en muchos casos. Tampoco puede decirse que el debate generado por los planteos posmodernos y poscoloniales haya sido hasta ahora provechoso y movilizador de posiciones superadoras, ya que al desconocimiento de lo valioso que se había producido en diversos planos teóricos, tales como la filosofía latinoamericana de la liberación, la crítica literaria y cultural, la sociología e historiografía crítica, la teoría de la dependencia, etc., han sumado frecuentemente a sus discursos de denuncia un marcado reduccionismo y la caricaturización de otras propuestas para realzar la propia postura, o podría afirmarse que se trata en realidad de la impostura de algunos intelectuales.

Una línea temática importante que viene desarrollándose actualmente, tanto en la

historia de las ideas como en la filosofía práctica, se vincula con los nuevos movimientos sociales. Esto significa una revisión de los sujetos considerados desde esta perspectiva, en que la atención prioritaria concedida a los intelectuales como sujetos de discurso, se ha ampliado a los sujetos sociales en relación con su praxis. Por un lado, esto se refleja en estudios históricos y otros procedentes de la teoría social y

mente para justificar las críticas y reclamos que ejerce el feminismo en la actualidad.

Estas últimas orientaciones considero que son complementarias del enfoque prioritario que ha asignado la historia de las ideas y la filosofía latinoamericana a los sujetos y clases sociales, movimientos políticos populares y luchas por el reconocimiento que se han dado en el pasado y el presente de nuestras



política que reconocen la presencia y participación de determinados movimientos étnicos, como se da en el caso de América Latina principalmente con las poblaciones indígenas y también afroamericanas. En particular, se ha planteado la pertinencia de un enfoque intercultural para tratar estas temáticas que son relevantes igualmente a nivel mundial, así como resultan válidas algunas tesis críticas de la teoría decolonial. Por otro lado, la perspectiva feminista ha cobrado cada día más fuerza y claridad en sus posicionamientos teóricos, lo cual se ha traducido en la reconstrucción histórica de movimientos y figuras relevantes, así como la precisión de categorías de análisis e interpretación que son empleadas igual-

sociedades. Esta ampliación con relación a la cuestión del sujeto supone la reformulación constante de los marcos conceptuales que permitan comprender a las demandas sociales que se van renovando, al mismo tiempo que conllevan el replanteo de las alternativas factibles para afianzar las democracias participativas e inclusivas en América Latina y el Caribe. Asimismo, tomar en cuenta la resistencia ejercida frente a distintas formas de dominación requiere renovar continuamente la pregunta por la emancipación, lo cual implica un grado de compromiso que se asume desde la reflexión filosófica e histórica, así como da un sentido determinado a nuestras mismas indagaciones teóricas.*

Mi experiencia

Darío Roldán¹
droldan@utdt.edu

1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?

Mi ingreso a la Universidad fue en 1975. Egresé en 1980. Mi primer año fue caótico; la gestión Ottalagano había intervenido la Universidad (yo había experimentado los efectos de su política en el Pellegrini). Ese año cursé ocho materias introductorias dictadas por profesores de muy diversa formación: O. Kovacci (Gramática), algunos historiadores “nacionalistas” y “peronistas” (los



¹ Darío Roldán (Docteur en Etudes Politiques, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales) es profesor investigador asociado de la Universidad Torcuato Di Tella (Buenos Aires) e Investigador Independiente del Conicet (Argentina). Es, además, Miembro de Número de la Academia Nacional de la Historia. Ha realizado sus estudios doctorales bajo la dirección de François Furet. Ha escrito *Joaquín V. González. A Propósito del pensamiento liberal, Charles de Rémusat, Certitudes et impasses du libéralisme doctrinaire au XIX siècle*, (prefacio de P. Rosanvallon), (ed.) *La pensée politique des doctrinaires sous la Restauration. Ch. De Rémusat. Textes choisis*, (ed.) *La question libérale dans l'Argentine du siècle*, (comp.) *Crear la Democracia. La Revista Argentina de Ciencia Política y el debate en torno de la República Verdadera*, y (ed.) *Lecturas de Tocqueville*. Su área de investigación es la historia del pensamiento político en el siglo XIX.

historiadores de las Cátedras Nacionales ya habían sido expulsados por la intervención), algunos filósofos como Carpio, en cuya cátedra tuve el placer de ser alumno de un joven, ya brillante y cálido: Jorge Dotti, quien me honró, desde esa época y hasta su muerte, con su amistad.

Después de marzo de 1976, tuve el privilegio de haber sido testigo por una de las etapas más ignominiosas que pudo haber atravesado la Universidad de Buenos Aires: la competencia entre ignorancia, superficialidad, desactualización bibliográfica y la radical ausencia de ideas -buenas o malas-, entre tantas otras cosas muy conocidas, era completamente desenfadada. Esos

años no pueden ser calificados como de una formación académica en ningún sentido que se le atribuya al término. Para ser justo, debo reconocer algunas deudas intelectuales: Ángel Castellán (Historia Moderna); Miguel Guerin (Historia de América) y Nilda Guglielmi (Historia Medieval). La deuda con ellos no es solo intelectual. Castellán fue un inadvertido espejo del futuro para una generación que aun mantenía alguna ilusión acerca de la importancia de la vida universitaria. Nunca lo olvidaré, vencido y derrotado, caminando por una vereda de tierra al borde de la ruta 7, después de haber dado clase en la Universidad de Luján, dirigiéndose a tomar el colectivo que lo llevaría al tren que lo conduciría a otro

colectivo para, finalmente, arribar a su casa. Imposible no pensar que ese gran intelectual, con una formación exquisita y con un profundo conocimiento de bibliografía y fuentes, que lo ponía a la par de sus grandes colegas europeos (sobre todo, italianos), seguramente podría haber tenido otro destino en otra geografía. Pero visto así, en ese entorno geográfico y al final de su vida, el destino que había tenido era una brutal, violenta, implacable y despiadada prefiguración del que tendrían las generaciones que lo sucederían y cuya dimensión solo comprenderíamos muchos años después.

Mi formación continuó un tanto erráticamente durante algunos años. Cursé un año de la carrera de Economía; luego, un año en Sociología. Al mismo tiempo, por la intervención de un amigo, comencé a dar clase como ayudante en la cátedra *Historia Universal*, cuyo titular era Fernando Devoto en la Universidad del Salvador. Allí, permanecí como ayudante, jefe de trabajos prácticos y adjunto desde el 1981 hasta 1986; en 1983 agregué otro cargo en Historia Argentina, cuya titular era María Inés Barbero. Esos años se convirtieron en mi primera y verdadera formación histórica, que reemplazó a la nula que había adquirido en mi vida universitaria. Guiado por Fernando y María Inés, leí los clásicos de la historiografía europea y argentina. Recuerdo esa época con un gran momento de descubrimiento; gracias a ellos, volví a comprender cuál era el sentido y el atractivo que la historia había despertado en mí, desde bastante joven. Las reuniones de cátedra, que siempre se hacían en la casa de Fernando y María, constituyeron una auténtica formación; mucho más importante, fomentaron y consolidaron una ya longeva y verdadera amistad; tan sólida que atravesó imperturbablemente algunos episodios de la vida personal.

En paralelo, durante los primeros años de los '80, asistí durante varios años a los cursos que ofrecía el IDES, buscando compensar

las falencias de mi formación universitaria. Fueron muchos pero recuerdo que, en ellos, leí intensivamente a Braudel de la mano de E. Tandeter; leí a Marx dirigido por A. Monza; leí la sociología política latinoamericana impulsado por T. Di Tella; y leí a los clásicos de la historia económica argentina en un curso dictado por A. Ferrer.

Finalmente, para poder poner un poco de orden a mi formación, entre 1985 y 1989, cursé la Maestría en Ciencias Sociales en FLACSO. A esa altura, mi interés había adquirido una dirección: la historia del pensamiento político. Cursé varios seminarios con profesores que, cada uno a su manera, me fueron abriendo camino: R. Cortés, G. Weinberg, N. Rodríguez Bustamante y, entre los más jóvenes, H. Sabato y, sobre todo, J. Dotti quien fue esencial para dirigir mi atención a los clásicos de la filosofía política. En ese mismo momento, mi formación se completó con mi participación en el programa de Jóvenes Investigadores del CEDES, donde había sido aceptado gracias a E. Tandeter, entre 1987 y 1989. Para ese momento, mediados de los años '80, ya había decidido que mi interés era la historia del pensamiento político, la filosofía política, la teoría política o “algo” que los reuniera. Conocía los debates en torno de la “nueva historia política”, sabía de un cierto agotamiento de la historia económica y social, no conocía aún el “giro lingüístico”. Tenía, sí, una fuerte preferencia por alguna forma de intersección entre esas “disciplinas”; sin embargo, esa preferencia solo formaba parte de un “gusto”, era un “interés”. Tenía sí algunos libros que me habían marcado: *Historia de las Ideas políticas* (J.L. Romero), *Proyecto y Construcción de una nación* (T. Halperín Donghi), *La tradición republicana* (Botana), *Pensar la revolución francesa* (Furet) y *Los tres órdenes y lo imaginario del feudalismo* (Duby), *Rabelais y el problema de la incredulidad en el siglo XVI* (Febvre).

Con esa educación y con esos intereses, mi formación concluyó con el doctorado en Estudios Políticos en la École des Hautes Études en Sciences Politiques, que hice en París entre 1989 y 1997. Mi director fue François Furet. El impacto que *Pensar la revolución* (que había leído por indicación de E. Tándeter) me había producido se eclipsó con el contacto personal y con los seminarios y las reuniones con Furet. El primer seminario que cursé con él fue una demostración de inteligencia, erudición, profundidad, vitalidad, humor y afabilidad que yo nunca había conocido. Durante un año, leímos y comentamos la obra de Michélet. Durante los cinco años siguientes y una vez por semana, Furet dedicó su seminario a hacer una lectura comentada de *La Democracia en América* de Tocqueville. Yo nunca había asistido a un trabajo de lectura como el que aprendí a hacer de la mano de Furet. Fueron cinco años inolvidables; también lo fueron por la compañía: algunas veces, asistía P. Pasquino; pero con gran regularidad, como si fuera una alumna más, asistía Mona Ozouf. Tuve el privilegio de escuchar las conversaciones entre ambos a lo largo de esos cinco años. Es probable que una parte importante de mi formación se haya consolidado escuchándolos, presenciando cómo en esos intercambios se mezclaban una larga y profunda amistad, una inteligencia, sutileza y penetración en el comentario incomparables, una capacidad sorprendente de construir analogías, movilizar bibliografía, traer a la discusión una fascinante y alucinante formación literaria, en fin, no recuerdo haber vivido nunca otra experiencia intelectual de esa envergadura. En esos intercambios, además, había varias lecciones que espero haber aprendido y atesorado: la combinación exquisita de conversación intelectual y amistosa entre ellos; la vivencia personal del intercambio cultivado entre quienes leían y quienes eran leídos con una mirada nueva; la prodigiosa capacidad de asociar lecturas literarias, filosóficas e históricas con un texto;

un conocimiento de los “hechos” asombroso; el talento, la habilidad y la idoneidad que les permitía “flâner” (deambular) entre autores clásicos de distintas etapas como si todos fueron contemporáneos o, a veces, como si estuvieran sentados en nuestra clase. Si alguna vez tuve alguna formación “metodológica” e histórica fue, precisamente, haber asistido a esos intercambios.

En términos más formales, la estadía de seis años en París fue mi verdadero momento de formación profesional y personal. En primer lugar, porque desde el primer momento había decidido no hacer un doctorado cuyo tema se relacionara con la Argentina. Me pareció, entonces, y no he cambiado de opinión, que la experiencia de hacer un doctorado en el extranjero se potencia intelectual y personalmente acordando el tema con la institución, el país y el director que uno elige. Yo había hecho mi tesis de Maestría sobre el liberalismo argentino. El tema me parecía muy relevante (me lo sigue pareciendo aún hoy) y cuando tuve que optar no dudé: elegí el liberalismo francés en el siglo XIX. Mi tesis fue sobre el liberalismo doctrinario entre 1820 y 1875, centrado en la obra de Ch. De Rémusat y el universo que rodeó a liberales y doctrinarios en todo ese período. Otra razón importante para elegir un tema “francés” se relaciona con el plus de formación que sabía que adquiriría: cuando los otros estudiantes hablaban de los autores del siglo XIX, ya sea de Constant, Tocqueville, Guizot, V. Hugo, Chateaubriand, Stendhal, Lamartine, Lamennais, Proudhon, entre tantos otros, hablaban con la familiaridad que se adquiere luego de haberlos leído a lo largo de toda su educación. Yo tuve que suplir esa “falencia” haciendo “clases recuperatorias de lectura” de la mayor parte de los escritores (publicistas, literatos, filósofos, etc.) que constituyen el centro de la cultura intelectual francesa. Esa formación no estaba directamente vinculada con mi tesis pero era imprescindible obtenerla para

hacerla; me llevó mucho tiempo hacer esas lecturas pero sin ellas hubiera sido imposible hacer el trabajo que requería mi tesis, por no hablar el placer personal de estar algunos años sumergido en la lectura de todos los autores del siglo XIX, que me pareció imprescindible conocer. Esos años pasados en la vieja Biblioteca Nacional leyendo literatura francesa del siglo XIX forman parte de un importante complemento de mi formación, mucho más allá de las lecturas específicas relacionadas con la bibliografía que, dicho sea de paso, era muy considerable, tal como lo exigen las tesis francesas.

En esos años, estuve en contacto estrecho con algunos de los intelectuales que en ese momento estaban escribiendo una parte importante de su obra: cursé un seminario sobre Tocqueville con Furet, que fue una lectura comentada de la obra y que duró cinco años, que ya evoqué, y cursé con Rosanvallon en los años en que escribía *La consagración del ciudadano*, entre muchos otros seminarios. En esos años, pude conocer a M. Ozouf, C. Lefort, P. Manent, L. Jaume, M. Mélonio, P. Guennifey, M. Gauchet, etc. A su manera, por su obra, por sus seminarios y por las reuniones en las que participé con ellos, todos fueron una muy fuerte influencia en mi formación.

Nunca he sentido haber tenido un maestro; no pienso que las personas que influyeron en mí hayan pensado que yo era su discípulo. Siempre fui celoso, para bien y para mal, de mi independencia de criterio, de mis elecciones y de mis tiempos. No obstante, si tuviera que decir cuáles de los intelectuales que he conocido y que han tenido un muy fuerte impacto en mi manera de pensar la historia y los problemas intelectuales y conceptuales que me preocupan, diría que ellos serían, en orden cronológico: Fernando Devoto, Jorge Dotti, François Furet y Pierre Rosanvallon.

2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

Es difícil contestar esta pregunta. En principio, diría que no me siento vinculado exclusivamente con ninguna tradición ideológica o intelectual. Nunca he tenido el sentido de pertenencia que confiere una convicción ideológica o intelectual. Nunca me he sentido parte de un “grupo”; nunca he formado parte de una “escuela”.

Sí, diría que tengo una fuerte preocupación e interés por dialogar con algunos amigos y colegas que, además, han producido una importante obra, con la que “converso”. Con algunos de ellos, he iniciado un diálogo intelectual y amistoso, desde hace más de treinta años: N. Botana, F. Devoto, J. Dotti (†), E. Gallo (†), T. Halperín Donghi (†), O. Terán (†) y, entre los más jóvenes, P. Alonso, M. Ternavasio y E. Zimmermann, entre otros. Entre los extranjeros, F. Furet (†), P. Rosanvallon, F. Mélonio, P. Manent, M. Gauchet, L. Jaume, que ya he mencionado. Puede decirse que mi punto de referencia intelectual se constituyó en torno del Centro Raymond Aron (EHESS). Con todos ellos tuve un fuerte contacto en el largo período en el que viví en Francia y con quienes he continuado teniendo intercambios, naturalmente, ahora ya espaciados. Unos y otros constituyeron, siempre, una fuente de diálogo y de inspiración para pensar problemas y abordajes conceptuales en los trabajos que he escrito y en los cursos que he dictado.

3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

Nunca me hallé cómodo trabajando con colegas o amigos. De hecho, no he escrito ni una sola línea en colaboración (salvo un pequeño artículo a principios de los '80 con M. I. Barbero). No porque crea que es mejor hacerlo así; la oportunidad nunca se presentó; tampoco la he buscado. En la época en la que hacía mi tesis de Doctorado, integraba un grupo de amigos, todos doctorandos, con quienes me reunía una vez por semana para discutir bibliografía y los capítulos de avance. Esa experiencia, muy fructífera, se agotó a medida en la que fuimos avanzando en el trabajo y hubo que concentrarse en aspectos específicos de la investigación y, sobre todo, en la redacción de la tesis. También el grupo se fue diluyendo en la medida en la que estaba compuesto por franceses, americanos, italianos que fueron volviendo a sus países.

No tengo una metodología especial. Como dijo una vez un gran amigo, mi metodología es “leer, pensar y escribir”. Claro, eso no garantiza ningún resultado pero, en parte, debido a mi área de especialización, la lectura, las conexiones bibliográficas y de fuentes son esenciales. Es preciso reconocer que la multiplicación de las conexiones se pagan al precio de un cierto retraso y una cadencia que sería distinta si los intereses y preocupaciones fueran más limitados y metodológicamente encauzados.

No discuto mis trabajos con colegas cuando los estoy escribiendo. No porque sea mejor así; simplemente, no forma parte de mis hábitos. Por supuesto, que leo toda la bibliografía disponible prolijamente; sin embargo, leo la bibliografía que me resulta pertinente; su pertinencia no obedece a una razón en particular; incluso, muchas veces, esa pertinencia no produce los frutos esperados. También leo literatura, especialmente cuentos, mientras estoy escribiendo; no solo por placer sino por una razón “estratégica”: me ayuda para concentrarme en la forma de escribir, en pensar cómo introducir párrafos, en la cadencia y el

ritmo de la narración, en tratar de ser escueto y preciso. Todos sabemos que Tocqueville decía que nunca leí a los autores que habían escrito sobre los temas sobre los que él escribía; pero, también, todos sabemos que esa afirmación solo era una especie de “coquetería”.

4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?

Mi tarea específica y las destrezas involucradas son básicamente, como ya dije, leer, pensar y escribir. No obstante, el punto más relevante de la investigación sigue siendo, para mí, tal como lo ha sugerido Lucien Febvre hace tantos años, construir un problema. Encuentro que la propuesta de Rosanvallon, la *Historia conceptual de lo político*, remite, fraseado de otro modo, la misma centralidad de la pregunta. También remite a otra convicción, en este caso, de Croce: toda historia es historia contemporánea. De este modo, se vuelve a poner en el centro de la investigación tanto la pregunta y la dimensión irremediablemente contemporánea que guía la pregunta en el historiador. Así, se reúnen, con una conceptualización más sofisticada y mucho más ambiciosa, algunos principios que guían la investigación, al menos, en este campo.

5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?

La historia de las ideas políticas, para usar el nombre clásico que la designaba hasta no hace mucho tiempo, constituye una de las áreas en las que más avances se han registrado en los últimos años. Creo que eso

se explica por varias razones: por un lado, por su vinculación con la renovación de la historia política, ocurrida en los años '70; por la renovación de las tradiciones políticas, en paralelo con el debilitamiento del marxismo, que supuso una revaloración del liberalismo y de la renovación del republicanismo; por último, por una renovación específica del campo disciplinar.

Como es sabido, los lenguajes, las palabras, los conceptos se constituyeron en un aspecto central de una disciplina que se encuentra en la intersección de la política, la sociología, la filosofía y la historia. Esta intersección fue abordada desde distintas perspectivas desde los años '80, aproximadamente, por distintos autores que le confirieron características específicas y, en particular, una metodología novedosa. Al revisar los supuestos previos, esta revisión metodológica también pudo superar el agotamiento a que la había sometido la convicción según la cual las “ideas” eran solo expresiones de las formas sociales o económicas, el reflejo de entidades metafísicas que permanecían invariables o el producto de teóricos excepcionales. Esta particularidad abrió un enorme campo de investigación. Este renovado interés por comprender mejor la dimensión ideológica, conceptual o de vocabulario dio lugar a una gran variedad de enfoques: la historia de los conceptos (Begriffsgeschichte) de Kosellec, la historia contextualista de Skinner, la lexicografía política de Guilhaumou, la perspectiva hermenéutica de Gadamer o la *historia conceptual de lo político* de Rosanvallon; surgieron, así, distintos andamiajes conceptuales variados; en su conjunto, revelaron la magnitud de una reanimada sensibilidad de una disciplina que se había agotado algunas décadas atrás por la esterilidad de una disputa acerca de sus objetivos. Es posible que esta intersección constituya uno de los más relevantes campos de renovación de la historia en estos momentos.

Esta renovación metodológica y conceptual acompañó y se vivificó con un conjunto de debates particularmente significativos que en parte ordenan muchos de los interrogantes que forman la parte más significativa de los debates en curso en una disciplina extraordinariamente viva.

En primer lugar, una importante discusión en torno de la comprensión de la libertad que tuvo como punto de partida el célebre artículo de Isaiah Berlin respecto de las dos libertades (1958) en torno del cual es imperativo asociar la publicación de *Republicanism* (1997) de Pettit y un célebre artículo “La libertad de las repúblicas: un tercer concepto libertad” (2005) de Skinner, en el que aboga por una nueva concepción de la libertad, que buscaba superar las dos formas que Berlin había hecho célebres; se reúnen allí, entonces la historia del republicanismo con el republicanismo como ideología política contemporánea.

Este debate, entonces, obligó a los liberales a revisar su propia tradición. Restrindiéndome sólo a la discusión académica, los trabajos de S. Holmes (*Benjamin Constant and the making of modern Liberalism*, 1984) y Biancamaria Fontana (*Benjamin Constant and the Revolutionary Mind*, 1991) sobre Constant deben ser interpretados en esta dirección. Ahora bien, al mismo tiempo, esta discusión no sólo se expresó en el mundo anglófono. La revalorización del liberalismo europeo también se expresó en Francia a través de una importante colaboración de un grupo de intelectuales que no venían ni del republicanismo ni del liberalismo pero que sí condujeron a una renovación paralela del liberalismo y, en particular, en la tradición de un siglo XIX renovado y reactualizado. Este fue el sentido de la aparición de una serie importante de libros sobre Constant, Guizot y, sobre todo, Tocqueville en los años '80 publicados por Furet, Lefort, Rosanvallon, Gauchet, etc.

Una parte de este extendido debate también comenzó en torno del rol que el republicanismo tuvo en la revolución de independencia de Estados Unidos a partir de algunos libros excepcionales: *Los orígenes ideológicos de la Revolución Americana* de B. Bailyn (1967), *La creación de la República Americana* de Wood (1969) y *El Momento Maquiavelo* de J.G.A. Pocock (1975). El texto de Bailyn ofreció un argumento brillante fundado en el impacto de la ausencia de la aristocracia y en la propuesta de un universo conceptual opuesto a la lectura clásica ofrecida por Louis Hartz acerca de la influencia de las ideas de Locke. El texto de Wood hizo emerger el republicanismo como tema organizador. *El Momento Maquiavelo*, por su parte, ofreció un contexto global y una historia a la recuperación de la tradición republicana resituando no solo el pensamiento político renacentista sino también la tradición republicana inglesa.

Por supuesto, estos debates y discusiones en torno del liberalismo y del republicanismo no son más que una metáfora referida a la gran discusión que se desarrolla desde hace algunas décadas en relación con los disfuncionamientos de la democracia representativa. La vitalidad de la disciplina que reúne tanto la historia política como las “ideas políticas” o la conceptualización de un debate tanto político como conceptual anima tanto el debate académico como, por supuesto, el debate político. En ese sentido, el reciente y relevante debate en torno del populismo no ha hecho más que redundar en una nueva vitalidad a esta dimensión de la disciplina.*

Siempre estoy leyendo otra cosa

Fabio Wasserman¹

fwasserman@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-6970-5602>

1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?

Diría que mi formación intelectual comenzó cuando cursaba la escuela secundaria que es el momento en el que en general se empiezan a descubrir mundos más amplios. En mi caso la particularidad estuvo dada porque esto sucedió durante la



1 Fabio Wasserman es Licenciado y Doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña como docente de grado y de postgrado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, como docente en la Maestría en Historia Conceptual en la UnSAM y como Investigador del Conicet en el Instituto Ravignani. Publicó en forma individual los libros *Entre Clio y la Polis. Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata, 1830-1860* (2008); *Juan José Castelli. De súbdito de la corona a líder revolucionario* (2011); *El barro de la historia. Política y temporalidad en el discurso macrista* (en prensa); y como editor *El mundo en movimiento. El concepto de revolución en Iberoamérica y el Atlántico norte (siglos XVII-XX)* (2019); *Tiempos críticos. Historia, revolución y temporalidad en el mundo iberoamericano (siglos XVIII y XIX)* (2020).

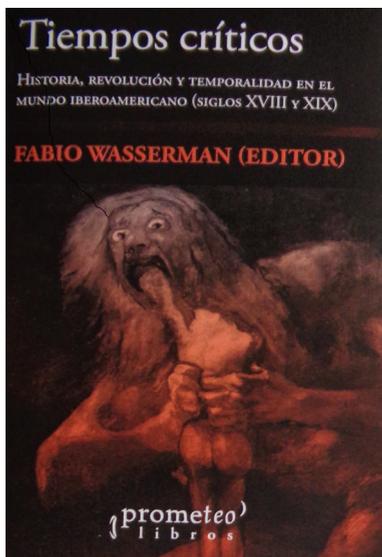
apertura democrática producida durante la primera mitad de la década de 1980 y estuvo fuertemente ligada a la militancia y a lecturas caóticas que iban de la historia nacional en clave revisionista y marxista, a la teoría y la literatura, y, desde luego, a la política, a la movilización y a la cultura under vinculada con el rock y las nuevas estéticas. Además de una sensibilidad y una forma de comprender al mundo, esa experiencia generacional me marcó en algo que

considero muy importante y que es el interés por la política y la vida pública en general más allá de mi labor estrictamente profesional. En 1986 comencé el CBC para estudiar Ciencias de la Computación en Ciencias Exactas de la UBA y al poco tiempo comencé también el de Historia, que fue la carrera por la que finalmente me decidí al año siguiente cuando entré a la Facultad de Filosofía y Letras. Esos años coincidieron en buena medida con una creciente desazón ante las promesas de la política (digamos entre Semana Santa de 1987 y el giro que dio Menem tras haber ganado la presidencia en 1989, a lo que pronto se sumó el “Fin de la Historia”). En la carrera, y salvo algunas inevitables excepciones, tuve muy buenos docentes que contribuyeron a mi formación, tanto por parte de los profesores que habían retornado tras la dictadura o que habían comenzado a ocupar posiciones académicas en democracia, como de los auxiliares que se habían formado en ese marco de renovación historiográfica. Pero como todo, esto también tenía un precio, y era el clima de despolitización que imperaba en el ámbito académico y el mandato de la profesionali-

zación que además era un tanto ridículo en ese contexto de profunda crisis económica y sin ningún horizonte a la vista. Pero como bien sabemos, la formación universitaria no es sólo lo que pasa en las aulas. En ese sentido tuve la suerte de haber compartido lecturas y discusiones con compañeros de la facultad que estaban en una situación similar como Javier Trímboli, Irene Cosoy y Julio Vezub. Y, en particular, fue muy importante haber

participado en grupos de estudio con Ignacio Lewkowicz (en mi caso, empecé leyendo *El Capital*, luego Badiou, Foucault, Castoriadis, Nietzsche) en los que circulaban también estudiantes y docentes de otras disciplinas y en cuyo marco escribí mis primeros trabajos que no estaban destinados a aprobar una materia. En verdad fue algo más que “muy importante”, pero no logro encontrar las palabras que logren definir lo que significó esa experiencia y creo que no sólo para mí.

A comienzos de la década de 1990 tuve mi primera experiencia laboral como ayudante de investigación en un proyecto sobre historia de empresas dirigido por Leandro Gutiérrez y Juan Carlos Korol en el CISEA (y así supe que la historia económica no me atraía en lo más mínimo como sí lo hacía la historia política y lo que entonces seguía denominándose historia de las ideas). Poco tiempo después, y sin tener para nada en claro que ese sería el inicio de lo que podríamos calificar como una “trayectoria”, comencé a



desarrollar tareas de docencia en las cátedras de Historia Argentina del siglo XIX de Noemí Goldman y de Pensamiento Argentino y Latinoamericano de Oscar Terán y Carlos Altamirano, y de investigación como becario bajo la dirección de José C. Chiaramonte en el Instituto Ravignani. En ese marco hice mi tesis de grado sobre la generación del 37 y años más tarde la de doctorado sobre conocimiento histórico y representaciones del pasado en el siglo XIX. Para retomar la pregunta: no diría que fueron mis “maestros” en el sentido en el que se usa habitualmente esa noción, pero no porque no hayan sido decisivos en mi formación, ya que fueron quienes me guiaron y con quienes aprendí mucho más que los rudimentos del oficio, sino porque creo que, por suerte, en Argentina no existen esas relaciones de pupilaje que

hay en otros sistemas universitarios a los que remite la figura del “maestro”. Fue en esas cátedras y en los grupos y programas de investigación organizados en torno a ellas y al Ravignani en los que terminé de consolidarme como docente e investigador, a la vez que desarrollaba otras actividades extraacadémicas que también fueron decisivas en mi vida intelectual, ya sean vinculadas a la formación y a la capacitación docente, o al debate público, como la revista *La Escena Contemporánea* en la que me relacioné con amigos que provenían de otras disciplinas, como María Pfa López, Guillermo Korn y Diego Sztulwark.

2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

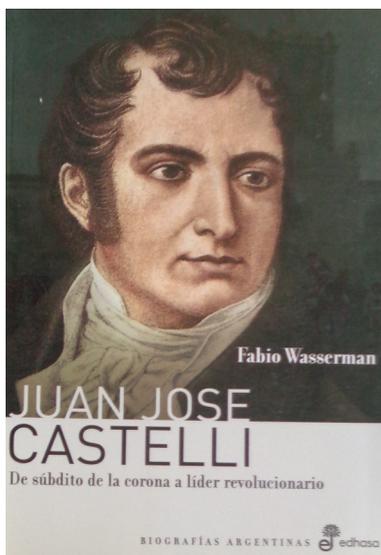
Sí, claramente, las argentinas a través de los nombres que cité en la pregunta anterior

y en cuanto a las extranjeras, no podría precisar ninguna en particular ya que no soy partidario del recurso a teorías o metodologías para aplicarlas a casos, sino en su uso como inspiración aunque no tengan una relación directa con el tema de investigación (para poner un ejemplo, no podría decir qué es lo que “uso” del marxismo inglés pero no tengo ninguna duda que influyó decisivamente en mi forma de comprender la historia y el trabajo de lxs historiadorxs). En los últimos quince o veinte años me volqué a la historia conceptual y en, particular, a la línea koselleckiana y a quienes en su estela desarrollan estudios sobre historia conceptual iberoamericana como los que integramos el equipo Iberconceptos que dirige Javier Fernández Sebastian. Más allá de teoría o de la metodología, esta experiencia fue muy importante porque me permite compartir el trabajo con colegas de otros países y tener una mirada menos localista.

3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

Me cuesta planificar. Visto retrospectivamente podría decir que mi labor se fue organizando a partir de la dinámica de la

vida académica y de algunos requerimientos públicos en general vinculados al ámbito de la docencia. Discuto avances en reuniones y cuando forman parte de un proyecto colectivo, pero sino es raro que dé a leer mis textos. Siempre estoy leyendo otra cosa, no necesariamente de la disciplina, más bien literatura.

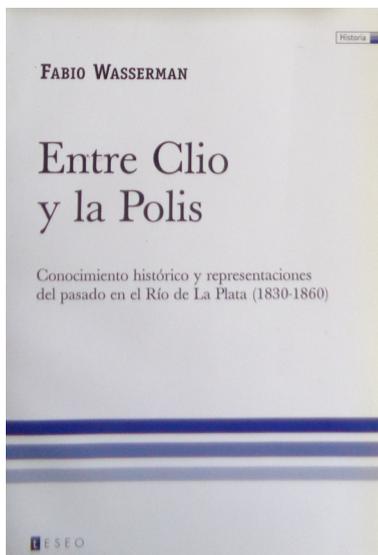


4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?

Creo que la definición más pertinente es que soy un historiador, aunque para ser honesto me costó mucho asumirme como tal ya que durante bastante tiempo decía que era docente. Y después diría que me especialicé

en historia política, cultural, de las ideas o intelectual argentina e iberoamericana de los siglos XVIII y XIX y, en los últimos años, en historia conceptual. No sé si serían destrezas, pero creo que es importante la curiosidad intelectual, la capacidad de asociar fenómenos que parecen lejanos entre sí, desconfiar de las respuestas rápidas, dejarse sorprender por las fuentes, no caer en la trampa de

la literalidad de los documentos pero tampoco suponer que no tienen nada para decirnos



y, sobre todo, y en particular para quienes practican la historia intelectual, conocer bien la historia social, política y económica de la sociedad cuyas producciones se están investigando. Y una última que no es la más evidente: releer -o leer- a los clásicos y no creer que todo se inventó hace pocos días.

5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?

Si hay algo que caracteriza a las ciencias humanas y sociales en general y al conocimiento histórico en particular es la de un gran crecimiento pero sin control que es consecuencia de la dinámica

que imprime la vida académica a nuestra labor. En un marco de hiperespecialización se producen cada vez más investigaciones que apelan a abordajes cuya sofisticación es también cada vez mayor. El problema es que en general no son tan ambiciosos en relación a las preguntas y problemas que se proponen resolver, y con esto no me estoy refiriendo al tema o al recorte del objeto. Sin embargo creo que algo de este estado de cosas está cambiando en los últimos años, al menos en Argentina, y que esto se debe en buena medida a que los investigadores más jóvenes promueven un vínculo cada vez mayor entre la producción académica y el debate público que obliga a salir del “temita” que se está investigando o a repensarlo bajo otras claves que puedan despertar interés al público en general.*

